Claudia Cardozo

El puente de Rowan



Selecta

El puente de Rowan

Claudia Cardozo

Selecta

Sólo hay una cosa buena en la vida, y es el amor.
Guy de Maupassant

A quienes aún creen en el amor y en la fuerza del destino

Prólogo

Gairloch, Wester Ross, 1866
Tierras Altas de Escocia

Una roca. Todo empezó con una roca.

—¡Auch!

Los ojos de Rowan destellaron de furia una vez que consiguió recuperarse del impacto que le dio de lleno en un lado de la cabeza. Había bajado a toda velocidad la colina que separaba su hogar del lago, con la ilusión de ver las primeras luces de la mañana de Navidad sobre su superficie helada; pero apenas acababa de poner un pie sobre el puente bajo el cual discurría la masa de agua cuando el impacto la hizo detenerse de golpe.

«No se trata de una roca muy grande», comprobó al mirar hacia abajo y encontrarla a sus pies; pero, aun así, le había hecho ver las estrellas.

—¿Dónde estás? ¡Muéstrate, cobarde!

Si su madre pudiera oírla, o verla, con sus manos en alto como una especie de bárbaro, y hablando como un corsario que desafía al enemigo, sufriría un vahído, pero la madre de Rowan no estaba allí y ella se hallaba demasiado enfadada como para fingir que era la niña

distinguida que se esforzaba por criar.

El culpable apareció solo unos minutos después. Salió de detrás de un roble retorcido con las raíces cubiertas por los brezos que abundaban por la zona. Era alto y enjuto, y andaba con cierto recelo, como si se diera cuenta de que acababa de cometer un gran error. Pero, al mirarlo a la cara, Rowan notó que, a pesar de eso, también era valiente, porque tenía los labios apretados y la barbilla muy firme. Ese chico, al que le calculó unos trece años, tres más que ella, no iba dispuesto a suplicar perdón.

Mientras avanzaba por el puente para llegar a su altura, notó también que debía de provenir del pueblo. Tal vez fuera el hijo de algún campesino, porque llevaba unas botas deslustradas, unos pantalones de un tono café que habían visto mejores días, y una chaqueta que, se adivinaba, debía de haber heredado de alguien un par de tallas más grande.

Pero nada de eso opacó en absoluto el orgullo que relucía en sus ojos o el gesto soberbio con el que la enfrentó una vez que se encontró ante a ella.

Un chico con agallas, lo habría llamado el padre de Rowan con cierto desprecio. Pero ella no era su padre, así que lo que le inspiró, en lugar de desprecio, fue admiración.

—Me has pegado en la cara —lo acusó ella sin andarse con rodeos —. Tu... tu piedra me dio aquí.

Rowan alternó un dedo trémulo de la piedra a sus pies, a su sien dolorida. No solo su dedo temblaba, notó no sin cierta vergüenza, sino que también su voz se oyó insegura; como si, en el lapso de tiempo entre que había descubierto al chico y este se reunió con ella, su enfado se hubiera disuelto, reemplazado por el susto.

Él, que pareció darse cuenta de eso, varió el gesto arrogante y frunció el ceño al tiempo que se deshacía de la gorra remendada

que cubría su cabeza para metérsela al bolsillo de la chaqueta. Rowan ahogó una exclamación al ver el cuero cabelludo rapado y velado por un fino mapa de cicatrices; apenas asomaba una pelusa oscura que acentuaba los fuertes rasgos.

—Perdona, no ha sido mi intención. Estaba jugando con unos chicos que me habían estado lanzando unas rocas y yo empecé también, pero ellos salieron corriendo y apunté mal... Debí tirar para el otro lado.

A diferencia del refinado acento de Rowan, que sus padres y sus maestras se habían esmerado por pulir desde que había aprendido a hablar, el del muchacho era muy marcado: tan escocés como un barril de buen whisky y áspero al oído, pero con una cadencia que a ella la deslumbró.

—¿Y dónde están ellos? —preguntó Rowan.

El dolor había remitido bastante, pero, aun así, ella no podía dejar de frotarse la sien, y la mirada del chico se posó en su piel enrojecida antes de responder.

—Salieron pitando para el pueblo cuando te oyeron gritar. Les diste un susto de muerte.

—Si no grité tan fuerte —se defendió ella—. ¿Y por qué no saliste corriendo tú también?

Él se encogió de hombros.

—Quería ver si te había hecho daño.

—Y me lo hiciste.

—No es para tanto. Ni siquiera te caíste.

Rowan llevó las manos a las caderas y lo miró con la que esperaba fuese la misma expresión de censura que ponía la señora McDonald, la sirvienta que trabajaba para su familia desde antes de que hubiera nacido, cada vez que ella cometía una trastada.

—Tuve suerte —espetó—. Podrías, también, haberme dado en un

ojo.

Él tuvo la decencia de parecer avergonzado y cabeceó, contrito.

—Sí, bueno, tienes razón en eso. Lo siento mucho.

Su arrepentimiento aplacó, una vez más, la ira de Rowan, que suspiró y, tras encogerse de hombros, se arrebujó mejor en su abrigo de piel de marta, uno de los varios obsequios que había descubierto esa mañana, aguardando por ella, en cuanto había abierto los ojos.

Aquello le recordó que había salido antes de ver a su familia y que, con seguridad, su madre ya habría empezado a buscarla. Llevó la mirada a la silueta del castillo tras ella e hizo un mohín.

—No importa —dijo—. Tampoco ha sido para tanto, no te preocupes. Pero tienes que andarte con más cuidado, podrías darle a alguien más pequeño. Tenemos varios perros allí arriba.

—Está bien. De cualquier forma, no me gusta ir tirando piedras, pero era a lo que estaban jugando esos chicos y quería...

—¿Que te aceptaran?

La madre de Rowan decía que era una niña muy perceptiva para su edad, y ella se sentía orgullosa de eso; un orgullo que se acentuó al ver cómo las mejillas del chico enrojecían un poco.

Había dado en el clavo.

—Me acabo de mudar al pueblo, no conozco a nadie aquí —se defendió él con voz hosca—. Solo intentaba hacer amigos.

—Bueno, pues podrías buscarte otros que no te metan en líos.

—No hay muchos chicos de mi edad en el pueblo.

—Ya, pero aquí estoy yo.

Él le dio un rápido repaso, desde sus elegantes botines de piel hasta su cabeza descubierta, donde destellaba un broche de nácar que sujetaba su espeso cabello castaño, pasando por el grueso abrigo.

—Tú no eres un chico —declaró.

Rowan contuvo el impulso de poner los ojos en blanco. Hasta hacía unos meses, era un gesto habitual en ella; pero, entre su madre y su última maestra, la señorita Quinn, habían conseguido corregirla porque, según ellas, la hacía parecer una mocosa arrogante.

—Eso ya lo sé —respondió ella armándose de paciencia—. Pero puedo jugar igual que cualquiera y no soy tan tonta como esos amigos tuyos; nunca haría nada que pusiera a alguien en peligro.

—Pero eres...

—Ya te dije que sé que no soy un chico.

—No hablo de eso. Es que vienes de allá.

El muchacho señalaba el castillo tras ella y Rowan comprendió, entonces, a qué se refería.

A diferencia de esos amigos de los que le había hablado, era evidente que el chico no tenía un pelo de tonto y debió de haberse dado cuenta, de inmediato, de que provenía de allí; lo que solo podía significar que, en el plano social, al menos, estaba muy por encima de él.

Pero a Rowan nunca le habían importado mucho esos detalles, y había algo en ese muchacho que la atraía de una forma extraña. Algo le decía que, si daba sus reparos por válidos y se separaba de él, se arrepentiría durante toda su vida.

Así que, tras esbozar un gesto para restar importancia a aquello, extendió una mano, como le había visto hacer muchas veces a su padre, y lo miró con un gesto solemne.

—Eso da igual —aseguró—. Soy Rowan.

Lo vio dudar. Echó un vistazo tras su hombro en dirección al pueblo y, luego, tras el de ella; después, posó su atención sobre el puente que pisaban y, cuando creyó que no iba a decir nada, levantó

la mirada con un gesto decidido y asintió.

—Yo soy Alec —se presentó mientras estrechaba su mano con un ímpetu que la sacudió de pies a cabeza—. Bueno, ¿a qué quieres jugar?

Y todo empezó así: en un puente.

Con una roca.

Capítulo 1

Gairloch, Wester Ross, 1875
Tierras Altas de Escocia
Seis años después

—¡Madre santa, muchacha! ¡Quédate quieta! —Rowan apretó los puños a los lados y, con un gesto de resignación, hizo lo que la buena de Morag McDonald le pedía porque, como se recordó de mala gana, no había nadie que le tuviera más paciencia que ella, y lo mínimo que podía hacer era tenérsela también—. No he visto chiquilla más inquieta en toda mi vida —rumió la mujer—. Tienes dieciséis años ya. Tienes que empezar a portarte como esperan tus padres, o te van a enviar a una de esas escuelas que tanto miedo te dan.

—No le tengo miedo a ninguna escuela.

—Sí, sé que lo tienes. Si no, ¿por qué le llorabas la otra noche a tu padre, cuando amenazó con mandarte a una?

Por desgracia, eso era cierto, así que Rowan no lo discutió, aunque le habría gustado decir que si había llorado fue solo porque sabía que a su padre se le daba muy mal tolerar sus lágrimas, y así era más fácil salirse con la suya.

Dieciséis años.

Los había cumplido la semana anterior y, por algún motivo, eso había conmovido a su madre lo suficiente no solo para que la mirara, desde entonces, con ojos brillosos, sino para que declarara, convencida, que era hora de que dejara atrás a la niña que había sido y empezara a comportarse como la joven mujer que aspiraba a ser.

Aquello a Rowan no le había dicho mucho, pero, como siempre era más fácil contentar a su madre que discutir con ella, había intentado cumplir con sus deseos. Y para recordárselo tenía a Morag, por supuesto.

—No digas tonterías. —Refutó las últimas palabras de la criada con un mohín—. ¿Ya terminaste? Quiero salir a tomar un poco de aire.

—Querrás decir que quieres ir a corretear por el pueblo con el muchacho ese.

Rowan no respondió; en su lugar, dio un paso atrás cuando Morag al fin pareció satisfecha con su peinado y se estudió en el espejo de cuerpo entero que tenía en un extremo de su habitación.

Su espeso cabello castaño, que se había oscurecido a lo largo de los años, destellaba en lo alto de la cabeza, sujeto en unas rígidas trenzas que Morag había conseguido ajustar con unos gruesos alfileres de plata.

El vestido, de un bonito tono lavanda, su favorito, se ceñía a su grácil figura y casi le hacía olvidar lo poco que le gustaba el polizón que llevaba debajo. Entre este y el corsé, era un milagro que consiguiera respirar, pero se trataba de una de esas cuestiones en las que su madre nunca transigía. Quería que su hija vistiera allí como lo habría hecho en el salón más refinado de Edimburgo; el que Rowan lo odiara era irrelevante.

—Yo no correteo, Morag. —Con una sonrisa, la muchacha recibió la sombrilla y guantes que la criada le tendía—. Te recuerdo que soy una dama.

La mujer la miró de arriba abajo y, mientras se afanaba por ponerle el sombrero, chasqueó la lengua.

Nadie la conocía como ella y nadie, salvo sus padres, se atrevería a reprenderla tan abiertamente; algo que a Rowan le causaba gracia, en especial porque, en los últimos años, Morag había ido haciéndose cada vez más pequeña, de modo que apenas le llegaba a la barbilla.

—Una dama, claro que sí —masculló ella, y sus ojos brillaron en su rostro ajado por la vejez—. Harías bien en tenerlo siempre presente.

Rowan contuvo el impulso de sacarle la lengua y ahogó una risa mientras se apresuraba a dejar la habitación. Bajó entre saltos por la escalera que daba a las cocinas, evitando a conciencia las dependencias de sus padres, porque a esa hora era posible que su madre estuviera a punto de levantarse y no quería cruzarse con ella.

Los sirvientes en las cocinas observaron su llegada sin el menor asombro, ya que esas irrupciones eran muy habituales, y unas de las chicas que ayudaba a la cocinera le tendió un pañuelo bien atado que Rowan recibió con una sonrisa.

Hacía un frío cortante en las inmediaciones de Gairloch, el habitual en esa temporada del año, pero no le molestó. Por el contrario, exhaló un resoplido de gusto cuando le golpeó en las mejillas y se arrebujó mejor en el abrigo para perderse, luego, por el estrecho camino que conducía al puente y, después, hacia el pueblo.

Sus pies golpearon la finísima capa de escarcha que cubría el terreno, y agradeció las precauciones de Morag, que siempre insistía en que se pusiera los guantes antes de salir. Llegó al pueblo cuando

el pálido sol se hallaba en lo alto, bañando las casas de piedra y arrancando destellos de las minúsculas ventanas.

Era una aldea pequeña y con pocos habitantes; había que ser muy duro para sobrellevar la vida allí, con el clima extremo y las difíciles condiciones para la ganadería y la agricultura. Al ser un enclave costero, con lagos bien surtidos de peces, la mayor parte de los pobladores habían optado por dedicarse a la pesca, al menos durante la temporada más fría, en que crecía tan poco en la tierra y el escaso ganado debía protegerse aún más que a sus propios hijos.

Se topó con algunos conocidos que la saludaron con sendos asentimientos antes de volver a lo suyo. Cuando había empezado a ir al pueblo por su cuenta, años atrás, su presencia había despertado muchas suspicacias. No era habitual que los habitantes del castillo bajaran y se entremezclaran entre ellos; pero, con el paso del tiempo, se habían acostumbrado a ella y la veían con una ambivalente mezcolanza de indulgencia y familiaridad que Rowan apreciaba porque la hacía sentir parte del lugar.

Lejos del centro, luego de dejar atrás una fuente de piedra que llevaba en pie un par de cientos de años y que escenificaba el encuentro entre dos guerreros vestidos con los trajes tradicionales de la zona, tomó una estrecha bifurcación hasta llegar a un conjunto de casas a medio construir y allí, en medio del grupo que se afanaba por cargar piedras del tamaño de su cabeza, lo vio.

Alec había cambiado mucho desde que se había conocido y, al mismo tiempo, se decía ella con frecuencia, era como si siguiera siendo aquel muchacho que le había dado inicio a su amistad con una roca.

Con el paso de los años, su rostro había dejado atrás los últimos rastros de la infancia hasta adquirir del todo esa rotundidad que parecía ser parte de él. Mejillas bien definidas, una barbilla apenas

hendida por un hoyuelo que se acentuaba cuando estaba perdido en sus pensamientos, la mirada firme y unos movimientos cargados de intensidad. Esa misma firmeza se traslucía en su postura, más controlada que elegante, aunque a Rowan le gustaba bromear diciendo que, si quisiera, podría ser tan distinguido como cualquier señor, algo que a él lo horrorizaba.

Entonces, al ver la firmeza con la que iba tomando una roca para tenderla a sus compañeros en la columna humana que habían formado para movilizar las piedras hacia la casa a medio construir, no pudo menos que reconocer que a ella también la espantaba la idea de que su amigo fuera distinto de como era.

Para ella, Alec era perfecto.

—Muévete de allí, ¿no ves...? —La imprecación llegó a sus oídos justo a tiempo para moverse antes de que una joven que iba cargada hasta arriba con una bandeja de peltre se la llevara por delante. Se hizo a un lado, ahogando un resoplido, y observó, con el entrecejo fruncido, cómo la chica se afanaba por recuperar el equilibrio antes de dirigirle una mirada de mal disimulado hastío—. Perdón, lady Rowan, no sabía que era usted —se disculpó a regañadientes.

Rowan suspiró y observó a la muchacha durante un par de segundos antes de responder. El cabello, de un rubio casi traslúcido, le caía tras la espalda y su rostro, aunque un poco maltratado por la intemperie, era bonito y muy lozano, con grandes ojos azules que, de sonreír, habrían resultado deslumbrantes.

—No pasa nada, Flora, no debí ponerme en medio del camino —dijo Rowan forzando un gesto amable—. ¿Quieres que te ayude con la bandeja?

—No hace falta, yo puedo. No vaya a maltratarse las manos.

No fue fácil, pero Rowan logró ocultar lo poco que le agradó eso

último. Estaba a punto de insistir, diciendo que sus manos eran tan capaces como las suyas para hacer lo que hiciera falta, cuando percibió, más que vio, a Alec acercándose a ellas.

Al mirar sobre su hombro, sus ojos se encontraron con los suyos, y la calidez con la que le sonrió tuvo el efecto de una caricia sobre su piel. No la tocó, nunca lo hacía, y pronto la alegría que pareció producirle su presencia se ocultó bajo un manto de seriedad, como si se arrepintiera de haber dejado traslucir sus emociones.

—¿Qué hacen aquí? Les va a caer una de esas rocas. —Alec miró de una a otra con una mueca—. ¿Eso que traes es cerveza, Fiona?

La sonrisa que Rowan había echado de menos en la chica, cuando se dirigió a ella, apareció con tanto ímpetu que estuvo a punto de pegar un brinco por la impresión. Aunque luego se dijo, no sin cierta amargura, que no debía de sorprenderla. Fiona siempre se veía exultante cuando Alec se dirigía a ella.

—Sí, pensé que tendrían sed; hace horas que no se toman un descanso. Mamá la acaba de servir —indicó sin dejar de sonreír.

—Gracias, tú y tu madre son muy amables. Me alegra que hayas venido, porque nos servirá de excusa para descansar un rato. Deja que te ayude con eso.

Sin aguardar respuesta, Alec tomó la bandeja de manos de la chica sin el más mínimo esfuerzo, y esta se apresuró a seguirlo en tanto él se dirigía a sus compañeros para ofrecer la bebida. Todos ellos parecían encantados mientras dejaban sus labores y se aglomeraban en la entrada de la casa para hacerse con los jarros de latón llenos hasta el borde.

Aunque Alec no se había dirigido directamente a ella en ningún momento, Rowan no lo tomó a mal. Por el contrario, se quedó de pie, algo apartada, y se llevó una mano a la frente para hacer visera y observar el panorama a su alrededor.

Pese a las inclemencias del clima, su sangre cantó al sentir el frío metiéndose bajo su piel y el débil calor proveniente del sol, que le quemó las mejillas porque se había deshecho del sombrero durante la caminata desde el castillo. Morag la reprendería por eso, y también su madre cuando notara que su piel, de un blanco impoluto y de la que se encontraba tan orgullosa, empezaba a mostrar los efectos del descuido. Pero en ese momento no le importó.

Alec volvió a reunirse con ella solo unos minutos después y traía con él un par de jarros; le tendió uno y le hizo un gesto para que caminara a su lado mientras se dirigía a una cuesta por la que ascendieron, uno junto al otro, sin decir una palabra.

No estaban muy apartados del resto del grupo, pero, aun así, una vez que se encontraron arriba, de cara a la montaña que circundaba parte del pueblo, Rowan sintió como si fuesen los únicos habitantes del universo.

Con un suspiro de gusto, se dejó caer sobre una roca enorme y lisa que formaba un asiento natural, y Alec hizo otro tanto.

—Hablaba en serio allá abajo. Tienes que andarte con cuidado cuando vengas por aquí, sabes que estamos construyendo y podría haber un accidente —habló él luego de beber casi la mitad de su jarro.

Rowan lo miró de reojo y dio un sorbito a su bebida, lo que le arrancó un mohín de desagrado. Nunca le había gustado la cerveza, pero era la bebida habitual por allí, y no quería parecer ingrata luego de que él se molestara en llevar una para ella.

—Estoy bastante familiarizada con el daño que puede hacer una roca. Muchas gracias.

La joven se llevó una mano a la sien derecha, donde, casi imperceptible, relucía una finísima cicatriz, lo que a Alec pareció molestarle, porque hizo una mueca.

—Nunca vas a dejar de recordármelo, ¿no? —preguntó con esa voz que empezaba a adquirir del todo un matiz grave y ligeramente ronco, muy lejana de aquella juvenil de la que Rowan se había burlado hasta hacía un par de años—. Si fue un golpecito de nada y ha pasado una eternidad de eso.

—Seis años en diciembre —se apresuró a aclarar ella con gesto engreído.

—¿Lo tienes anotado?

—Sí, aquí —dijo ella tocándose un lado de la cabeza.

Luego, se echó a reír y lo miró con sus preciosos ojos de una tonalidad gris que recordaba al de una tormenta a punto de estallar.

—¿Cómo va eso? —preguntó Rowan, señalando las casas a medio terminar tras ella— ¿Terminarán a tiempo?

Alec asintió y se echó hacia atrás un espeso mechón de cabello oscuro. «Es otra cosa distinta en él», pensó Rowan observando las ondas que cubrían su cabeza sin mayor orden. Cuando lo había conocido, llevaba el cabello rapado, pero se lo había dejado crecer y entonces tenía una mata que haría enrojecer de envidia a cualquiera.

—Eso creo, a menos que empiece a llover con ganas y nos retrase el trabajo —respondió él—. Pero, si seguimos a este ritmo, pondremos el techo en un par de semanas.

—Kirsty y Ewan estarán muy agradecidos.

Alec sonrió, sin duda, pensando en la pareja para la que construían la casa. Kirsty era prima de Flora, y Ewan, uno de los mejores amigos de Alec. Aunque eran muy jóvenes aún, llevaban enamorados casi desde la infancia, así que nadie se había sorprendido mucho en el pueblo cuando habían anunciado que habían llegado a un arreglo con sus respectivas familias y pensaban casarse.

Como era habitual en esas circunstancias, la comunidad se había unido para ayudarlos. Lo más importante era definir el lugar donde vivirían y, como hacía años que tenían esa área a medio construir, Alec se había puesto a la cabeza para organizar todo y habilitar una de las casitas para ellos.

La boda se realizaría dentro de un par de meses, lo que, según él, les daría tiempo suficiente; al mirar sobre su hombro la construcción en ciernes, Rowan tuvo que reconocer que estaba en lo cierto. Era un lugar pequeño y humilde, pero tenía un buen trozo de tierra para un jardín que, sin duda, haría las delicias de Kirsty y no magullaría el orgullo de Ewan, uno de los motivos por los que se había mostrado un poco renuente a iniciar esa vida con el amor de su infancia.

—Ellos también se están esforzando mucho. Anoche pillé a Ewan trabajando solo hasta las tantas pese a que ya había estado desde el amanecer —le contó Alec luego de dejar el jarro a sus pies.

Rowan esbozó una suave sonrisa.

—Quiere que todo sea lo mejor posible para Kirsty —supuso ella.

—Sí, claro, pero ya le he asegurado que llegaremos a tiempo; no tiene que romperse la espalda en el proceso.

—Es un hombre enamorado.

Alec hizo un mohín y sus ojos, tan verdes como el campo en primavera, refulgieron por la risa contenida.

—Qué romántica eres —se burló.

—No se trata de eso —se defendió ella—, es solo la verdad. ¿Vas a negar que Ewan está muy enamorado de Kirsty?

—Claro que no. Besa el suelo que pisa, pero...

—Lo único que quiere él es que ella sea feliz. Llámalo sensiblero si gustas, pero a mí me parece conmovedor.

—Eso es porque eres una romántica —insistió él—. Pero no he dicho que tenga nada de malo.

Rowan apoyó las manos sobre el regazo y se encogió de hombros. Ella no tenía cómo saberlo, pero sus ojos adquirieron una expresión soñadora, y Alec siguió el movimiento de los mechones de cabello que se le habían escapado del peinado y acariciaban sus mejillas.

—Van a ser muy felices —murmuró ella con cierto fervor—. Tienen que serlo.

Alec esbozó una mueca y llevó la mirada al horizonte.

—¿Porque se quieren? —masculló él, aunque no pareció que fuese realmente una pregunta—. ¿Será suficiente?

Ella giró para mirarlo.

—Debería serlo —aseguró—. Sé que es así.

Él no dijo nada y mantuvo una expresión inmutable que apenas se alteró cuando ella le tendió, poco después, el pañuelo que le habían dado en la cocina al dejar el castillo. Al desenvolverlo, encontró unas cuantas galletas especiadas que eran sus favoritas y que Rowan siempre pedía que le reservaran y entregaran con discreción cuando iba de salida.

—Gracias. —Alec devoró una en un suspiro y le tendió el paño para que Rowan tomara otra—. No creo que haya mejores que estas de aquí a Edimburgo.

—Eso espero, o la señora Campbell se sentiría ofendidísima.

Se refería a la cocinera, que llevaba el servicio de su familia desde mucho antes de que Rowan hubiera nacido y que comendaba la cocina con mano de hierro, aunque se derretía por ella y era capaz de hornear una andanada tras otra de galletas solo por verla contenta.

—Bueno, pues dile que estoy seguro de que así es. O mejor no se lo digas, ya sabes que le caigo mal —comentó él.

—Eso es porque nunca te perdonará que le volcaras los cubos de leche por estar jugando con los perros.

—Tenía trece años entonces, era tonto y me enredé con los pies... En fin, mejor ni me nombres en su presencia; dudo que deje de odiarme alguna vez.

Rowan rio y se abstuvo de comentar que era imposible que alguien pudiera odiarlo; era demasiado agradable para eso, y quería creer que Alec lo sabía. Era absurdo no verlo. Sus amigos morirían por él, tenía a todas las mujeres solteras del pueblo suspirando a su paso, y el resto de la gente lo trataba como si fuese su hijo predilecto. Destilaba encanto y atractivo, algo que hacía de forma inconsciente y, precisamente por ello, era más atrayente.

—En fin, puedo dar fe de que, aunque aún eres un poco tonto, hace mucho que no te veo enredarte con tus propios pies —bromeó ella—. Supongo que el reverendo Sutherland estará muy satisfecho viendo lo bien que te han hecho sus lecciones.

Alec ahogó un suspiro y, tras devorar la última galleta, sacudió el pañuelo, lo alisó sobre la rodilla con movimientos cuidados y se lo tendió con un asentimiento.

—Lo cierto es que, en este momento, no está precisamente feliz conmigo.

Rowan frunció el entrecejo sin disimular su desconcierto.

El reverendo William Sutherland era el ministro de Gairloch y una de las personas más importantes en la vida de Alec. Cuando él había llegado años atrás, lo había hecho con su madre viuda, que no había tardado mucho en tomar un nuevo esposo, el señor Munro, un granjero bastante mayor que los había acogido a ella y a su hijo con bastante bondad. Pero, solo un año después, tanto la madre de Alec como su padrastro habían fallecido trágicamente cuando unas fiebres habían asolado la región.

Alec, dolido y desamparado, había sido acogido por el reverendo Sutherland, que para entonces ya había visto en él condiciones que

lo habían llevado a poner un ahínco particular en su formación. Como el reverendo no tenía más que dos hijas ya casadas, él, que era viudo, había convertido a Alec en el centro de su mundo luego de la iglesia.

Rowan dudaba seriamente de que hubiera una sola persona en todo Gairloch que tuviera los conocimientos de Alec. El muchacho conversaba en francés tan bien como ella, e incluso podía leer y hablar el latín con una soltura que la dejaba patidifusa. Tenía un afán de aprender y una facilidad para retener todo lo que le enseñaban que no recordaba haber visto nunca en nadie más; ni siquiera en su padre, a quien consideraba un hombre brillante, o en su hermano, que era más bien perezoso y algo lento de entendederas pese a los varios tutores que su familia había contratado.

Pese a la cercanía entre el muchacho y el religioso, sin embargo, él nunca había aceptado mudarse a su hogar, una casa en las afueras del poblado que era, sin duda, mucho mejor que las de sus feligreses. Alec se había quedado en la modesta casa que le había dejado su padrastro y donde trabajaba la tierra para asegurarse el sustento, lo que no le impedía dedicar tanto tiempo como podía a sus estudios y a asistir al reverendo cuando este se lo pedía.

Por eso le extrañó que él dijera aquello de que Sutherland estaba enfadado.

—Es una tontería —se apresuró a explicar él cuando notó la confusión en su rostro—. Ha insistido otra vez en que debo ir a Edimburgo.

Rowan entendió de inmediato y sintió cómo su interior se dividía dolorosamente.

El reverendo llevaba años insistiendo en que Alec debería ir a la ciudad para completar esa educación que él ya no se creía capaz de

continuar, al menos no como consideraba que el joven merecía. Rowan lo había oído comentarlo a su padre durante una de las esporádicas cenas en el castillo a las que era invitado; había dicho que le parecía una lástima que toda su inteligencia y ansias de conocimiento no fuesen debidamente explotadas.

El padre de Rowan, que por lo general no prestaba mucha atención a los asuntos del pueblo, había sugerido que, si el religioso estaba tan seguro de que el muchacho aquel merecía su ayuda, no tendría problema en enviar una carta de recomendación a sus conocidos en la universidad de Edimburgo a fin de que lo aceptaran, lo que había puesto al reverendo en una nube.

El problema era que a Alec aquello no le había hecho mucha gracia cuando se había enterado. Rowan había hablado con él al respecto poco después, y el muchacho se había despachado en rezongos acerca de que no tenía ningún interés en abandonar Gairloch, que era feliz ocupándose de sus escasas tierras y que, de haber sabido que Sutherland se tomaría la libertad de hablar de él a sus espaldas, se lo habría prohibido.

Dicho así, por parte de un chico que apenas acababa de cumplir los dieciocho, con tan humildes perspectivas y tan poco a su nombre, podría haber parecido arrogante y hasta ridículo, pero Rowan sabía que no había nada de eso en Alec. Aunque joven, tenía la madurez de hombres mucho mayores y, más que arrogancia, lo de él era orgullo y, quería pensar, la misma reticencia que habría mostrado ella de encontrarse en su lugar, porque nada la aterraba más que verse obligada a abandonar Gairloch y a las personas que tanto le importaban, si bien nunca se había atrevido a mencionarlo con tanta franqueza.

«¿No quieres irte porque entonces ya no me verías y sabes que eso te rompería el corazón de la misma forma en que me lo haría a

mí?», se cuestionó. No, no podía preguntarle eso, por mucho que lo deseara. Los sentimientos entre ellos, aunque profundos, eran inciertos; había tanto que los separaba que dudaba tener, algún día, el valor para enfrentarlo.

Lo que dividía su corazón en ese momento era que, a pesar de que nada le provocaba más dolor que la posibilidad de no ver a Alec, sabía, con absoluta certeza, que él merecía mucho más de lo que Gairloch podía darle, algo con lo que estaba de acuerdo con el reverendo.

Alec era demasiado inteligente, demasiado... todo para resignarse a pasar sus días sembrando unas tierras que apenas le darían para subsistir. Debía, al menos, tomar esa oportunidad que se le ofrecía.

—Ya sabes lo que pienso al respecto —dijo ella tras tomar una honda bocanada de aire.

Él, finalmente, dejó de fingir que encontraba fascinante el brezo congelado a sus pies y le devolvió la mirada.

—Quieres que me vaya.

—Quiero que hagas lo que es mejor para ti.

Ella intentó hablar con una serenidad que estaba muy lejos de sentir.

—Claro, porque lady Rowan sabe muy bien qué es eso.

Ella hizo una mueca de disgusto, pero sabía que él lo decía solo para molestarla. Alec jamás se dirigía a ella por su título, no en serio. Para él, no era la hija del conde de Gairloch, el actual señor de los MacLeod, que habían regido desde su castillo sobre el pueblo durante generaciones. Para él era solo Rowan, de la misma forma en que para ella era tan solo Alec. El significado de aquello, que parecía tan sencillo, pero que en el fondo era tan profundo y confuso para ambos, era otro cantar.

—Lo que lady Rowan sabe —respondió ella con la misma chanza

con la que había hablado él— es que eres un cabezota y que, si no sigues los consejos del reverendo, te arrepentirás durante toda tu vida.

—No creo...

—¿No te has puesto a pensar en todo lo que podrías hacer por el pueblo si vas a estudiar y regresas después? Nadie dice que tengas que quedarte en Edimburgo; solo tienes que ir un par de años, aprender todo lo que puedas y, luego, volver para aplicarlo aquí —indicó ella con un tono persuasivo—. Seguro que todos agradecen que los ayudes ahora levantando piedras y regalando tus patatas, pero podrías hacer mucho más.

—Te recuerdo que también cultivo avena, y espero una buena cosecha.

Rowan sonrió con ternura, pero enserió el semblante de golpe; no quería quedarse mirándolo como una boba, sino dejar bien sentada su opinión. Su madre siempre la reprendía por eso, lo que llamaba una necesidad de mostrar sus ideas, algo poco apreciado para una jovencita, pero sabía que Alec respetaba eso de ella.

—Ya, pero las patatas y la avena estarán aquí cuando regreses. Seguro que cualquiera de tus amigos estará encantado de trabajar tus campos en tu ausencia una vez que regreses —sugirió—. Este tipo de oportunidades solo se presentan una vez en la vida, Alec, y no querría verte arrepentido luego solo porque te dejaste llevar por tu corazón y no por tu cabeza.

Él sostuvo su mirada y sus ojos brillaron con tanto ímpetu que, de haberse encontrado de pie, Rowan estaba convencida de que se habría caído de la impresión.

—¿Eso es lo que piensas que hago? ¿Que me quedo por hacerle caso a mi corazón? —inquirió con un tono bajo.

Ella tragó espeso y se humedeció los labios; su corazón latía muy

rápido.

—¿No es así? —preguntó a su vez.

Se miraron durante lo que pareció mucho tiempo, hasta que él suspiró y apartó los ojos con un gesto renuente al tiempo que se ponía de pie; tomó el jarro casi lleno de sus manos para llevárselo a los labios y beber su contenido de golpe. Dio la impresión de que iba a responder a su pregunta, pero en su lugar dijo:

—Tengo que volver. Ya hemos descansado demasiado, y parece que va a empezar a llover en cualquier momento. Deberías de volver al castillo.

Rowan también se puso de pie y sacudió los bajos de su falda, aunque sabía que no haría mucha diferencia: llegaría al castillo cubierta de polvo y Morag la reñiría con ganas.

—Está bien —asintió—, pero ¿pensarás en lo que te he dicho?

Alec esbozó una sonrisa torcida que solo consiguió acentuar su atractivo.

—¿No lo hago siempre?

***

En efecto, Alec cumplió su palabra y dedicó mucho tiempo a pensar en su charla con Rowan. O eso pareció indicar el hecho de que, solo un par de semanas después, cuando la casa para sus amigos estuvo terminada y pudieron iniciarse a conciencia los preparativos para la boda, anunció con bastante renuencia que había decidido aceptar la propuesta del reverendo Sutherland, al que había dado permiso para enviar una solicitud a la universidad en su nombre.

No fue una sorpresa para el religioso y tampoco para Rowan cuando, solo un mes después, recibió una respuesta de las autoridades de la universidad que indicaba que, visto lo que el

hombre tenía para decir de su pupilo, y con la carta de recomendación del conde de Gairloch, estaban dispuestos a recibir al muchacho y hacerle una prueba.

La fecha de partida se fijó al día siguiente de la boda de sus amigos, lo que daría tiempo a Alec para reunir sus escasas pertenencias, organizar sus asuntos, y salir hacia Edimburgo.

La posibilidad de que no fuese admitido en la universidad no pasó por la mente de Rowan; sabía que, si Alec se esforzaba —y estaba convencida de que así lo haría porque, cuando tomaba una decisión, ponía todo de su parte para alcanzar sus objetivos—, le darían la bienvenida con entusiasmo. Pero habría mentido si no reconocía, siquiera ante sí misma, que la idea de verlo partir le desgarraba el corazón. Aun así, procuró que nada en su semblante la delatara cuando se reunió con él muy temprano por la mañana, el día de su partida, en el puente en que se habían conocido.

La bruma se alzaba por el camino cuando Rowan abandonó el castillo a escondidas, huyendo incluso de Morag, que no la despertaría hasta una hora después. Ni siquiera las aves habían empezado a cantar, y apenas se cruzó con la ayudante de la cocinera, que arrastraba los pies por el castillo mientras encendía las chimeneas y que a lo mucho le dirigió una mirada somnolienta cuando la vio salir por la puerta principal a esas horas.

La gente de Gairloch estaba tan familiarizada con la extraña hija del conde que no le prestaban demasiada atención, por poco que la entendieran.

Rowan sintió que entraba en calor una vez que se puso en camino. Anduvo tan rápido como le dieron los pies, tropezó un par de veces con sus propias faldas y bien arrebujada en el chal que había tomado al vuelo antes de salir. No quería hacer esperar mucho a Alec y, menos aún, correr el riesgo de descubrir que él había

tenido que marcharse aún más temprano de lo que había calculado y que eso les impidiera verse una última vez.

Su padre, en un rapto autoritario poco habitual, le había prohibido asistir a la boda de Kirsty y Ewan; suponía que, alentado por su madre, que desde hacía unos meses había empezado a comentar que Rowan pasaba demasiado tiempo entre las gentes del pueblo y que ya era hora de que se comportara de acuerdo a su posición.

Rowan le había rogado a su padre que le permitiera siquiera asistir a la ceremonia, pero no había sido posible, así que había tenido que contentarse con enviar un regalo para los novios y una nota para Alec en la que se disculpaba por no poder asistir, pero le pedía que se encontrara con ella esa mañana para verlo antes de que se marchara a la ciudad.

Lo encontró en medio del puente, apoyado contra el muro de piedra y tan bien abrigado como ella. Por primera vez desde que podía recordarlo, iba ataviado con un traje que, sin duda, había visto mejores días, pero que en él relucía como el de un príncipe. Un grueso abrigo de lana se ajustaba a sus anchos hombros, y cubría su oscuro cabello con una boina.

Levantó la mirada con una media sonrisa al oírla acercarse y no hizo un movimiento hasta que se encontró junto a él. Entonces se puso de lado para protegerla del embate del viento, y Rowan pudo percibir el calor que emanaba, así como su leve aroma a agua y jabón.

—¿Listo? ¿Sales ya?

Su voz se oyó un poco agitada por lo rápido que hizo el último tramo del camino.

—Tengo que tomar un carruaje con el reverendo en diez minutos, creo —indicó él.

—¿Está todo arreglado?

—Sí, nos esperan dentro de unos días si logramos sobrevivir al viaje.

Rowan olvidó por un momento las reconvenciones de su madre y puso los ojos en blanco.

—No seas tonto, desde luego que van a sobrevivir al viaje —masculló—. Y más te vale escribirme tan pronto como hayas llegado.

Pese a que intentó hablar con ligereza, lo cierto era que también le preocupaba que llegaran de una pieza. El reverendo, considerado como siempre, había organizado todo de modo que hicieran el viaje en carruaje, aunque tendrían que cambiar los caballos con frecuencia durante el camino; pero era muy consciente de los peligros de las accidentadas carreteras que había desde allí hasta Edimburgo, en especial en esa época del año.

—Lo haré —prometió él.

—Y no solo entonces. Dijiste que escribirías cada semana.

—Ya lo sé.

—Y nada de notas breves. No seas perezoso, y cuéntame bien todo lo que veas allí y cómo te va en las clases.

La sonrisa de Alec se ensanchó.

—Tal vez no me acepten y regrese el próximo mes.

—Ambos sabemos que eso no es cierto. Te aceptarán —habló Rowan con confianza antes de añadir con un suspiro—: Me gustaría tanto poder ir contigo.

—¿Y convertirte en la mejor estudiante de la universidad?

Ella parpadeó y esbozó una mueca. No sería honesto de su parte no reconocer que había pensado más de una vez que le gustaría asistir a la universidad, lo mismo que él, aunque sabía que era una utopía siquiera considerarlo.

—Lo sería, ¿cierto? —comentó ufana—. Tienes suerte de que no sea posible.

—Eso no es del todo cierto. Te recuerdo que admitieron a algunas mujeres hace poco.

Rowan sonrió al pensar en aquella noticia que había llegado hasta allí gracias a los diarios. Siete mujeres habían sido admitidas en la universidad de Edimburgo luego de una larga lucha. Pero sus circunstancias eran distintas, porque sus padres jamás le permitirían que siquiera lo intentara.

—Quizá algún día —dijo con cierta tristeza—. Mientras tanto, puedes aprovechar tu ventaja convirtiéndote en el mejor estudiante. Así volverás antes.

Alec guardó silencio y la expresión divertida que había mantenido hasta entonces se esfumó hasta adquirir una seriedad poco habitual en él.

—Te echaré de menos —susurró.

Rowan alzó la mirada de golpe, consciente de lo mucho que debía de haberle costado hacer esa confesión. No porque no lo sintiera, sabía que era así, pero Alec no acostumbraba poner en palabras sus sentimientos y no porque lo avergonzaran, sino porque, lo mismo que ella, era reacio a reconocer la profundidad del vínculo que los unía.

—Yo también —respondió ella, que se apoyó sobre la balaustrada del puente para mirarlo a los ojos—. Mucho.

—Pero volveremos a vernos. De una u otra forma, aquí o en cualquier otro lugar. nos veremos de nuevo.

Alec habló con una fiereza que Rowan no recordaba haberle oído. Sus ojos, fijos sobre su rostro, emitían una determinación que le provocó un escalofrío y, sin saber cómo o por qué, se vio tomando su mano entre las suyas. Sus dedos, ásperos y helados, contrastaron con los suyos, delicados y tibios pese a que había olvidado ponerse los guantes antes de salir. Ese descuido la alegró porque pudo sentir

su piel en directo contacto con la suya, y la emoción entonces fue tan violenta que estuvo a punto de echarse a temblar.

—Lo haremos —prometió ella en voz muy bajita—. Donde sea, como sea. Te esperaré aquí o iré en tu busca, te lo juro.

Aquella era la promesa más sincera que Rowan había hecho nunca y, también, una suerte de confesión. De no haberse encontrado tan emocionada, le habría causado gracia que fuese ella la primera que se atreviera a decirlo, aunque estaba segura de que Alec pensaba lo mismo.

Uno iría en busca del otro siempre. La idea de permanecer mucho tiempo separados era inconcebible.

Alec sonrió y, asintiendo, sujetó sus manos con fuerza. Usó la que tenía libre para acariciar su mejilla con la suavidad de una pluma, lo que erizó su piel.

«¿Ahora me tocas? ¿Ahora, que estás a punto de irte?», pensó Rowan. Le habría gustado reprenderlo, pero en su lugar apoyó el rostro sobre la palma de su mano y se abandonó a esas sensaciones que para ella eran nuevas.

Un chillido proveniente del bosque seguido del batir de unas alas los obligó a separarse, pero no dejaron de mirarse ni un instante.

—Espero tu primera carta pronto —musitó Rowan y dio un paso hacia atrás con el corazón encogido por la emoción.

—Serás la primera persona a la que escriba.

—Más te vale.

Alec sonrió y, luego de una última caricia, el roce de sus dedos sobre el dorso de su mano, cabeceó y dio media vuelta para dirigirse al poblado.

No giró a mirarla ni una sola vez, y Rowan agradeció que así fuera porque estaba segura de que no habría podido soportarlo. Habría corrido hacia él para rogarle que no se marchara, en lugar de

permanecer allí, de pie, como una estatua de sal golpeada por el viento.

Pasó casi una hora antes de que sus temblores la obligaran a moverse. Acarició la barandilla del puente; la piedra áspera y erosionada por el paso del tiempo la proveyó de cierto consuelo. Aquel lugar tenía un significado importante para ella porque había traído a Alec a su vida y, en ese momento, también había sido el testigo de su despedida.

«Pero no será por mucho tiempo», se juró y echó a andar hacia el castillo.

Se lo habían prometido: se verían pronto de nuevo, de una u otra forma. Y sabía, muy en el fondo de su corazón, que, si había dos personas en el mundo más determinadas a cumplir con ese juramento, eran ellos.

Capítulo 2

Edimburgo, 1878
Tres años después

La bolsa de Alec golpeó con fuerza contra el suelo cuando la dejó caer a sus pies con un suspiro. Estaba exhausto y hambriento, pero también aliviado luego de entrar al pequeño recinto que albergaba la imprenta en la que trabajaba.

Después de pasar un buen rato en la calle, mientras el viento helado le golpeaba la cara y sus tripas rugían, el calor del local casi lo hizo llorar de gusto.

—¿Eres tú, Alec? Acomódate por allí, pero no toques nada todavía.

Alec hizo una mueca al oír el tono nervioso en la voz de su amigo, Donal McFarlane, uno de los hombres más inteligentes que conocía, pero también de los más aprehensivos.

Sin responder, se despojó del abrigo, los guantes y el viejo sombrero que, se recordó, debería intentar reemplazar pronto, y tomó su bolsa del suelo para dejarla sobre un banquito cuyas patas oscilaban en el aire.

No había un solo lugar libre, lo que explicó el pedido de Donal para que no tocara nada, pero lo ignoró y movió una torre de

papeles sobre otra para ocupar una silla maltrecha que en ese momento le pareció tan cómoda como el sillón de un rey.

No es que hubiera estado sentado en uno alguna vez, claro.

Miró alrededor a la gran prensa en un rincón, y las mesas de montaje sobre las que unas cajas de tipo albergaban las matrices con letras para imprimir los trabajos.

—¿Qué acabo de decirte? Vendrán a medio día por todo, y no quiero que los clientes encuentren tus sucios dedos en los papeles. Levántate de ahí.

Una vez más, entonces de una manera aún más descarada, Alec ignoró las palabras de su amigo y jefe, y tomó uno de los papeles de la alta hilera para leerlo.

—¿Va a haber otra manifestación? —preguntó, leyendo con el ceño fruncido.

Donal, un hombretón alto y esmirriado de cabello pajizo salpicado de canas, asintió mientras daba una mirada a los panfletos para asegurarse de que estaban tal y como los había dejado.

—El sábado —asintió.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado ahora?

—Nada nuevo. Un grupo quiere convencer al Gobierno de que ya es hora de que impongan más presión al parlamento.

—¿Los oirán?

—¡Quién sabe! Tal vez. Supongo que nos enteraremos pronto. —Donal se llevó las manos a las caderas y las movió de un lado a otro; Alec habría jurado que oyó un crujido—. ¿Qué tal tu día?

Alec sonrió.

—Pesado —respondió—, pero provechoso.

—Seguro que a tu amigo, el reverendo, le gustará oír eso. Con lo que se esforzó para que entraras a la universidad, debe estar encantado de saber que no te dejan ni un minuto libre, aunque

sabes que podrías tomártelo con más calma. Otros que trabajan mientras estudian lo hacen, y nadie los juzga.

—Sabes que quiero graduarme lo antes posible.

—Sí, pero ¿qué más da unos meses más o menos? Nadie te obliga a que te des tanta prisa. Ven, acompáñame a la trastienda. Quiero que veas unos apuntes que he hecho para el próximo número de la revista.

Alec lo siguió con pasos briosos; el breve descanso le había servido para reunir fuerzas, aunque aún continuaba hambriento. Lo alegró entrar a la trastienda, ese espacio solo un poco más pequeño que el taller, en el que había varios bancos de trabajo, estantes con volúmenes ya impresos, y una gran mesa sobre la que halló una cesta con pan y trozos de jamón.

Tomó un pedazo de pan y algo de jamón, que estaba rancio, y se dejó caer sobre una silla, en tanto Donal le acercaba unos cuantos papeles que estudió bajo la luz de un quinqué.

—¿Qué te parece? —preguntó su amigo con un tono anhelante.

—Apenas he empezado a leer.

—Pues lee más rápido.

Alec contuvo las ganas de decirle que dudaba de que conociera a alguien que leyera más rápido que él. Su amigo era ansioso por naturaleza y un tanto inseguro a veces, de modo que entendía su actitud.

Los McFarlane habían heredado la imprenta de su padre, un antiguo minero que siempre había sentido pasión por las letras y que, cuando había tenido que abandonar el trabajo por una lesión que había estado a punto de matarlo, había puesto todo lo que tenía en el negocio.

Su hijo, Donal, que había heredado la pasión de su padre, se había hecho cargo cuando este había muerto, y había implementado

algunas mejoras que habían hecho prosperar el negocio. Imprimían de todo un poco: libros de enseñanza, títulos religiosos, panfletos... Donal no se negaba a nada, pero su gran pasión, lo que lo hacía levantarse cada mañana, era el sueño de sacar adelante la revista en la que llevaba años trabajando y que había empezado a publicar el año anterior con un éxito moderado.

—Lo veo bien, tan interesante como siempre. ¿Has alargado la editorial? —preguntó Alec una vez que terminó de leer.

Su amigo ocupó un banquito ante él y se pasó una mano nervuda por la cara.

—Sí, y también añadí un ensayo de Robby sobre la ley que han presentado en el Parlamento para ampliar el voto masculino.

—Ya. Bien podrían sumar algo referente al femenino, pero dudo de que a Robby le agrade la idea. Deberías pedirle a Isobel que le dé algunas clases al respecto.

Donal ahogó un bufido. La mención a su hermana siempre lo ponía en guardia.

Lo mismo que él, Isobel McFarlane, solo unos años menor que su hermano, tenía un papel importante en la imprenta. Como la mujer inteligente y bien educada que era, llevaba las cuentas, supervisaba a los operarios y, además, le gustaba escribir tanto como a Donal. Así que, a veces, firmaba algún artículo de la revista; esto lo rubricaba con un seudónimo porque, como maestra en una escuela de Edimburgo, no estaría bien visto que lo hiciera con su nombre real.

Una de sus pasiones era recordar a quien hiciera la más mínima mención al respecto. Así como había movimientos sociales para ampliar el alcance del voto masculino, que aún tenía ciertos límites, el femenino estaba prohibido por completo, y ya era hora de que también se luchara por lograrlo.

—Te aseguro que mi hermana tendrá algo que decir al respecto en cuanto vea el borrador. Sospecho que ella y Robby tendrán alguna pelea por eso, y que el pobre tendrá que reescribir su ensayo antes de que pase a imprenta —aseguró Donal con una mueca—. Pero, dejando eso de lado, ¿qué te parece?

Alec devoró el último trozo de pan y se encogió de hombros.

—Ya te lo dije, está muy bien —repitió—. ¿Cuándo sale?

—La semana próxima. Aún podemos añadir algo tuyo.

—No podré llegar a tiempo, tengo que presentar varios trabajos en la universidad el lunes. Pero cuenta conmigo para el siguiente número.

Donal asintió.

—Creo...

—No voy a estudiar menos de lo que ya lo hago, Donal. Ni te molestes en mencionarlo. —Alec cortó a su amigo antes de que pudiera terminar de elaborar la frase—. Tengo una beca que mantener.

—Ya casi has terminado, y seguro que podrías mantener la beca sin esforzarte tanto.

Alec no le hizo demasiado caso, era algo que oía con frecuencia cuando estaba allí. Donal apreciaba el valor de la educación como el que más, pero también estaba convencido de que su amigo podría lograr muchas otras cosas importantes, como las llamaba él, si no se quemara las pestañas de la forma en que lo hacía asistiendo a tantas clases como era humanamente posible.

Cuando Alec se había presentado en la imprenta hacía casi dos años, buscando trabajo porque apenas lograba subsistir con la escasa asignación de la que lo proveía la beca, el hombre había pensado que sería solo un estudiante pobre más que no duraría ni un mes. Pero se había visto maravillado cuando había descubierto

que Alec no solo era un trabajador incansable, sino también un hombre de una inteligencia extraordinaria que había colaborado con grandes ideas para el negocio y que, con el paso del tiempo, se había convertido, también, en uno de sus mejores amigos.

—Ya veré yo cómo llevo mis asuntos, ¿te parece? —bromeó Alec con un tono de chanza—. Ahora dime qué necesitas que haga, procuraré terminarlo antes de las doce. Puedes irte si quieres, yo me encargo de cerrar.

Debido a lo ajetreados que eran normalmente los días de Alec, entre la universidad y algunos trabajos de tutoría que le reportaban unos muy bien recibidos ingresos extra, solo podía trabajar en la imprenta al caer la noche, así que era habitual que se quedara hasta las tantas cumpliendo con sus labores y que fuera él quien se ocupara de cerrar el negocio cuando Donal se iba a casa.

—Creo que me quedaré esta noche, quiero dejar lista la revista para ponerla en la imprenta mañana temprano —dijo su amigo, ahogando un bostezo—. Tú puedes ocuparte de encuadernar esos libros que encargó el señor Sinclair, y también necesito que entregues los panfletos que están allí afuera; se supone que vendrán por ellos a eso de las nueve.

Alec asintió y, tras ponerse de pie, dio una palmada al hombro de su amigo y se puso con el trabajo.

Capítulo 3

—No puedo creer que realmente estemos aquí.

La voz de Rowan inundó el pequeño espacio del carruaje y arrancó un suspiro de la buena de Morag, que se veía un poco verde luego del largo viaje que las había llevado hasta las afueras de Edimburgo. La vieja doncella se mareaba con facilidad y había pasado casi todo el camino desde Gairloch, que había incluido varios cambios de caballo y breves reposos en posadas de distinto tipo, quejándose por lo que consideraba una especie de castigo.

Ni siquiera el hecho de que el padre de Rowan, el conde, hubiera organizado todo de modo que viajaran con la mayor comodidad posible había logrado consolarla un poco. El cochero y el lacayo que se ocupaba de resguardarlas habían comentado, cuando creían que Rowan no los oía, que no recordaban haber oído a nadie quejarse tanto.

—No sé en qué pensaba tu padre al obligarte a venir hasta aquí sola —rumió la mujer.

—No estoy sola, Morag; se supone que eres mi acompañante. ¿Qué otra cosa podía hacer mi padre? Él y mamá llevan meses en Edimburgo; no esperarías que fuesen hasta Gairloch solo para irme a

buscar. Estamos perfectamente bien tú y yo juntas.

Morag se pasó una mano por el rostro sudoroso.

—Tú estarás muy bien, de eso no me queda duda... Si te has salido con la tuya.

Rowan no ocultó la amplia sonrisa que le provocó oír eso porque, en el fondo, no había dejado de felicitarse por ello desde que habían abandonado Gairloch.

Lo había logrado. Luego de mucho insistir, había convencido a sus padres de que deseaba visitar la ciudad; incluso había sido lo bastante maquiavélica para apuntalar las ideas de su madre con respecto a que era momento de conocer otros lugares del mundo más refinados. Había sido tan hipócrita, incluso, que había fingido que estaba harta de Gairloch, lo que era una gran mentira porque amaba la región con toda su alma.

En Edimburgo, sin embargo, estaría un poco más cerca de Alec.

Habían pasado casi tres años desde que se habían separado aquella gélida mañana en el puente y, aunque se escribían con regularidad, no habían vuelto a verse. Por un tiempo, Rowan había albergado la esperanza de que Alec regresaría al pueblo por unos días cada año, pero él le explicaba que no solo no podía costear un viaje de esa naturaleza por su cuenta, sino que sus clases y los trabajos que había tomado para mantenerse se lo impedían.

Al principio, ella se había enfadado con él por lo que consideraba un montón de excusas, pero, con el paso del tiempo, lo había comprendido mejor. El hecho de que Rowan no hubiera sabido nunca lo que era sufrir una privación, la necesidad de sobrevivir día a día con el fruto de su esfuerzo... Era algo que veía muy ajeno a ella, pero eso no significaba que no lo entendiera.

Y, le gustara o no, esa era la realidad de Alec. Cuando lo había asumido del todo, había comprendido que entonces estaba en sus

manos organizar los detalles para ir a su encuentro. «Tal y como lo he hecho», se recordó con una sonrisa satisfecha.

—Yo que tú no parecería tan pagada de mí misma. —Morag interrumpió sus pensamientos con un resoplido—. Seguro sabes que tu madre estará aún más pendiente de ti aquí que en Gairloch, ¿no?

La joven hizo una mueca.

—Desde luego que lo sé, pero ya me ocuparé de eso luego. Ahora, ¿no podemos disfrutar de la vista?

La doncella se asomó a la ventana del carruaje, corrió la pesada cortina, y miró hacia afuera con expresión de haber comido algo muy desagradable.

—La vista —repitió mordiendo las palabras—. ¿Cuál vista?

Rowan se asomó también, y su delicada nariz se frunció en un mohín. Morag tenía razón: no había una gran vista allí.

Eran las últimas horas de la tarde, soplaba un viento gélido que levantaba la escasa vegetación que flanqueaba el camino por el que avanzaban, y lo cierto era que apenas se veía la silueta de la ciudad a lo lejos.

—Bueno, no estamos llegando a la mejor hora para apreciarlo como merece —dijo y se apartó de la ventana para arrebujarse en el asiento con un suspiro—. Seguro que mañana se verá mejor. Procura dormir un poco, llegaremos pronto.

La criada masculló algunas palabras en gaélico, un idioma que Rowan entendía solo a medias, pero habría jurado que reconoció un par de maldiciones que alguien como ella no debería saber, lo que le arrancó una sonrisa y la llevó a suponer que lo poco que les quedaba de viaje estaría tan lleno de quejas como había sido hasta ese momento.

***

La casa de los condes de Gairloch se ubicaba en la zona conocida como New Town, donde se alzaban imponentes construcciones de estilo georgiano, y la de su familia era una de las más modernas y lujosas.

La madre de Rowan salió a recibirla tan pronto como el carruaje se apeó junto a la entrada. Iban tras ella dos criados y el mayordomo, que hizo algunos gestos a los jóvenes a su cargo para que se ocuparan del equipaje luego de dirigirle una reverencia en señal de bienvenida.

A Rowan la impresionó toda esa formalidad porque las cosas eran mucho más relajadas en Gairloch. Tenían sirvientes en el castillo, claro, pero los conocía de toda la vida y, muy en el fondo, siempre se habían conducido con ella con cierta familiaridad, algo que supuso no encontraría allí. Hacía diez años al menos desde la última vez que había puesto un pie en Edimburgo, así que imaginó que tendría que acostumbrarse a esos cambios.

—¿Cómo estuvo el viaje? No tuviste ningún problema, ¿cierto? Le dije a tu padre que bien podría haber enviado a unos cuantos criados para que las acompañaran la última parte del camino.

Rowan recibió el tibio abrazo de su madre con una sonrisa y dejó que la tomara del brazo para guiarla al interior de la casa. Los techos altos y las hermosas molduras de las paredes le arrancaron un suspiro de complacencia; apenas recordaba lo bella que era la casa. Su padre, que era quien pasaba más tiempo en Edimburgo debido a sus negocios, se había esmerado por ir añadiendo tantas comodidades como era posible.

—Fue un viaje tranquilo, no tuvimos ningún problema —aseguró ella una vez que dejó sus guantes y su sombrero en manos del mayordomo que las había seguido—. Pero Jimmy y Andrew deben de estar agotados, al igual que Morag.

—Supongo que tienes razón. Ross... —La condesa se dirigió al mayordomo—. Vea que atiendan a los acompañantes de lady Rowan.

—Sí, milady.

—No le diga a Morag que he dicho que está cansada —intervino Rowan con una pequeña sonrisa—. Se enfadará conmigo.

El sirviente asintió y se dirigió a la salida para, supuso, hacer los arreglos.

—He elegido a una muchacha para que se ocupe de ti aquí, en la ciudad, querida —informó su madre mientras se internaban en un salón.

Rowan dio una mirada alrededor, recordando los escasos momentos que había vivido allí. Un gran piano dominaba la estancia, el mismo en el que había recibido lecciones y que tocaba su madre durante las veladas que organizaba con frecuencia cuando sus hijos eran pequeños.

—No hace falta, mamá, para eso tengo a Morag —indicó ella y se dejó caer sobre un cómodo sillón—. Si intentara reemplazarla con alguien, nunca me lo perdonaría.

—Tú misma lo has dicho: está cansada.

—También yo lo estoy, hemos hecho un largo viaje. Por favor, ni siquiera lo menciones. No sabría qué hacer con ella.

La condesa apretó los labios. Conservaba gran parte de la belleza que la había convertido en una de las damas más admiradas en su juventud. Como hija de un adinerado conde inglés, habría podido casarse con quien quisiera, pero, tan pronto como había conocido al padre de Rowan, un majestuoso terrateniente escocés con grandes contactos en el imperio, había caído rendida ante él y nunca se había cuestionado dejar la comodidad de Londres para forjar una familia con él.

—Está bien, no voy a contradecirte ahora, que apenas has llegado —aceptó a regañadientes—. Pero pondré a Nell a disposición de Morag para que la ayude y haga las cosas más sencillas.

—Creo que ella agradecerá eso, aunque no se lo oirás decir en voz alta —bromeó su hija con una sonrisa de agradecimiento—. ¿Dónde están papá y Charles?

—Tu padre tenía una reunión con lord Kinross, y tu hermano... Creo que mencionó algo de una carrera.

—¿De caballos?

—Sí, eso me pareció entender. Sabes cómo es tu hermano, le gusta estar ocupado. —Rowan contuvo una mueca. Aunque quería profundamente a su hermano mayor, estaba convencida de que ese supuesto afán de mantenerse ocupado, del que se vanagloriaba su madre, era más bien producto de su facilidad para aburrirse y no comprometerse a conciencia con nada—. Ambos se reunirán con nosotras esta noche —continuó la condesa haciendo un elegante gesto con los hombros—. He organizado una cena de bienvenida para ti.

—¿Hoy?

La dama ignoró el lamento de su hija, aunque le dirigió una mirada de advertencia.

—Sí, hoy —asintió—. Vendrán los Kinross, los Sinclair y algunos otros amigos. He invitado, también, a sir Archibald Stewart. No lo conoces, pero te hemos hablado mucho de él.

—Lo recuerdo. ¿No es socio de papá en ese proyecto de ferrocarriles?

—Así es. Seguro que, con lo mucho que te gustan esas cosas, encontrarás muy interesante su conversación. Arreglaré que te sientes a su lado durante la cena para que le hagas todas las preguntas que quieras.

Rowan frunció el ceño. Había algo extraño allí que hizo que su mente empezara a funcionar a toda velocidad. A su madre no le gustaba que ella formulara demasiadas preguntas; aún más, siempre que podía, le recordaba que una joven dama debía ser más discreta y no mostrar tanto interés por todo, como acostumbraba ella.

Una sospecha inquietante se abrió paso en su pecho, pero no quiso profundizar en ello entonces; su madre no respondería con la verdad si le preguntaba, y no quería empezar una discusión cuando acababa de llegar. De modo que, tragándose la duda, esbozó una lenta sonrisa y asintió.

—Estoy segura de que has organizado una velada muy interesante —dijo segura de que era eso lo que su madre preferiría oír—. Entonces creo que lo mejor será que haga como Morag y descanse un poco. No quiero quedarme dormida en medio de la cena.

—Por supuesto, ve a recostarte. Ordenaré que te despierten un par de horas antes para que tengas tiempo de arreglarte. Y, por favor, usa uno de los vestidos que he dejado para ti en tu vestidor.

Rowan apretó los labios una vez más, fingió que la idea le encantaba y, tras agradecer a su madre por las molestias que se había tomado al comprarle todo un nuevo guardarropa, abandonó el salón para dirigirse a su dormitorio.

Mientras subía la hermosa escalinata de mármol, acarició lentamente la balaustrada y se dijo: «Cualquier cosa con la que deba enfrentarme ahora no es nada comparada con la alegría que me provoca estar, al fin, aquí».

Lo único que debía preocuparla era encontrar la forma de reunirse con Alec. Eso, siempre y cuando pudiera dar con él.

Capítulo 4

Los días de Alec iniciaban casi siempre igual: se levantaba apenas empezaba a amanecer y, somnoliento debido a sus escasas horas de sueño, recurría al agua helada de la jofaina para terminar de despertarse. Luego, reunía lo que iba a necesitar y pasaba por la cocina de la pensión, en la que se hospedaba para desayunar lo que la señora Baxter, su casera, había preparado para el desayuno: por lo general, gachas, pan negro y algo de té ralo. Junto con Alec, había otros tres huéspedes en el lugar, así que charlaba un rato con ellos antes de dirigirse a la universidad.

Había tenido suerte al hallar ese alojamiento porque se encontraba no muy lejos de su centro de estudios, un callejón en Newington. No era una zona muy agradable o segura, pero se había acostumbrado con rapidez e incluso contaba con algunos amigos por allí.

Llegó a la universidad con suficiente tiempo para cumplir con el ritual que había empezado cuando el reverendo Sutherland lo había acompañado la primera vez. Lo mismo que entonces, se detuvo un momento ante los edificios de piedra oscura que se apretaban como guardianes silenciosos alrededor del Old College. El estilo georgiano

denotaba una dignidad severa, hostil, pero Alec sabía que no era realmente así.

No había nada beligerante en ese lugar, al menos no la mayor parte del tiempo. Para él, que se había mostrado tan reticente al principio con respecto a la idea de estudiar allí, se había convertido en una especie de hogar. No imaginaba un día en que no paseara por sus claustros, oyendo el eco de pasos apresurados y las charlas encendidas. «Incluso el aire es especial», reconoció mientras se adentraba entre sus muros; olía a carbón, humedad y, si se esmeraba, también podía percibir el aroma a tinta.

Aquella ideas románticas e idealistas lo llevaron a pensar en Rowan y en cuánto se burlaría ella de oírlo. Su recuerdo, como siempre, le atenazó el corazón y lo obligó a detenerse ante el aula en que se impartía su primera clase del día. Era una constante para él pensar en Rowan y sentir cómo todo ese delicado equilibrio, la cuidadosa rutina que había construido durante los últimos tres años, se tambaleaba en un vaivén peligroso.

¿Cuántas veces había considerado dejarlo todo para ir en su busca? Ni siquiera tenía en mente decir una palabra que pudiera ponerla en un compromiso que él no pudiera afianzar. Solo quería verla, oír su voz una vez más y contemplar su precioso rostro mientras reía.

Pero entonces, como había tenido que hacer en ese momento, se recordó que aquello era una locura, que no le supondría ningún bien ni a ella ni a él. Ver a Rowan, oírla... Nada de eso tenía sentido por mucho que lo deseara.

Edimburgo no solo lo había ayudado a instruirse y a convertirse en un hombre, sino que también le había enseñado que había diferencias insoslayables que, ingenuamente, no había sido capaz de ver del todo mientras vivía en Gairloch.

Allí era muy consciente del lugar que él y Rowan ocupaban en el mundo, y al fin había aprendido a aceptar que no había nada que hacer para cambiarlo. Con esa certeza, por doloroso que fuera, enderezó los hombros y abrió la puerta del aula para entrar. Tal vez no pudiera hacer nada con lo que sentía por la joven que le había robado el corazón cuando era poco más que un niño, pero sí podía continuar con el camino que se había trazado cuando había llegado a esa ciudad. Un camino que sí estaba a su alcance.

***

—¿Será posible, señor McRae, que esté dispuesto a aferrarse a un concepto tan simplista?

Alec mantuvo el gesto imperturbable y alzó la mirada de sus notas para posarla sobre el señor Flint, su profesor de Filosofía Moral, una de sus materias favoritas cuando no se arrepentía de haberse apuntado en ella pese a saber que quien la impartía era un esnob insoportable.

El aula, sobria y con bancos de madera alineados con precisión casi militar, estaba ocupada solo por otros diez estudiantes. La pizarra tras la cátedra tras la cual se encontraba el señor Flint estaba repleta de apuntes con tiza que este había ido anotando, durante el transcurso de la clase, con su letra apretada y elegante.

—¿No piensa responder, señor McRae?

Ante la insistencia del viejo maestro, con su levita oscura y melena canosa, que a Alec lo llevaban a pensar en un evangelista salido de un pasaje de la Biblia, no le quedó más alternativa que hablar. Y lo hizo con otra pregunta, claro.

—Por supuesto, señor —dijo alzando la voz grave, que resonó en el espacio de techos altos—. Nos pidió un ejemplo de cómo

inferimos la causa a partir de un efecto, y yo señalé a la educación porque, después de todo, ¿no es esta misma una causa invisible de toda mejora humana?

Se oyó el chasquido de una lengua y una leve risita, que Alec reconoció como de su compañero de banco, Robby McCallum, que era también un buen amigo, pero que no sabía cuándo debía mantenerse serio.

—Eso no está en discusión, señor McRae —respondió el profesor sin que su rostro ajado sufriera la más mínima alteración—. Pero tiene que reconocer que es un pensamiento simplista.

—Lo es, señor. Nunca he pretendido afirmar lo contrario.

—Y aun así lo sostiene, en lugar de sugerir una teoría más elaborada.

—Porque es algo en lo que creo, sin la menor duda, y no encuentro sentido en tejer una teoría compleja para llegar a esa conclusión. Prefiero dedicar mis esfuerzos a encontrar la forma de ejecutar esa simple teoría, como la llama, educando a quienes lo necesitan, por ejemplo. —Alec se permitió un leve asentimiento antes de continuar—: Tal y como lo hace usted.

Otra risita llegó a sus oídos y apenas pudo contener el impulso de pegar un puntapié a Robby bajo el banco. En su lugar, sostuvo la mirada del señor Flint, que lo veía desde su altura con el semblante impertérrito. Aunque Alec pudo reconocer, en el brillo de sus ojos, que se encontraba dividido entre continuar con el debate, solo por el gusto de demostrar que no era más que un paleto caído de las montañas al que no le daba la cabeza para elaborar un concepto más complejo, o darle la razón a regañadientes.

Por suerte para él, y también para Alec, las campanadas señalaron el fin de la clase, y pudo abandonar el aula luego de reunir sus cosas. Era posible que Flint volviera al asunto luego, de eso no le

quedaba duda; pero, mientras tanto, Alec se sintió aliviado de poder tomarse un respiro.

Era más de mediodía y tenía un hambre voraz. Seguido por Robby, que no dejó de parlotear con respecto a la clase y al comportamiento del maestro durante todo el camino, se dirigió a una taberna fuera del campus a la que acostumbraban asistir los alumnos que no tenían grandes ingresos o una familia en la ciudad que los proveyera de una comida caliente.

Sentado a una mesa que cojeaba un poco, pidieron un estofado, algo de cerveza ligera y, en tanto una mesera agotada los atendía, Robby aprovechó para retomar la charla.

Tenía cinco años más que Alec, pero había tardado un poco en entrar a la universidad debido a unas fiebres que lo habían aquejado en la adolescencia y lo habían dejado un tanto débil. Era delgado, alto y se movía con una manifiesta torpeza, pero también tenía una mente ágil y un sentido del humor muy agudo. Su espeso cabello rojizo, que según él había heredado de su madre, enmarcaba unas facciones agradables.

Era hijo de un notario bien reconocido en Perth, así que no tenía mayores problemas para sostenerse. Sin embargo, él y Alec habían congeniado tan pronto como se habían conocido, así que iban de arriba para arriba y abajo cuando coincidían.

—Donal dijo que has leído mi artículo para el próximo número de la revista. No me habré puesto muy pomposo, ¿no?

Alec sonrió.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Te lo ha dicho Isobel?

Robby y la hermana de Donal discutían con frecuencia, aunque ambos eran igual de combativos y obstinados. Era posible que fuesen esas características en común las que provocaban sus peleas.

Había sido Alec quien había acercado a Robby a la imprenta de los

McFarlane. Cuando este supo que su compañero de estudios trabajaba allí y que era buen amigo de los dueños, no se había cortado para pedirle que lo presentara. Siempre había sentido pasión por escribir, por lo que, una vez que había sorteado la desconfianza de los hermanos, había empezado a colaborar en su revista.

—Te aseguro que no la entiendo —mencionó Robby con un mohín de disgusto—. Está tan a favor como yo de abolir las restricciones para el voto, pero aun así dijo que le parecía que mi artículo al respecto tenía un tono...

—¿Pomposo?

—¡Eso mismo!

Alec se apartó un mechón de la frente y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—¿No tendrá eso que ver con el hecho de que no hiciste ninguna mención al voto femenino en ese artículo? —sugirió.

Su amigo frunció el ceño.

—Bueno, es cierto que no lo mencioné, pero es que preferí enfocarme en un hecho concreto —se defendió este.

—No lo dudo, pero tal vez pudiste darle un enfoque más..., no sé, general; habría sido lo más justo. Si lo que pretendías era plasmar la idea de que todo escocés debe tener derecho a elegir a sus representantes, eso debería de incluir a las mujeres, ¿no? Son tan hijas de esta tierra como tú o yo, y no deberían ser excluidas.

La mesera, que llegó justo en ese momento con su comida, dejó los platos sobre la mesa, una botella polvorienta y dos jarros. Le sonrió a Alec y le guiñó un ojo antes de marcharse, lo que arrancó a Robby un bufido.

—Eso explica tu popularidad con las mujeres —masculló su amigo.

Alec no le hizo caso. Enterró la cuchara en el guiso y comió con ganas mientras Robby cambiaba de tema porque, estaba seguro,

sabía que Isobel había tenido razón al enfadarse con él y no dudaba de que lo corregiría en un próximo artículo.

Poco después, cuando rebañaban los platos con los restos del pan, el sonido de unas risas escandalosas llegó hasta ellos, proveniente de la callejuela junto a la que se hallaba la taberna. Alec apenas prestó atención al ruido, pero su amigo medio que se incorporó para mirar por la ventana con curiosidad y, cuando se sentó de vuelta, sacudió la cabeza de un lado a otro y puso los ojos en blanco.

—MacLeod y sus amigotes —dijo sin más.

Eso sí que llamó la atención de Alec, que dejó de mirar su plato y posó los ojos en Robby.

—¿Qué estaban haciendo?

—No estoy seguro, pero nada bueno, seguro. Habrían estado molestando a alguien, o se robaron la peluca de algún profesor... Ya sabes cómo son.

Sí, Alec lo sabía, y le habría gustado que no le importara. Así como había estudiantes como él y Robby, que se esforzaban por aprovechar todo lo que la universidad ofrecía, estaban los otros —a su parecer, una minoría—, que parecían estar allí solo con el fin de pasar el tiempo, hacer trastadas y generar tantos problemas como pudieran.

De por sí, el asunto lo tenía sin cuidado; creía que cada quien era libre de hacer con su tiempo y su vida lo que mejor le pareciera. Él tenía mejores asuntos por los que preocuparse, pero la mención a McLeod removió algo muy dentro de él porque era el hermano de Rowan.

—He oído que su familia está en Edimburgo —continuó Robby tras volver la atención a su plato.

—Sí, algo oí. Los condes llegaron hace un par de semanas.

Alec lo sabía porque el reverendo Sutherland se lo había

comentado en una carta. No era nada fuera de lo normal; los condes acostumbraban quedarse allí unas cuantas semanas cada año. Lord Gairloch se ocupaba de sus múltiples negocios, y su esposa saqueaba las tiendas de Edimburgo para luego volver al castillo.

De no haberlo sabido por el reverendo, se habría enterado de cualquier forma, igual que Robby. Los condes estaban muy bien considerados en la ciudad y, aunque tanto Alec como su amigo se movían muy lejos de su círculo, su presencia nunca pasaba desapercibida, aun cuando solo fuera de oídas.

—Supongo que McLeod tendrá que portarse un poco mejor en tanto estén aquí. Dicen que su padre lo ha amenazado con enviarlo a Londres para que se una a la Armada como no mejore sus calificaciones.

—Tal vez le haría un favor.

—Eso creo también, pero seguro que no lo hará durante esta visita. Lady Gairloch está organizando un montón de reuniones y no le convendrá que su marido destierre a su hijo mayor justo ahora.

Alec hizo una mueca.

—¿Y eso dónde lo has oído? —preguntó divertido.

—Me lo dijo mi sastre, cuando ayer fui a encargarle un nuevo traje —respondió su amigo—. Sabes que está casado con una costurera de Charlotte Square.

—No, no lo sabía.

—Bueno, pues así es. Y su mujer le dijo que la condesa había ido al taller en que trabaja para ordenar decenas de vestidos porque tiene varios eventos sociales pactados para estos meses.

—Seguro que a la dueña del taller la habrá alegrado mucho oírla —comentó Alec con cierto cinismo.

Su amigo se encogió de hombros.

—No lo dudo. Parece que los condes están dispuestos a tirar la

casa por la ventana ahora, que ha llegado su hija. Imagino que esperan que se convierta en la sensación de la temporada.

La cuchara de Alec golpeó con fuerza contra el plato cuando la dejó caer debido a la impresión.

—¿Su hija? —repitió con una voz que no sonó como la suya.

Robby, que no pareció darse cuenta de su turbación, siguió rebañando el plato muy concentrado.

—Sí, la hermana de McLeod. No tengo idea de cuál es su nombre, pero supe que llegó hace unos días, poco después que sus padres. Espero que sea más agradable que su hermano. Aunque lo cierto es que no tiene nada que ver con nosotros, ¿no?

Alec no respondió, no habría podido hacerlo siquiera de haberlo querido. Sentía como si tuviera la cabeza llena de algodones y apenas pudiera conectar dos ideas sin empezar a farfullar como un niño.

¿Rowan estaba en Edimburgo? ¿Cómo era eso posible? Y, sobre todo, ¿por qué?

Capítulo 5

Rowan supo que aquel sería un día especial tan pronto como Morag abrió las ventanas de su habitación y empezó a trastear por allí, en tanto ella se desperezaba en la cama.

Hacía una mañana nebulosa, lo comprobó al dar una mirada rápida hacia la luz gris que se colaba por el cristal, pero a ella le pareció totalmente radiante.

Luego de asearse, dejó que la criada la ayudara a vestirse con uno de los trajes que su madre había comprado para ella. Eligió el más simple, lo cual no fue sencillo porque todos le parecieron demasiado elaborados; aunque, como señaló Morag, era de esperar considerando que entonces se hallaban en Edimburgo y no en Gairloch.

Por fortuna, Rowan y la condesa tenían gustos similares, así que no pudo menos que apreciar la delicada seda de un tono azul que hacía juego con sus ojos. Mientras Morag le ceñía el corsé y le ajustaba cada pieza con un cuidado milimétrico, se recordó que no había nada de malo en disfrutar de un vestido bonito, siempre y cuando este no le impidiera lograr lo que tenía pensado.

Bajó a desayunar algo ligero, pero tuvo que hacerlo sola porque,

según le explicó el atildado mayordomo, su madre aún se encontraba durmiendo, su padre había salido muy temprano, y no sabía qué había sido de su hermano.

La noche anterior había podido verlos a ambos durante la cena y, aunque el conde se había mostrado afectuoso y complacido de que se encontrara allí, su hermano le había parecido muy disperso. Le había hecho un par de comentarios burlones con respecto a si sabría comportarse en la distinguida sociedad de Edimburgo luego de haber pasado tanto tiempo enterrada en las Tierras Altas, pero su madre lo había reprendido con un gesto y, poco después, se había retirado a su habitación aduciendo un dolor de cabeza.

A Rowan aún le costaba comprender la dinámica familiar que tenían allí, algo distinta de la de Gairloch. Mientras que en el castillo sentía a sus padres mucho más presentes, en la ciudad ambos parecían muy ocupados con sus propios asuntos. Su padre había mencionado cuán involucrado estaba en la política y en el sinnúmero de reuniones que tenía pautadas con otros terratenientes que también se hallaban allí; en tanto que su madre no había dejado de parlotear acerca de bailes, de compras y de personas que planeaba presentarle.

De encontrarse en Gairloch, Rowan habría sentido cierto pesar, pero lo cierto era que aquello le convenía mientras se hallara en Edimburgo porque sus padres apenas tendrían tiempo para vigilarla, y así podría hacer lo que tenía en mente sin despertar sospechas.

***

—Sigo pensando que esto es una temeridad; tu madre me despedirá en cuanto se entere.

Rowan ignoró los rezongos de Morag y se apeó del carruaje que

las había llevado hasta la universidad.

No había sido fácil, pero había logrado convencer a su madre de que deseaba dar un paseo por la ciudad mientras ella recibía la visita de algunas amistades. Lady Gairloch se había obstinado en que era la ocasión perfecta para que su hija las conociera, pero Rowan se había excusado diciendo que aún se sentía agotada por el viaje y que sería tan mala compañía que sus amigas se llevarían una mala impresión. Prefería tomar algo de aire, acostumbrarse un poco al clima, más cálido que el de las montañas, y después estaría encantada de socializar tanto como la condesa lo estimara conveniente.

Su promesa había parecido convencerla; de modo que, luego de haberse asegurado de que iría con Morag y el cochero, le había permitido salir, siempre y cuando prometiera estar de regreso para la hora del té, cuando se reunirían con su padre. Entonces, le había advertido, harían un repaso de todas las actividades que tenía planeadas para las siguientes semanas.

—Mi madre no se enterará. Y, si lo hiciera, no se enfadará contigo, sino conmigo.

La criada hizo un mohín, y estudió a los grupos de gente que iban y venían por la calzada de piedra. Miró a todos y cada uno de ellos con desconfianza, y se cruzó de brazos.

—No me gusta nada esto —espetó.

—No veo por qué. ¿No te parece todo fascinante?

Era así como lo veía Rowan; aquel ajetreo le llenó el corazón de emoción. Todo el mundo parecía ir apurado, como si tuvieran algo importantísimo que hacer y, por unos segundos, se permitió entretejer historias acerca de los motivos.

Serían estudiantes, supuso, y algunos, también maestros. Llegaban tarde a sus clases, tenían algún examen que decidiría su

futuro o estaban a puertas de participar en alguna charla magistral, de esas tan famosas que se mencionaban en los diarios.

—Esto no tiene nada que ver contigo —insistió Morag sin comprender su fascinación—. Y ponte el sombrero, por el amor de Dios. No puedes andar por aquí con la cara descubierta.

Rowan contuvo un resoplido y se acomodó aquel tocado que le parecía demasiado ostentoso, incluso para Edimburgo. La sirvienta le había ajustado la espesa mata de cabello castaño en un rodete apretado, en lo alto de la coronilla, así que tuvo que hacer malabares con un alfiler para que se quedara bien sujeto.

—Ya está. ¿Satisfecha?

La miró con el ceño fruncido.

—No hasta que te hayas puesto, también, los guantes y uses la sombrilla que te compró tu madre. Y, mejor, me sentiría mucho más feliz si nos fuéramos de aquí.

—No vamos a ir a ningún sitio, no hasta que haya... No importa. De cualquier forma, para tu tranquilidad, ya que parece disgustarte tanto este lugar, tú esperarás en el carruaje hasta que regrese.

—¿Piensas entrar sola?

Rowan ignoró el tono escandalizado de la criada y se encogió de hombros.

—Claro que sí, tengo que ser discreta.

—¡Y ahora lo dices! Tu madre...

—Ya te lo he dicho: mamá no lo sabrá y, aun cuando lo hiciera, tengo una excelente excusa si me pregunta por qué vine aquí.

—¿Y cuál sería esa excusa?

La joven elevó la barbilla.

—He venido a ver a mi hermano —dijo muy tranquila.

Morag se llevó una mano a la cara.

—¿Esa es tu excusa? —refunfuñó—. Si viven en la misma casa.

—Sí, pero siento curiosidad por el lugar donde estudia, lo cual no es una mentira. Así que decidí aprovechar que estaba con el carruaje, y que no tengo nada más que hacer, para pasar un momento, ver la universidad, y saludarlo.

—Por lo que he oído en las cocinas, no parece que tu hermano pase mucho tiempo estudiando.

Rowan torció el gesto.

—Bueno, eso yo no tengo cómo saberlo, ¿no? —replicó con acidez —. Y ya deja de distraerme; tenemos que estar de regreso antes de las tres, o mi madre no dejaré que salga sola nunca más. Espera aquí con el cochero, volveré pronto.

—Pero...

No le dio tiempo de decir más y se internó entre los jardines que delimitaban aquellos edificios que, una vez que pudo contemplarlos más de cerca, la dejaron con la boca abierta.

«Parece que estas piedras podrían hablar y echarme un maleficio», imaginó un poco abrumada por los años de historia que, sin duda, albergaban. Si la gente parecía ir de prisa visto desde fuera, una vez dentro, comprobó que era aún peor. Todos caminaban muy rápido y apenas le prestaron atención como no fuera para dedicarle breves miradas de curiosidad.

No le dio mucha importancia al asunto porque temió que, de hacerlo, perdería el valor que tanto le había costado reunir para cometer esa locura, pero no había encontrado otra alternativa para ver a Alec.

Aunque tenía su dirección gracias a las esporádicas cartas que le había escrito, las mismas que casi se habían detenido en el último año como no fuera para saludarla en Navidad y en su cumpleaños, no se había visto capaz de buscarlo en la pensión en la que se hospedaba; habría sido correr un riesgo demasiado grande. Así que

optó por la que le parecía la opción más razonable y la que podría sería fácil de explicar si sus padres se enteraban. Después de todo, su hermano también iba a la universidad y Rowan era una joven curiosa; a nadie en casa le extrañaría demasiado que hubiera decidido ir hasta allí para conocer el lugar y ver a Charles en el que se suponía debía de ser su elemento.

Resuelta, se internó entre los pasillos con el gesto serio y la falsa actitud de quien sabe lo que hace, cuando lo cierto era que no tenía idea de a dónde ir. Temerosa de perderse y de que aquella salida fuese un absoluto fracaso, preguntó por la oficina de Admisión a un joven con el que se cruzó.

Luego de mirarla de arriba abajo con extrañeza, el muchacho, que no podía ser mucho mayor que ella, le señaló un pasillo y le dio unas cuantas instrucciones vagas que, por suerte, Rowan captó al vuelo y, solo unos minutos después, se encontró ante una enorme puerta entreabierta que franqueó con una confianza que en verdad no sentía.

Había un hombre de mediana edad, tras un escritorio, que alzó la mirada en cuanto la vio aparecer.

—Buenos días —se apresuró a decir Rowan antes de que este pudiera decir algo—. Tal vez pueda ayudarme. Estoy buscando a mi hermano.

Tal vez fue la sorpresa que provocó su presencia o lo refinado de su aspecto y acento, pero el hombre se dirigió a ella con mucha más amabilidad de la que había esperado.

—¿Su hermano? —repitió—. ¿Es uno de nuestros estudiantes?

—Sí, y es muy importante que hable con él. Sé que no debería haber venido, pero solo me tomará unos minutos.

—Ya veo. ¿Cuál es su nombre?

—Alec McRae.

La mentira surgió con una naturalidad apabullante, y Rowan no pudo menos que felicitarse a la par que pensaba que, como siguiera así, tendría un lugar por ella aguardando en el infierno.

***

Alec había tenido días mucho mejores, estaba seguro de eso.

Había dormido mal y, pese a que se había levantado tan temprano como siempre, llegó tarde a su primera clase porque había habido un accidente con unos carros en la calle aledaña a la pensión y se había detenido a ayudar a un hombre que había quedado atrapado entre las maderas retorcidas. Era un agricultor que se dirigía al mercado para vender sus productos y que, por lo que Alec pudo inferir de sus heridas, pasaría semanas obligado a permanecer en casa hasta que se recuperara. No quería ni imaginar lo que significaría eso para él y su familia.

Desde luego, su tardanza fue la excusa perfecta para que el señor Flint hiciera cada minuto de la clase miserable para él. El maestro no había olvidado la atrevida contestación de Alec durante su último encuentro, así que lo atiborró a preguntas que en verdad no tenían una sola respuesta solo por el gusto de forzar una nueva discusión.

Aunque Alec fue lo bastante prudente para medir sus palabras, para cuando terminó la clase, estaba exhausto. Luego de eso, asistió a una conferencia de un experto venido de Londres que se mostró tan condescendiente que fue un milagro que él o cualquier otro de sus compañeros escoceses, a quienes hería ese tipo de trato, no le saltara al cuello.

Se las arregló para tomar, luego, un refrigerio frugal en una banca fuera del edificio porque no le daba el tiempo para ir a la taberna que acostumbraba visitar. Además, tenía que cuidar cada minuto

porque debía irse temprano esa tarde, ya que se había comprometido a dar una tutoría a un muchacho de una familia burguesa que se estaba preparando para solicitar su ingreso a la universidad.

Aquellos trabajos, junto con el que realizaba en la imprenta, le permitían vivir; no con holgura, pero sí con cierta decencia. Si se organizaba bien, no afectaba sus propios estudios ni lo atrasaba para graduarse; algo que, si iba según lo había planeado, ocurriría el próximo año. Entonces... entonces sería libre y podría volcar todos sus conocimientos en el sueño que había ido construyendo en el tiempo que llevaba allí.

Entonces, en una de sus últimas clases, ahogó un largo bostezo y se frotó los ojos para asegurarse de mantenerse despierto. El señor Fraser era una eminencia en su campo, y su asignatura, Retórica, la favorita de Alec. Pero ese día no se sentía muy fino, así que rogó por que terminara pronto para que pudiera buscar un aula vacía en la que hacer una siesta porque, con todo lo que le faltaba llevar a cabo, dudaba de que pudiera poner la cabeza sobre su almohada hasta bien entrada la noche.

—... esto nos lleva, entonces, a una pregunta un tanto insidiosa: ¿debe el maestro ser un ejemplo moral en la comunidad o solo un transmisor del saber? —Alec parpadeó para prestar atención a lo que decía el maestro, rogando por que no se le ocurriera pedirle que respondiera precisamente a él; pero, en su lugar, hizo algo que se le antojó incluso peor—. No nos queda mucho tiempo, así que no les preguntaré al respecto ahora —indicó el hombre de barba bruñida y anchos hombros—. Haremos algo mejor: quiero que me entreguen un ensayo que responda a esta pregunta según su criterio. Lo quiero para mañana.

Un coro de gemidos se alzó entre las carpetas y, al intercambiar

una rápida mirada con Robby, que, como ocurría casi siempre, ocupaba el lugar a su lado, Alec no pudo menos que pensar que aquel había sido un día terrible, y eso que aún estaba lejos de terminar.

***

—No estoy viendo alucinaciones, ¿cierto?

Alec no prestó demasiada atención a las palabras de Robby, Estaba guardando sus cosas en la bolsa, tenía un libro que devolver a la biblioteca y quería revisar las notas que había tomado durante la clase. Pero un codazo de su amigo lo obligó a dejar lo que hacía y mirarlo con el ceño fruncido.

—¿Qué? —preguntó con malos modos—. ¿No ves que estoy ocupado?

Acababan de abandonar el aula y Alec hacía malabares para que no se le cayera nada, así que no le causó gracia que Robby se mostrara tan insistente.

Su amigo no pareció ofendido por el trato; más aún, no dijo una palabra, y a Alec le extrañó porque le gustaba hablar hasta por los codos. Lo que sí hizo, y que fue más desconcertante, fue que le señaló con la cabeza un punto apartado de la salida desde el que una figura esbelta observaba en su dirección. Cuando Alec posó su mirada en ella, sintió que su corazón se detuvo durante lo que le pareció mucho tiempo hasta que empezó a latir, nuevamente, a un ritmo antinatural. De haber sido posible, habría jurado que amenazaba con salírsele del pecho.

—¿Quién...?

—Tengo que irme. —Alec cortó el balbuceo de su amigo—. Te veré en la clase de Masson.

Sin dar tiempo a Robby a responder, Alec apretó el mentón y se encaminó en dirección a donde se hallaba la joven, cuya sola presencia había puesto su mundo de cabeza.

Aunque hacía casi tres años que no se veían, la hubiera reconocido en cualquier parte, incluso hallándose en la semioscuridad, como era entonces. Supuso que habría intentado pasar desapercibida, pero eso hubiera sido tan difícil como querer ocultar una antorcha encendida en medio de la noche.

Lucía tan bella como siempre y, aunque vestía más formal de lo que recordaba haberla visto nunca, el brillo de sus ojos y la tenue sonrisa divertida que asomó a sus labios al observarlo acercarse le parecieron iguales a los de la primera vez que se habían visto.

Rowan.

—Por favor, dime que no te he metido en un problema por haber venido —pidió ella en voz bajita tan pronto como llegó a su altura.

Alec sacudió la cabeza de un lado a otro, dividido entre la alegría feroz que se agolpó en su pecho al verla de nuevo y la certeza de que aquello era una locura.

—Espero que no, pero la que terminará metida en un lío, si no sales de aquí, serás tú —respondió él con una voz que le costó reconocer como suya—. Estaba a punto de salir a tomar el aire. Ven conmigo y, si alguien pregunta en el camino, podemos hacerte pasar por una visitante que se ha perdido.

—Eso no será necesario. Que no te extrañe que, para cuando termine el día, alguien te pregunte cómo te ha ido en el reencuentro con tu hermana. —Ella se encogió de hombros, sonrió con ganas, y sus ojos brillaron aún más al encontrarse con la mirada confusa de Alec—. Vamos, llévame a dar ese paseo para que te lo explique.

***

Rowan miró a Alec de reojo, sintiéndose un tanto extraña al contemplar a ese hombre que andaba a su lado y al que le costaba reconocer del todo. Si bien se veía igual en esencia —como mucho, unos centímetros más alto y algo más corpulento—, detectó varios detalles en su rostro que despertaron en una ella una timidez desconocida.

Alec se había convertido en un hombre y no sabía del todo bien cómo actuar en su compañía. Cuando había abandonado Gairloch, lo había hecho como un joven que apenas lograba ocultar lo poco que le gustaba marcharse y el miedo que inspiraba en él la idea de no calzar en la vida de la ciudad.

Entonces, sin embargo, lucía totalmente acoplado a ese ambiente. La seguridad en su mirada y la forma en que veía de un lado a otro cuando alguien lo saludaba al pasar hablaban de una firme certeza de encontrarse donde pertenecía, y eso la llevó a pensar si no sería ella la que se encontraba totalmente fuera de lugar.

Pero entonces él se detuvo, señaló una banca de piedra y, cuando se dejó caer a su lado con un suspiro y le dirigió una media sonrisa, Rowan sintió que el nudo que se le había formado en el estómago se soltaba un poco. Porque reconoció esa sonrisa, era la misma que había destinado siempre para ella, y eso le hizo sentir que tal vez no había cambiado tanto como temía.

—Debes de estar sorprendido de verme —empezó ella ante su silencio.

—Ahora que lo pienso, lo cierto es que no tanto, aunque nunca imaginé que te presentarías aquí —respondió él para su desconcierto —. Supuse que, tal vez, nos cruzaríamos por allí, pero...

El ceño de Rowan reemplazó a la tímida sonrisa que había mantenido hasta entonces.

—¿Sabías que estaba en Edimburgo?

—Lo comentó un amigo ayer. No esperarías que la llegada de lady Rowan MacLeod, la hija de los condes de Gairloch, pasara desapercibida. Aunque no es la clase de cosas que se oyen por el mundo en el que yo me muevo, claro. Es solo que tengo un amigo muy curioso.

Rowan no supo qué le desconcertó más: que su llegada no fuera una absoluta sorpresa para él o que hablara con tal indiferencia de ello, además de acentuar lo poco importante que era en su entorno.

—Y... ¿no pensabas buscarme? —preguntó ella sin ocultar su decepción—. ¿Solo esperabas que, a lo mejor, nos cruzáramos un día por allí, como has dicho?

Alec debió de reconocer la tristeza en su voz, porque su mirada adquirió un brillo más amable, aunque mantuvo la expresión imperturbable, excepto por la tensión que pudo percibir en su barbilla.

—Me alegra verte, me alegra mucho —dijo él como si fuese algo que necesitaba dejar en claro antes de continuar—, pero no creo que haya sido buena idea que vinieras.

—Pero no sabía de qué otra forma podría verte.

Él suspiró.

—Es que de eso se trata, Rowan. —Su nombre sonó tan dulce en sus labios que fue como una caricia—. No deberíamos vernos.

Rowan abrió mucho los ojos. ¿Qué era lo que había dicho?

—¿Por qué no íbamos a vernos? —lo increpó ella alzando la voz—. Somos... somos... somos amigos.

Amigos. Aquella palabra era como un grano de arena en la inmensidad de todo lo que siempre había sentido que había entre ellos, pero fue lo único que se atrevió a decir.

—Sí, lo somos, o al menos así era en Gairloch, pero debes entender que aquí las cosas son muy distintas —dijo Alec tras

mirarla fijamente durante varios segundos.

—¿Por qué iban a serlo?

—Por muchas razones. Edimburgo no es Gairloch; si no te has dado cuenta aún, lo harás pronto. Gente como tú y yo ni siquiera debería conocerse.

Ella cerró las manos sobre el regazo hasta que se le encajaron las uñas en las palmas.

—Eso es una tontería —espetó.

—Quizá, pero es también la verdad, y no hay nada que podamos hacer para cambiarlo. Rowan, si algo he aprendido aquí es que hay cosas que no pueden alterarse y no tiene sentido intentarlo.

—¡¿Cómo puedes hablar de esa forma?! —Ella lo miró como si apenas lo reconociera y, en parte, así era—. ¿Cuándo te has resignado a dejar que las cosas ocurran como los demás lo decidan? Tú luchas...

—No he cambiado en eso, Rowan; no se trata de resignación, sino de sentido común. Es algo que aprendes según te haces mayor; te das cuenta de que no puedes pelear contra todo. Hay batallas por las que vale la pena luchar, pero...

Ella se puso de pie. Le dolía el corazón como si una garra invisible se lo estuviera retorciendo.

—Pero yo no soy una de ellas —lo interrumpió con un tono quebrado por el dolor—. Es eso lo que intentas decir, ¿cierto? Has decidido que no vale la pena pelear por nosotros, por nuestra... amistad. —Alec sostuvo su mirada y lo vio apretar los labios; luego, entreabrirlos como si quisiera decir algo y se debatiera entre hacerlo y callar. «Se lo haré más fácil», decidió ella, sintiendo cómo la pena se entremezclaba con una ácida rabia que lo llenaba todo en su interior—. Tienes razón, no debí haber venido. No sé en qué estaba pensando. Quería verte y... he sido muy tonta —balbuceó antes de

apartarse de él.

Echó a caminar sin tener del todo claro por dónde iba. No estaba segura de dónde había dejado a Morag con el carruaje, pero creyó reconocer un seto alto y un arbusto de rosas que la llevaron a pensar que, si seguía recto, llegaría hasta ellos.

Acababa de atravesar otro patio cuando oyó unos pasos tras ella. Supo que era Alec, pero no se detuvo; solo disminuyó el andar cuando él se puso a su altura, y se rehusó a mirarlo.

—Rowan, no he querido lastimarte, te lo prometo.

Él hablaba en voz baja, supuso que para no llamar la atención, y solo entonces se dio cuenta de que había actuado como una irresponsable. ¿En qué estaba pensando al fingir ser su hermana, pasearse en su compañía por el claustro y, luego, atravesar el patio como una desquiciada a la vista de medio mundo?

Si su madre se enteraba...

Al fin, divisó la elegante figura del carruaje con el escudo de armas de su familia, y contempló el rostro lívido de rabia de Morag desde el interior. La criada tenía medio cuerpo fuera del vehículo y, aunque no movió un músculo al verla aparecer, su mirada dejó muy en claro que más le valía entrar para que pudiera regañarla como se merecía.

—No quiero hablar más contigo. —Rowan mordió las palabras, aun sin mirarlo—. Te ruego que me perdones por haber venido sin avisar. No volverá a ocurrir.

Tras decir aquello, subió al carruaje, antes de que el cochero atinara a abrirle la puerta, se acomodó con torpeza en el asiento frente a Morag y cerró tras ella. Hizo un gesto al sirviente para que se pusiera en camino y mantuvo la mirada obstinadamente fija en sus manos, hechas puños sobre el regazo.

Creyó que había perdido la sombrilla, pero entonces la vio tirada

en el suelo del vehículo. Mientras este se ponía en movimiento, y se alejaba por la calle empedrada, sintió que su corazón se hacía cada vez más pequeño, lo que le provocaba un intenso dolor, y ni siquiera las palabras de Morag consiguieron sacarla de ese estado.

—Él sigue allí, mirando para acá.

Capítulo 6

Después de lo que solo podría considerarse como el reencuentro más desastroso que alguien podría tener con quien había sido una de las personas más importantes de su vida, Rowan no tuvo mucho tiempo para lamentarse por ello. Se vio totalmente absorbida por el frenesí de los tejes y manejes de su madre, que, tal y como ya le había advertido, estaba decidida a presentarle a todas y cada una de las personas que, consideraba, valía la pena conocer en la ciudad.

No solo la arrastró de una reunión a otra, sino que insistió en que debía aumentar aún más el guardarropa que había ido preparando para ella. De modo que, tras pasar toda una mañana probándose conjuntos que, estaba segura, no le alcanzaría la vida para usar, luego debía visitar a las amistades de su madre, fuese en una velada musical, un baile o una reunión para tomar el té.

«Visto cómo se han dado las cosas con Alec —pensó ella una noche en que se disponía a bajar para la cena que sus padres ofrecían a varios de sus conocidos más íntimos—, habría valido más que me quedara en Gairloch». Por lo menos, allí no sentiría que tiraban de ella, de un lado para otro, como si fuese una marioneta. Una que tenía el corazón hecho pedazos.

—¡Rowan!

Ella, que había llegado al primer descansillo de las escaleras, giró sobre su hombro para encontrarse con su hermano Charles, que bajaba los escalones de dos en dos para reunirse con ella.

—Espera un momento —pidió él una vez que llegó hasta ella, tomando aire para recuperar el aliento—. Bajemos juntos, o mamá reñirá al que llegue segundo.

Rowan lo miró con una ceja arqueada.

—¿No tendrías que ser ese tú?

—No si llegamos juntos.

Su hermano siempre había tenido un encanto muy particular. Al atractivo exterior, con su cabello cobrizo, los ojos azules y una sonrisa arrebatadora, se le sumaba su facilidad para camelarse a casi cualquier persona con tan solo intercambiar unas cuantas frases.

Su madre se encontraba muy orgullosa de él, aunque su padre había empezado a decir que todo ese encanto no le serviría nunca de nada si no se esforzaba por educarse como debía hacerlo cualquier caballero que aspirara a ocupar el lugar que tenía destinado para él.

En cuanto a su trato con Rowan... Habían sido muy unidos de pequeños porque solo los separaban un par de años, pero se habían ido distanciando con el paso del tiempo; según Charles, había encontrado actividades y personas que le eran mucho más interesantes que su hermana pequeña.

Aun así, Rowan lo quería profundamente y, de no haberse encontrado tan deprimida por sus propios problemas, habría disfrutado mucho más de verlo.

—Creo que a mamá la sorprenderá tanto que participes en la cena que no le importaría si llegaras luego del primer plato —comentó ella

haciendo un gesto para que continuaran el descenso.

Su hermano bufó y se ajustó un botón del traje.

—Se ha estado quejando de mí contigo, supongo.

—Desde luego que sí, ¿te extraña? Dice que casi nunca sabe dónde estás.

—Asisto a una universidad extremadamente exigente, hermana; eso me quita mucho tiempo. Mamá no puede esperar que me reporte con ella a cada momento del día.

Habían llegado al piso inferior y el eco de unas risas provenientes del salón donde acostumbraban reunirse antes de pasar al comedor se coló en sus oídos.

—Tenía entendido que no pasas mucho tiempo en la universidad —comentó como quien hace una mención en cuanto al clima.

—¿Otra queja de mamá?

—No, eso lo mencionó papá ayer en el desayuno; lo habrías oído también si hubieras estado allí.

Charles ahogó un gemido y se llevó una mano al cabello para alisarlo. El gesto atrajo la atención de Rowan, que reparó en que tenía el rostro un tanto abotargado, lo que achacó a las malas noches y a su alto consumo de alcohol. Eso no lo habían mencionado sus padres, pero Morag le había contado que lo había escuchado más de una vez en la cocina.

—Si yo fuera tú, no me preocuparía tanto por lo que tu hermano haga o deje de hacer; diría que tienes otros asuntos mucho más importantes que atender.

Las palabras de su hermano, surgidas en un tono levemente retador, hicieron que olvidara su descuidado aspecto y centrara, una vez más, su atención en lo que decía.

—¿A qué te refieres? —preguntó—. ¿Por qué clase de cosas debería preocuparme?

—¿Tú qué crees? —Rowan observó sobre su hombro antes de dirigir una mirada ceñuda a su hermano—. No me veas así, solo quiero advertirte para que no te tome por sorpresa. Me gustaría que hicieras lo mismo si las cosas fueran a la inversa —explicó Charles con la voz despejada de cinismo.

Rowan contuvo el impulso de cruzarse de brazos por temor a que el movimiento arrugara el vestido de seda lavanda que, si bien le sentaba como un guante, también la constreñía hasta el punto que le costaba respirar con normalidad.

—Si eso es cierto, agradeceré que lo digas de una vez —exigió ella.

Su hermano asintió.

—¿Sabes quiénes son los invitados de mamá esta noche?

Rowan miró una vez más en dirección a las puertas cerradas del salón, e intentó hacer memoria. Como siempre, su madre había recitado un listado de nombres esa mañana, cuando le había dicho que aguardaban visitas para la cena, pero ella no le había prestado demasiada atención por estar pensando, otra vez, ¡cómo no!, en Alec.

—Recuerdo que mencionó a los Drummond —dijo refiriéndose a los amigos más cercanos de sus padres, que no le eran muy simpáticos—, y... ¿tal vez, los Sinclair?

Esperaba tener razón con los segundos, porque se trataba de un matrimonio joven y ella, lady Elspeth, le resultaba tan agradable que, siempre que la veía, lo pasaba muy bien.

—Sí, estarán todos ellos, pero también sir Archibald Stewart.

El ceño de Rowan se acentuó.

—¡Ah, él! —dijo sin disimular su desagrado—. Mamá me lo presentó en una velada la semana pasada.

—¿Y qué impresión te dejó?

—Ninguna que valga la pena destacar.

—Esa es una salida muy diplomática para no decir que te resulta insoportable. —Charles torció los labios—. Pero a mí no me gusta la diplomacia. Es un hombre irritante y me atrevería a decir que también peligroso, lo que hace aún más desagradables los planes de nuestros padres.

Rowan notó un matiz de advertencia en su voz que la puso en guardia.

—¿Qué quieres decir? —preguntó—. ¿Cuáles son los planes de nuestros padres?

Su hermano abrió la boca para responder, pero la puerta tras ellos se abrió de golpe. Los bañó la luz que emitían las lámparas en el interior de la habitación, y el eco de las risas y conversaciones inundó el vestíbulo.

—¡Allí están!

La voz de lady Gairloch se alzó al tiempo que el resonar de sus pasos al acercarse los obligó a mirar en su dirección.

—Estaba a punto de enviar a buscarlos —dijo ella en voz baja y con ese aire majestuoso que asumía de forma tan natural—. Vamos, hay muchas personas a las que aún no te he presentado, Rowan. Y tú, Charles, ve con tu padre; quiere comentar contigo algo que le dijo lord Drummond.

Sin aguardar respuesta, la condesa tomó a su hija del brazo con aparente suavidad, aunque Rowan pudo sentir la forma en que sus dedos se encajaron en la piel de su antebrazo.

Las palabras de su hermano resonaron en su mente, y no pudo menos que preguntarse de qué quería advertirla antes de que los interrumpieran.

***

Lo comprendió tan pronto como pasaron al comedor.

Rowan había sido presentada a tanta gente que solo podía recordar la mitad de los nombres. Pero había algunas personas a las que conocía de otros encuentros, como los Drummond, los Sinclair y, desde luego, también sir Archibald Stewart, que había ido con su hijo de dieciocho años, un joven tan altanero como su padre y con mucho menos tacto.

Charles tenía razón al referirse a Stewart como un hombre molesto, pero era cierto que se cuidaba mucho de que se le notara; su hijo, en cambio, mantenía un aire pomposo y cortante que a ella le resultó desagradable.

Por suerte, no la sentaron a su lado, de modo que no se sintió obligada a hablar con él durante la cena; aun así, notó que el joven dirigía la mirada hacia ella reiteradamente y con un gesto calculador que no pudo menos que ponerla nerviosa. A quien sí tuvo como acompañante fue a su padre, pero, al lado opuesto, disfrutó de la cercanía de la señora Sinclair, lo que de alguna manera compensó su desencanto.

Alternó la charla entre sir Archibald y lady Elspeth, como había insistido la dama en que la llamara desde que le había sido presentada unos días antes. Pero, por mucho que se esforzó, no logró concentrarse del todo en lo que le decían uno y otro porque su mente aún permanecía enclavada al recuerdo de su encuentro con Alec.

«¿No habrá un instante en que deje de pensar en él?», se preguntó un tanto enfadada consigo misma por lo que juzgó una debilidad.

Cuando sirvieron los postres, sentía la cabeza palpitante y los labios tirantes de tanto sonreír. Quería marcharse, pero sabía que no tendría la posibilidad porque su madre era una obsesa del protocolo.

De modo que no le extrañó que, tan pronto como terminaron la cena, alentara a las damas a reunirse en el salón, mientras los caballeros permanecían en el comedor. Después de eso, se reunirían para continuar charlando y, tal vez, jugar a las cartas.

Para cuando todo terminó, bien entrada la noche, Rowan estaba a punto de echarse a gritar. Quería ir a su habitación, enterrar la cabeza en la almohada y hacer como si los últimos días no hubieran existido.

Por eso despidió con alivio a los invitados junto a sus padres. Al notar la mirada que intercambiaron lord Gairloch y sir Archibald antes de que este último se marchara, sin embargo, y cuán satisfecha se vio su madre mientras alternaba su atención entre él y ella, no pudo menos que reafirmar su impresión de que Charles no estaba exagerando al intentar advertirla.

Iba a tener que andarse con mucho cuidado si no quería terminar apresada en la trampa que podía sentir tendiéndose sobre ella.

Capítulo 7

—¿Por qué parece como si desearas pegar a alguien?

Alec ignoró el gesto preocupado de Isobel y tiró con fuerza de la palanca para prensar los tipos que había alineado cuidadosamente sobre el papel en el que imprimía un tratado de filosofía.

Aquel aparato era el orgullo de los McFarlane; les había costado una pequeña fortuna, así que no le extrañó del todo que, cuando estaba a punto de hacer el movimiento otra vez, Isobel le pegara un leve empujón en el hombro.

—¡Suelta eso! —exigió, tras lo cual miró sobre su hombro—. Donal, este salvaje va a destrozar la máquina.

A Alec no lo ofendió que ella se refiriera de esa forma a él; al contrario, le hizo un poco de gracia, lo que contribuyó a disminuir el mal humor que llevaba pegado al cuerpo desde su desastroso encuentro con Rowan.

Dormía poco y mal, comía con desgana lo que tuviera a mano y le costaba concentrarse en sus clases. No era de extrañar que también volcara su disgusto en el trabajo y, como era de esperar, sus amigos tendrían que notarlo tarde o temprano.

Entonces, mientras veía a Donal descender por la escalerilla

desvencijada que conducía al segundo nivel, alertado por su hermana, supuso que estaba a punto de recibir un buen rapapolvo; uno que, sin duda, merecía por poner en riesgo las valiosas máquinas de la imprenta.

Pero se llevó una pequeña sorpresa al notar que Donal no parecía enfadado, sino más bien intrigado.

—¿Ya has roto algo? —preguntó al llegar a su lado.

Tenía las manos llenas de tinta, y el olor se entremezcló con las partículas de polvo que parecían danzar en aquel lugar. A Alec siempre lo había atraído esa combinación y, en ese momento, lo ayudó un tanto a calmarse.

—Estaba tirando de la palanca como si quisiera arrancarla de su lugar —comentó Isobel con una voz divertida que contradecía su ceño fruncido—. He estado a punto de saltar sobre él para detenerlo.

Alec puso los ojos en blanco y alternó la mirada de un hermano a otro, no por primera vez sorprendido de lo poco que se parecían. Mientras que Donal era alto y esmirriado, Isobel tenía una estatura pequeña y una figura levemente regordeta; si él casi siempre sonreía con desenfado, ella lucía más bien seria y solemne. Lo único que tenían en común eran los ojos, el cabello oscuro y el brillo inteligente en la mirada.

—Exagera —comentó Alec mientras se limpiaba las manos con un paño tan sucio que no hizo un gran trabajo—. Es esta cosa, que no baja como debería.

Donal miró la máquina que su amigo señalaba y se acercó para inspeccionarla con un rápido vistazo, con la misma atención que habría puesto a un ser vivo.

—Yo la veo perfectamente. Ocurre que hay que accionar la palanca con cuidado. No vas a conseguir que funcione como debe

ser maltratándola, pensé que ya lo sabías.

—No he...

—¿Sabes lo que cuesta esa cosa, Alec? —intervino Isobel cruzándose de brazos.

Él miró a la mujer con una mueca.

—¿Cómo olvidarlo? Lo dices un día sí y otro también.

—Y parece que hago bien, visto que pareces pensar que puedes echarla a perder y que será muy fácil reemplazarla.

Aunque apenas le llegaba al hombro, Isobel podía irradiar tal autoridad que a Alec le recordaba, a veces, a su madre; que, mientras había vivido, los trataba a él y a su padrastro como si fuese un comandante que hostiga a sus tropas.

—Ya déjalo, Isobel. Seguro que no lo ha hecho con mala intención. —Donal intervino para adelantarse a lo que fuera que Alec iba a responder, lo que sin duda no habría sido nada amable—. He terminado de hacer la lista para los artículos de la revista del mes que viene, ¿por qué no le das una mirada? —continuó el hombre—. Añade lo que te parezca, pero no vayas a tachar nada hasta que lo haya revisado de nuevo.

Su hermana le dirigió una mirada ceñuda, pero no protestó, y Alec supo que, por el contrario, encontraba de lo más halagador que le pidiera algo como aquello. Aunque Isobel adoraba la imprenta tanto como su hermano, lo cierto era que no tenía una presencia tan activa como le gustaría en el negocio. Veía los libros, escribía algunos artículos y estaba muy al pendiente de todo, pero contaba con poco tiempo libre para involucrarse tanto como quería.

Era maestra y le gustaba su trabajo, así que solo pasaba algunas horas al día por allí. La imprenta y, aún más, la revista, eran un proyecto concebido y alimentado por Donal; pero, en lo que concernía a esta última, Isobel siempre tenía algo que decir.

Así que, tras dirigir a Alec una mirada que le dejó muy en claro lo que le haría como continuara maltratando sus preciosas máquinas, se encaminó a la planta superior pisando con fuerza.

Una vez que se encontraron a solas, Alec ahogó un profundo suspiro.

—En momentos como este, comprendo por qué Robby le tiene tanto miedo—masculló.

Donal esbozó una amplia sonrisa.

—Tú también deberías tenérselo. —Rio entre dientes—. No es alguien a quien quieras hacer enfadar.

—Ya lo sé.

—Pero...

—No estaba maltratando nada.

Su amigo sacudió la cabeza de un lado a otro y le hizo un gesto para que se sentara a su lado en uno de los bancos que estaban dispuestos ante las mesas de trabajo. Como siempre, eran los únicos allí a esa hora; los operarios que trabajaban durante el día ya se habían marchado a sus casas.

—Estás un poco raro últimamente. —Donal se llevó una mano al afilado mentón y lo estudió con fijeza—. ¿De qué se trata? ¿Has reprobado algún curso?

Los amigos de Alec en Edimburgo tenían tan interiorizada su obsesión con los estudios que siempre asumían que cualquier asunto que le molestara debía de estar necesariamente relacionado con ello. Y casi nunca se equivocaban, reconoció él para sí, excepto entonces.

Miró a Donal directamente a los ojos, preguntándose si podría..., si debería contárselo. Tal vez, le procurara cierto alivio poner sus sentimientos en palabras y, si no, cuando menos exponer algo que consideraba un problema que no sabía cómo abordar.

De modo que decidió confiar en él: se lo contó. Ya le había hablado de Gairloch y, muy al paso, también de las amistades que había hecho allí, pero nunca había profundizado en su vínculo con Rowan. Entonces sí lo hizo. Si bien se guardó a buen recaudo lo que sentía realmente por ella, se refirió a la joven como una amistad importante a la que, entonces, no tenía idea de cómo tratar, y pensaba que lo mejor que podía hacer por ambos, especialmente por ella, era mantener tanta distancia como fuese posible.

Cuando terminó, Donal lo observó con un gesto serio poco habitual en él, y asintió pensativo.

—Ya veo —dijo—. De modo que se trata de eso. Es interesante comprobar que no eres muy distinto del resto de nosotros.

Alec frunció el ceño.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—Que tienes sentimientos.

—¿Creías que no los tenía?

Su amigo sonrió al notar su desconcierto y sacudió la cabeza de un lado a otro con suavidad.

—Me he explicado mal —se defendió con un gesto conciliador—. Me refería, más bien, a que nunca pareces dar importancia a nada que no esté relacionado con la universidad o tus trabajos fuera de ella. Había pensado, y muchos otros lo hacen también, que te considerabas por encima de esas cosas.

—¿Esas cosas?

—Sí, como el amor.

Alec se obligó a mantenerse impávido, con los labios bien apretados y los ojos bajos. Su corazón latía muy rápido y le sudaban las manos, así que las frotó bruscamente con el lienzo sucio y no dijo una palabra.

¿Tan obvio era? Que Donal hubiera llegado a esa conclusión tan

rápido lo llevó a concluir que había hecho bien al poner distancia entre él y Rowan. Si alguien como su amigo, que ni siquiera la conocía, lo había descubierto tan pronto, entonces cualquiera podría hacerlo.

—Y no solo se trata del amor; también pensé que no tenías ese tipo de prejuicios que te han llevado a rechazar a esa joven. —Donal continuó como si se hubiera dado cuenta de su turbación y procurara evitarle el mal rato profundizando demasiado en sus sentimientos—. Has dicho, muchas veces, que consideras que todos somos iguales y que las diferencias de clase deberían ser abolidas.

Alec torció el gesto. Sí, él decía eso con frecuencia; incluso lo había escrito en algunos de los artículos que había firmado para la revista, aunque siempre se había cuidado de rubricar con sus iniciales porque habría sido peligroso que figurara su nombre completo si el panfleto llegaba a manos de las autoridades de la universidad.

—Esto es diferente.

Su amigo arqueó una ceja al oírlo.

—¿Diferente cómo?

—En todo. Yo no soy Robby, Donal. No creo que baste con unos cuantos artículos y unas protestas para que cambien las cosas —explicó él mientras una rabia soterrada bullía en su voz—. Sé que se logrará, pero no será mañana o el año que viene; tal vez pasen décadas hasta que todo el mundo entienda que no podemos continuar viviendo como lo hemos hecho hasta ahora. Y estoy dispuesto a ayudar tanto como pueda para que así ocurra, pero no soy un ingenuo; no creo que viva para verlo.

Donal lo observó con una concentración que a Alec se le hizo eterna. Parecía estar estudiando cada rasgo de su rostro e incluso más allá.

—¿Y ella? —preguntó al fin—. ¿Lo ve tu amiga de la misma forma?

Alec recordó el brillo en los ojos de Rowan cuando lo había visto en el claustro, la forma en que había sonreído, la valentía de la que había hecho gala al presentarse en la universidad y estar dispuesta, incluso, a mentir para ir en su busca.

—No, no lo creo —reconoció con una mueca—. Pero tendrá que hacerlo.

—¿Y si no quiere?

—En ese caso, que Dios nos asista, porque es más terca que una mula.

Capítulo 8

«¿Y ahora qué voy a hacer?», se preguntó Rowan mientras buscaba, con la mirada, algo que le resultara familiar.

Cuando salió, esa mañana, acompañada por Nell para dar un paseo, que había sido la excusa que había puesto ante su madre para que le permitiera salir cuando lo que en verdad buscaba era descansar del ambiente opresivo de la casa, nunca había imaginado que terminaría en medio de una calle oscura, totalmente perdida y con la sensación de que acababa de meterse en un enorme problema.

Todo había empezado bien.

Aunque a Morag no le hacía ninguna gracia tener a la joven doncella revoloteando a su alrededor, Nell era agradable y respetuosa, así que ya se había acostumbrado a su presencia y, cuando esta se había ofrecido a acompañar a Rowan durante su paseo, la vieja matrona parecía casi aliviada, aunque le había dado mil instrucciones con respecto al cuidado que debía tener para evitar que la joven corriera cualquier peligro.

«Y así ha sido», recordó Rowan al echar en falta la figura pequeña de Nell a su lado.

El carruaje las dejó cerca de George Street, una zona colmada de comercios elegantes, librerías, cafés e incluso clubes privados. No estaba muy lejos de casa y, por un buen rato, disfrutó de explorar entre las tiendas seguida por una vigilante Nell, que se relajó según le fue buscando conversación.

Pero entonces las cosas se torcieron.

Rowan, curiosa como era, sugirió que podrían alejarse un poco, lo que entusiasmó a la doncella en un principio porque, como le dijo en confidencia, no acostumbraba andar por esas calles tan distinguidas. Su familia vivía en Old Town, o Ciudad Vieja, como se la conocía entre los habitantes de Edimburgo.

La mención a esa zona de la ciudad despertó la curiosidad de Rowan, así que insistió en que la doncella la llevara por allí. Sus padres jamás le habrían permitido que asomara la nariz por semejante lugar, lo que tenía cierta gracia porque era donde se encontraba la universidad, así que no era un entorno del todo extraño para Rowan, pero eso no se lo comentó a Nell para no ponerla aún más nerviosa de lo que parecía según se iban internando cada vez más entre sus calles.

A Rowan aquella zona la dejó inmediatamente fascinada.

El casco histórico le robó la respiración, y tuvo que detenerse una y otra vez para admirar los antiguos edificios y las casitas superpuestas que se le antojaron fascinantes. Aunque Nell le explicó que, en verdad, resultaba de lo más incómodo vivir en un lugar así porque eran minúsculos, y con frecuencia se agolpaban familias muy numerosas en ellos, lo que a Rowan le recordó que no podía ver la ciudad como si fuese un ente sin vida, puesto allí solo para su entretenimiento.

Recorrer las estrechas callejuelas, toparse con las personas que poblaban las calles con prisas, detenerse a echar una moneda a los

muchos mendigos que extendían las manos en la aceras fue toda una sacudida para ella, y no pudo menos que preguntarse cómo era posible que hubiera tantísimas diferencias entre un mundo y el otro.

En Gairloch, también las había, claro; era muy consciente de ello, pero, aun así, pese a que había una fina línea entre la gente del castillo y la del pueblo, ella siempre había considerado que no eran muy distintos realmente. Lo que afectaba a unos, muchas veces, tocaba a los otros. Una mala cosecha, alguna enfermedad que asolara al ganado, el duro clima... Aquí, en cambio, sentía que podría caer un tifón y llevarse a todo el mundo volando, y las personas de la ciudad nueva, su familia incluida, ni siquiera alzarían una ceja. Tan alejados parecían estar los unos de los otros...

¿Era a eso a lo que se había referido Alec cuando había dicho que el tiempo que había pasado en Edimburgo le había enseñado que había distancias que no se podían salvar?

Habría continuado pensando en él, preguntándose qué tanta razón podría tener realmente, cuando se dio cuenta de que había dejado de ver a Nell.

Fue entonces cuando empezó el desastre.

Acababan de internarse en una calle estrecha y flanqueada por unos edificios altos de piedra que las sumían casi en la oscuridad. No fue un movimiento gratuito; tras ellas se habían empezado a oír unas voces altas y el eco de golpes, que Nell identificó como provenientes de algún tipo de manifestación.

Según la doncella, ocurría con frecuencia y, por lo general, no daban problemas, pero la policía siempre se acercaba a dispersarlos y, a veces, las cosas se ponían un poco feas, así que la apuró para alejarse. Fue entonces cuando aceleraron el paso para tomar distancia de la gente que iba en dirección opuesta, internándose en una calle tras otra, y Nell se quedó atrás, pero Rowan no se dio

cuenta de inmediato, así que siguió avanzando con la vista al frente y una sensación desagradable asentada en el estómago.

Cuando al fin salió a la claridad del día, exhaló un suspiro de alivio, que le duró poco porque fue en ese momento cuando notó que la doncella no se hallaba a su lado. Aguardó un momento, pero no vio ni rastro de ella; entonces consideró volver sobre sus pasos e ir en su busca, sin embargo, una oleada de gente apareció de la nada y empezó a empujarla en dirección contraria.

«¿Se unen a la protesta o vienen de ella?», se preguntó mientras forcejeaba para apartarse. Había perdido la sombrilla y el sombrero le tapaba la visión, así que se lo quitó con un gesto brusco.

Habría permanecido allí, medio aplastada entre el gentío, de no haber sido porque una mano salida de no tenía idea dónde la tomó del brazo y tiró de ella con firmeza. No pudo ver nada con claridad, le costaba respirar; pero sí fue consciente de que quien fuera que intentaba ayudarla, si eso era lo que hacía, usaba la mano libre y parte del cuerpo para empujar a quienes le cerraban el paso.

El tiempo pareció trascurrir con mucha lentitud, pero al fin, cuando estuvo libre, en un espacio más sereno, se llevó una mano a la cara y aspiró con fuerza para llenar sus pulmones de aire. Había estado conteniendo la respiración y ni siquiera se había dado cuenta de ello.

Al levantar la mirada, sus ojos se encontraron con un rostro tan familiar que estuvo a punto de echarse a llorar.

***

Si Alec hubiera abandonado la universidad solo cinco minutos después, no habría podido ayudar a Rowan.

Acababa de dejar la universidad, apurado, cuando notó el

movimiento en las calles. No le extrañó en absoluto; en esa zona se daban manifestaciones un día sí y otro también, en especial durante las últimas semanas, en que se había empezado a correr la voz de que se esperaba la visita de un grupo de parlamentarios unionistas, muy resistidos entre la gente del llano.

Alec había evitado cruzarse con esos grupos no porque no simpatizara con sus proclamas, sino porque iba con prisa. Tenía que pasar por la pensión, dejar sus cosas y, con suerte, comer algo que le hubiera dejado su casera. Después, pensaba adelantar un ensayo que debía entregar dentro de un par de días y, luego, tenía que dar una tutoría en Stockbridge. De allí, lo esperaban en la imprenta, así que no iba sobrado de tiempo.

Pero entonces había reparado en la muchedumbre junto a la callejuela que daba al mercado y le pareció curioso, así que se quedó mirando un momento por si había pasado algo. Supuso que la manifestación había atraído la atención de los agentes de policía y que estarían intentando huir, lo que comprobó cuando algunos se apartaron del grupo y corrieron en distintas direcciones; pero había otros que apenas se movían, como si no decidieran si hacer lo mismo o plantar cara a la autoridad.

Entonces, al acercarse un poco más, la vio. La habría reconocido en cualquier lugar, en cualquier momento. ¿Cómo diablos había terminado Rowan allí?

Sin detenerse a buscar una respuesta, corrió hacia el gentío, empujando con manos y codos como si hubiera perdido la razón. Un hombretón intentó apartarlo, pero debió de ver algo en su rostro que lo hizo retroceder y, en unos cuantos segundos, su mano rodeó el delgado brazo de Rowan y tiró de ella con pocas ceremonias.

Ni siquiera la miró, no habría soportado hacerlo en ese momento; lo único que quería era sacarla de allí y ponerla a salvo, lo que

consiguió luego de empujar un poco más valiéndose de su cuerpo.

Al fin, se encontraron fuera de la turba, pero Alec no se detuvo hasta cruzar una calle y, solo entonces, soltó el brazo de Rowan y se apartó para que pudiera recomponerse, porque era obvio que estaba muy consternada después de lo que acababa de pasar.

Su elegante vestido tenía un desgarrón en el ruedo, y se veía muy pálida, pero, por lo demás, parecía ilesa, lo que le arrancó un suspiro de alivio.

—¿Estás bien?

Su voz le sonó extraña, demasiado grave y temblorosa, y rogó por que ella no se diera cuenta, o entonces sabría lo asustado que estaba. Por suerte, o no, no pareció que Rowan lo notara, porque aún se veía muy perturbada por la horrible experiencia que acababa de vivir.

—Sí, yo... creo que necesito sentarme.

Solo entonces, Alec notó que se apoyaba contra un tabique tras ella y se reprendió por no haberse dado cuenta antes. Con un gesto resuelto, aunque por dentro se amonestó por lo que estaba a punto de hacer, la sujetó nuevamente del brazo y tiró de ella con suavidad.

—Apóyate en mí —pidió en un murmullo—. Te llevaré a un lugar en el que puedas reponerte.

Creyó que ella se negaría; había empezado, incluso, a sacudir la cabeza de un lado a otro. Pero, tras vacilar un instante, asintió y se dejó guiar al tiempo que dejaba reposar parte de su peso sobre el hombro de Alec, lo que estuvo a punto de hacerlo trastabillar de la impresión.

«Es tan suave, huele tan bien», se encontró pensando de forma extraña. Parecía que, de pronto, se le habían alterado todos los sentidos, y si consiguió llevarlos a ambos a su destino final fue solo porque logró usar toda su fuerza de voluntad.

Llegaron pronto y, mientras daba una rápida mirada al frente del edificio maltrecho, se dijo que la llegada de Rowan a Edimburgo había afectado su vida de tal forma que ya no sabía bien lo que hacía.

—Vamos, entra.

Dudaba de que a Donal le hiciera gracia que apareciera a media tarde con una desconocida, pero la imprenta fue el único lugar que se le ocurrió para poder llevar a Rowan para que se recuperara. La pensión en la que se hospedaba se encontraba a la misma distancia, pero su casera jamás permitiría que entrara con una mujer, y mucho menos una como Rowan, así que no le pareció una buena opción.

La imprenta tendría que servir.

Al cruzar la puerta, los recibió el caos habitual a esas horas, porque los operarios no se marcharían hasta que dieran las cinco, y aún faltaba para eso. El ruido de las charlas y de las máquinas en funcionamiento lo inundaban todo, y Alec agradeció que así fuera porque tenía la esperanza de no llamar demasiado la atención.

Al girarse a mirar a Rowan, notó que parecía más dueña de sí misma; había dejado de apoyarse en su brazo y mantenía una postura muy rígida, con los ojos abiertos de par en par, según iba registrando lo que veía a su alrededor.

Los hombres que trabajaban les lanzaron algunas miradas. Eran cinco, en un rango de edades de doce a sesenta años, y todos lo conocían bien, así que asintieron en señal de saludo, pero no hicieron comentarios con respecto a su acompañante. Y, cuando Alec se dirigió a uno para preguntar por Donal, le dijeron que se encontraba en el segundo nivel.

—¿Puedes subir escaleras? —preguntó a Rowan.

Al verla asentir, la guio hacia los maltrechos peldaños y, una vez arriba, encontró una silla para ella al tiempo que buscaba a su amigo

con la mirada.

Ronal estaba inclinado ante una mesa, con una pluma en una mano y un pliego que sostenía en lo alto. Tenía una expresión concentrada, pero, tan pronto como los vio aparecer, se los quedó observando con la boca medio abierta. Una mirada de advertencia de Alec pareció dejarle en claro que un interrogatorio no sería bien recibido en ese momento, de modo que, en un instante, su rostro adquirió una expresión de aparente indiferencia.

—Donal, esta es lady Rowan MacLeod, una... amiga. —Se sorprendió a sí mismo presentándolos como si se encontraran en medio de una calle y no en un salón sucio, en el que reinaba el caos —. Rowan, él es Donal McFarlane, mi jefe...

—Y amigo —se apresuró a completar Donal, que se puso de pie para hacer una discreta reverencia—. Parece que le vendría bien algo que la revitalice, milady.

Antes de que cualquiera de los dos pudiera decir algo, se apresuró a ir hacia un pequeño armario apartado de la maquinaria, de donde tomó una botella con apenas unos cuantos dedos de un líquido ambarino, y sirvió un poco en un vaso que acercó mucho a su cara para asegurarse de que se encontraba limpio.

—No sé si deba.

La voz de Rowan se oía un poco débil, pero su pulso fue firme cuando tomó el vaso de manos de Donal y le agradeció con una leve sonrisa.

—Es mi mejor whisky. Bueno, a decir verdad, es el único que tengo, pero le aseguro que es de los mejores que podrá encontrar en Edimburgo —la alentó él con una mirada amable.

—Bebe solo un poco, y despacio —terció Alec en voz baja—. Te aclarará la mente.

Se había puesto en cuclillas junto a la silla en un movimiento

instintivo, como si aún necesitara estar sobre ella, protegiéndola; sin embargo, entonces notó la imagen que debía de dar, así que se incorporó y dio un paso hacia un lado, pero se mantuvo muy pendiente de ella mientras bebía con desconfianza. Estuvo a punto de sonreír con ganas, al verla hacer una mueca, cuando el licor le abrasó la garganta. Tomó el vaso de sus manos y se lo tendió a Donal sin decir una palabra, aunque su amigo le dirigió una mirada cargada de curiosidad, y él asintió suavemente para dar a entender que le explicaría todo luego.

El calor volvió al rostro de Rowan y sus ojos se vieron más alertas cuando levantó la mirada de golpe y la posó sobre él.

—Nell —dijo con un tono que resonó en el espacio—. Me he olvidado de Nell.

—¿Quién?

Rowan le explicó que se trataba de su doncella, que había salido con ella hacía un par de horas, y que había sido debido a su propia insistencia que se habían internado en esa parte de la ciudad. Se habían separado cerca del callejón en el que la había encontrado Alec, y entonces temía que le hubiera ocurrido algo, además de que debía de estar preocupadísima por ella.

—¿Dices que su familia vive por aquí? —preguntó Alec una vez que terminó de explicarse.

—Sí, mencionó un lugar llamado... Greyfriars. Tal vez se haya perdido también.

—Eso está cerca del viejo cementerio, no muy lejos de aquí —intervino Donal—. Le aseguro que la gente que crece en un lugar como ese no es de la que se pierde así nada más, y mucho menos de los que entran en pánico. Seguro que su doncella estará bien, milady.

—Lo más seguro es que esté buscándote —comentó Alec.

Donal estuvo de acuerdo con él y sugirió enviar a uno de sus operarios para que la buscara. Pidió a Rowan las señas de la muchacha y le aseguró que darían con ella pronto. Si era una joven responsable, y ella aseguró que así era, no dejaría de buscarla, así que sería relativamente sencillo dar con ella.

Tras prometer que volvería pronto con noticias, se dirigió rápidamente a la primera planta y oyeron el eco de su voz dando órdenes.

—Seguro enviará a Marcus —comentó Alec una vez que se quedaron a solas—. Es el más joven y el que conoce mejor las calles; si alguien puede dar con tu Nell, ese es él.

Ella asintió y suspiró con tanta fuerza que sus hombros se sacudieron y Alec notó que le temblaban un poco las manos. Quiso tomarlas entre las suyas, darle el calor que debía de necesitar, pero logró contener el impulso y, en su lugar, buscó un banco para ponerla frente a la silla y mirarla a los ojos.

—No se te ocurra reprenderme por haber hecho lo que hice —habló ella antes de que Alec llegara siquiera a abrir la boca—. No tenía idea de que algo como esto podría ocurrir.

—No pensaba reprenderte.

—Por supuesto que sí. Ibas a recordarme lo peligroso que es este lugar y cómo no pertenezco a él. Porque eso es lo que piensas: que no tengo nada que hacer aquí y que solo he venido a dar problemas y...

—Rowan, basta —la interrumpió Alec con un tono amable—. Lamento si te di la impresión de que censuraba que vinieras aquí, porque no es así.

—¿Entonces qué es lo que hice mal? ¿Buscarte?

Él dudó antes de responder porque sabía que lo que iba a decir los lastimaría a ambos.

—Sí. —Él continuó antes de que ella pudiera protestar—. Esto no es Gairloch, Rowan.

—Ya lo has dicho antes.

—Y es cierto. Si te quedaba alguna duda, deberías de haberla resuelto después de lo que acababas de pasar.

—Pero...

Él sacudió la cabeza de un lado a otro y ahogó un suspiro al tiempo que apoyaba los antebrazos sobre las rodillas. De pronto, se sentía muy cansado; él, que recorría la ciudad de un punto a otro cada día y que se enorgullecía de su vitalidad y entusiasmo, se veía convertido en un ente decepcionado con el mundo cada vez que pensaba en el destino injusto que los había hecho tan distintos.

—No quiero discutir —murmuró él.

Rowan lo observó con el ceño fruncido; parecía dispuesta a contradecirlo, pero debió de ver algo en su mirada, porque asintió de mala gana y permaneció en silencio durante un par de minutos. Hasta que, luego de dar una mirada alrededor, deteniéndose en cada punto a la vista en la caótica estancia, volvió a verlo con un gesto de curiosidad.

—¿Es esto una imprenta? —preguntó y Alec asintió—. Y ese hombre, el señor McFarlane, que tan amablemente se ofreció a ayudarnos, es tu jefe —recordó como quien intenta ordenar sus ideas.

—Así es.

—Eso quiere decir que tú trabajas aquí.

—Solo por unas horas, y al acabar el día.

Ella asintió.

—No lo mencionaste en tus cartas, aunque escribes tan poco que no es de extrañar.

Alec torció el gesto y le dirigió una mirada ceñuda, a la que Rowan

respondió con un gesto altivo, como dando a entender que el hecho de que hubiera aceptado, de forma implícita, no discutir no quería decir que iba a pasar por alto su negligencia. Así que él decidió hacer como si no lo hubiera notado.

—Llevo casi un año aquí —dijo con un tono tan conciliador como pudo—. Es un buen trabajo, y he aprendido mucho.

—¿Qué clase de libros imprimen?

—De todo un poco: libros de texto, panfletos. Donal consiguió que uno de los diarios más importantes de la ciudad imprima sus ejemplares aquí. También hacemos muchas biblias; podría recitarte los evangelios de cabo a rabo sin esforzarme.

Las comisuras de los labios de Rowan temblaron, como si hubiera estado a punto de sonreír, y Alec se lo tomó como un pequeño triunfo. Era doloroso que estuviera enfadada con él; ella no podía imaginar lo mucho que le importaba, y no pensaba decírselo.

—Parece un trabajo interesante —comentó ella con una nueva mirada alrededor—, pero ¿no es agotador para ti estudiar tanto como lo haces y, luego, venir a trabajar?

Alec se encogió de hombros.

—No mucho, es lo mínimo que puedo hacer. Muchos otros estudiantes trabajan durante sus horas libres; es bastante habitual aquí.

Él se cuidó de mencionar que también daba tutorías y que el concepto de dormir le resultaba cada vez más vago.

—¿Y escribes? —Ella se inclinó un poco hacia adelante y lo observó con atención—. Esperaría que alguien que trabaja en un lugar como este también lo hiciera.

A Alec le causó gracia que hiciera todas esas preguntas porque era muy propio de ella, que siempre había sido tan curiosa. Y, por un momento, se permitió creer que aún se hallaban en Gairloch y que

eran solo dos jóvenes que apenas pensaban en el futuro, un par de inconscientes que no tenían idea de lo diferentes que eran en verdad.

Así que le habló de la revista de Donal y de los esporádicos artículos que había escrito para ella. Rowan pareció fascinada con la idea, así que Alec le dio algunos números atrasados que su amigo guardaba por si quería leerlos luego, aunque dejó muy en claro que dudaba de que sus padres aprobaran su lectura.

—Es la clase de cosas que no se ven en la ciudad nueva, o al menos no de forma evidente, aunque apuesto lo que sea a que todos los sirvientes de tu casa deben de conocerla —comentó procurando no añadir ni una gota de crítica en su voz—. Probablemente seas una de las pocas aristócratas que la han visto.

Rowan apretó los labios y le dirigió una mirada de reconvención al tiempo que doblaba el legajo que le había dado para hacerlo caber en el bolsito que llevaba.

—Dudo mucho de que eso sea cierto. Hay muchas personas que tienen interés en este tipo de publicaciones. Los reformistas, por ejemplo.

Alec arqueó una ceja.

—¿Qué sabes tú de los reformistas? —preguntó sin poder contenerse.

—Más de lo que pareces pensar. No soy una tonta, Alec; aunque haya pasado todos estos años en Gairloch, no he vivido bajo una piedra. Tal vez no sea Edimburgo, pero allí también nos llegan los diarios.

—No pretendía ofenderte, pero no es común que alguien como tú sepa de los vaivenes políticos. Creí que tu padre se ocuparía de mantenerte tan ignorante como pudiera, visto que él es, de por sí, un...

—Unionista, ya lo sé.

Aunque ella procuró fingir que la palabra no tenía mayor significado, él pudo ver un levísimo rastro de dolor en sus ojos. Era un tema delicado, sin duda, en especial para alguien con una conciencia tan sensible al sufrimiento ajeno como Rowan.

La política escocesa no conocía de puntos medios; era compleja y, la mayor parte del tiempo, muy convulsa. Aunque estaba dominada por los liberales, estos se dividían entre los unionistas, como el padre de Rowan, que apoyaban abiertamente a los ingleses y estaban muy satisfechos de vivir bajo su yugo con el fin de asegurar los beneficios que sus rangos les procuraban; y los reformistas, que eran menos, pero que en los últimos años presionaban cada vez más a fin de obtener una mayor independencia del reino.

—Pero el que mi padre esté de acuerdo con mantenernos como parte de Inglaterra no quiere decir que no le importe su gente. —Rowan retomó la charla luego de permanecer unos instantes en un pensativo silencio—. Él... hace lo mejor que puede.

Alec lo dudaba mucho porque conocía a lord Gairloch y había sido testigo de la forma en que llevaba sus tierras. Era justo casi siempre, sí, y nunca lo había visto abusar de sus arrendatarios o de la gente del pueblo; pero eso no quería decir que no fuera consciente de que los consideraba inferiores y, en la mayor parte de los casos, solo un instrumento para mantener el estilo de vida al que estaba acostumbrado.

Pero eso no se lo dijo a Rowan, claro, porque no tenía la culpa y porque se sentía tan a gusto hablando con ella, con la misma naturalidad con la que lo habían hecho siempre, que no quiso hacer nada que lo arruinara.

Un alboroto proveniente del piso inferior lo salvó de pensar en algo más que decir y, en un minuto, oyó unos pasos que subían por

las escaleras a toda velocidad, y una joven delgada y con el pelo revuelto se detuvo ante ellos.

—¡Milady! ¡Creí que...! ¡Pensé...! ¡Está bien!

Alec no necesitó que se presentara; lo cierto era que dudaba mucho de que pudiera hacerlo, visto que, luego de decir todo aquello, se echó a llorar a mares y Rowan se apresuró a ir hacia ella para calmarla.

Debía de ser la pobre de Nell.

Donal subió tras ella y, en tanto las jóvenes se ponían en antecedentes de lo que les había ocurrido luego de separarse, su amigo le explicó que el muchacho al que había enviado a buscarla la había encontrado vagando como una enajenada no muy lejos de allí. Había estado buscando a Rowan, pero nadie le supo dar razón y se moría de miedo de volver a la casa sin ella.

Una vez que se calmó, gracias, en parte, al buen whisky de Donal, la joven insistió en que debían de regresar porque ya se había pasado por mucho la hora en que habían prometido a lady Gairloch que estarían de vuelta.

Alec se ofreció a acompañarlas hasta el límite de la ciudad nueva. Dijo que debía ir en esa dirección, lo que solo era cierto en parte; lo que en verdad quería era asegurarse de que abandonaban la zona más peligrosa. Lo complació que Rowan no se negara, y se pusieron en camino luego de que ambas agradecieran a Donal y al muchacho que había salido en busca de Nell.

Apenas hablaron por el camino. Mientras la doncella andaba unos pasos por detrás, ellos intercambiaron algunas frases con respecto a la imprenta y a todo aquello que Rowan había visto en la ciudad y le habían llamado la atención.

No tardaron mucho en llegar junto a los edificios modernos de la ciudad nueva, y fue allí donde se separaron. Pero, antes de que él

pudiera perderse entre la multitud, Rowan lo llamó y le dirigió una brillante sonrisa que lo deslumbró.

No acordaron volver a verse, ni ella lo reprendió de nuevo por la forma en que había intentado poner distancia entre ambos. Solo hizo eso, sonreírle, y Alec decidió tomarlo como una señal de que lo había perdonado.

Solo eso.

Capítulo 9

La sutil advertencia de su hermano fue cobrando mayor sentido según se extendió la estancia de Rowan en Edimburgo, y su madre empezó a insistir cada vez más en que debía socializar con sus conocidos, en especial con sir Archibald Stewart.

Aquel hombre asistía a las veladas organizadas por lady Gairloch, y no había evento fuera de casa en el que no lo encontrara u oyera alguna alusión a él. Era como si su madre estuviera determinada a mantenerlo, tanto como pudiera, en su campo de visión; como si quisiera que Rowan se acostumbrara a él.

Semejante esfuerzo solo podía significar algo y, cada vez que pensaba en ello, no podía menos que echarse a temblar.

Rowan siempre había creído que sus padres la querían lo suficiente para no intentar imponerle un marido. Cuando se permitía pensar en ello, lo que hacía más bien poco porque el derrotero que tomaba su mente entonces resultaba de lo más peligroso, visto que siempre involucraba a Alec, imaginaba que ellos organizarían una bonita presentación en sociedad, que conocería a un montón de solteros elegibles y que, si alguno mostraba interés en ella, los rechazaría sistemáticamente con la mayor amabilidad.

Entonces, sin embargo, pensaba que había sido muy ingenua al suponer que sus padres habían aceptado que fuera a Edimburgo solo por concederle el capricho. Le habían tendido una trampa y ella había caído como una tonta.

Lo único que podía hacer, comprendió una vez que llegó a esa conclusión, era aguardar sin entrar en pánico y actuar según fueran dándose los acontecimientos. Además, era lo bastante lista para saber que no contaba con los medios para hacer nada por sí misma; si, llegado el momento, debía actuar para salvarse, entonces iba a necesitar algunos aliados.

***

Rowan llegó a la elegante casa de los Sinclair justo cuando resonaban las campanadas de la catedral de St. Giles. Miró hacia el cielo y calculó que serían las doce, una hora perfecta para hacer visitas.

Le abrió un mayordomo de rostro afable y, tras mirar sobre su hombro para asegurarse de que Morag se encontraba dentro del carruaje que la había llevado hasta allí, entró con él.

Elspeth, a quien ya había avisado de su llegada unos días antes, aguardaba por ella en un bonito salón tapizado de azul que casi parecía combinar con los ojos de su anfitriona, que se levantó de inmediato al verla y fue a su encuentro para envolverla en un cálido abrazo. Había sido una suerte que, entre tantas personas que le había presentado su madre, hubiera encontrado a esa joven mujer que no solo le había ofrecido su amistad de inmediato, sino con quien consideraba que tenía mucho en común.

Elspeth era nieta de un conde empobrecido de Norfolk que se había visto casi en la calle a la muerte de este, ya que había sido él

quien se había hecho cargo de su tutela cuando sus padres habían muerto en un trágico accidente siendo ella apenas una niña.

Abrumada por las deudas, había estado a punto de caer en la desesperación, pero entonces había conocido al que era su marido, el heredero de una de las mayores fortunas de Escocia; y, como acostumbraba decir ella, había sido lo bastante afortunada para enamorarse de él, un sentimiento enteramente correspondido.

Luego de un matrimonio un tanto apresurado, habían decidido residir en Edimburgo y, aunque en un principio su origen inglés había levantado algunas quejas, Elspeth era tan agradable que se había metido a la sociedad en el bolsillo.

Lo único que empañaba un poco su feliz matrimonio era el hecho de que, pese a llevar cinco años de casados, aún no había podido concebir; pero, lo mismo que hacía con todo, ella lo tomaba con serenidad y mostraba un entusiasmo indesmayable asegurando que estaba convencida de que lo haría en el momento menos pensado.

No era de extrañar que alguien con un natural tan optimista y cálido se ganara el aprecio de Rowan.

—Me alegra tanto que estés aquí. Has tenido mucha suerte, lady Kinross acaba de irse.

Rowan sonrió al advertir el tono divertido en la voz de su amiga. Lady Euphemia Kinross era, junto a su propia madre, la dama más prominente de la sociedad escocesa, pero también la más insoportable. Siempre estaba criticándolo todo y tratando de imponer su punto de vista.

—Pobre de ti —dijo tras ocupar un cómodo diván que le señaló Elspeth—. ¿Has tenido que atenderla sola?

—Mucho me temo que sí. Lachlan fue lo bastante listo para marcharse tan pronto como oyó que había llegado.

Lachlan era el marido de Elspeth, un hombre de carácter tranquilo

pero firme y que estaba determinado a incrementar su patrimonio, lo que explicaba que pasara mucho tiempo fuera de casa y siempre estuviera interesado en nuevas líneas de negocio.

—Espero que no fuera demasiado malo para ti. ¿De qué se quejaba esta vez?

—Quiere organizar un baile de beneficencia, pero insiste en invitar al señor Disraeli porque, según ella, se ha enterado de que hará un viaje al condado de Fife y quiere aprovecharse de eso para cursarle una invitación formal.

Rowan arqueó una ceja al oír las palabras de su amiga. El señor Disraeli era el actual primer ministro y, también, un hombre bastante resistido entre los escoceses que veían con desagrado a un miembro del partido conservador.

—¿Y hay quienes se oponen a ello? —preguntó Rowan.

—Sí, eso parece, aunque no son muchos y, para ser sincera, no entiendo por qué. El señor Disraeli se ha mostrado siempre muy considerado con nosotros. ¿No fue acaso él quien dio ese discurso en el Parlamento con respecto a la importancia de integrar Escocia al reino?

—Bueno, sí, supongo que no se le puede cuestionar la forma en que ha abordado nuestras relaciones con Inglaterra. Además, ha tenido una gran influencia en la Universidad de Glasgow, pero no deja de ser también un...

—¿Un inglés? —comentó Elspeth con tono risueño.

Rowan hizo una mueca.

—Supongo que, para muchos, ese es el problema —reconoció.

Su amiga se encogió de hombros e hizo sonar una campanilla. Una doncella apareció de inmediato y, luego de pedir que llevara té y pastas, volvió su atención a Rowan.

—Es una pena, porque estoy de acuerdo con lady Euphemia en

esto; creo que la presencia del señor Disraeli podría ser muy positiva para su evento. Atraerías muchos donativos, ¿y no es eso de lo que se trata una recaudación de fondos?

—Sí, pero sabes que la política es un tema delicado aquí.

—Aquí y en todas partes. Te aseguro que, en Londres, las cosas no son muy distintas; cuando Lachlan y yo estuvimos allí hace unos meses, tuvimos que oír largos discursos acerca de cuán poco les gusta que haya tantos escoceses separatistas.

Los dedos de Rowan tiraron de un hilo dorado suelto del diván; fue un gesto instintivo, tanto como el profundo ceño que asomó a su rostro.

—Pero es comprensible, ¿no te parece? —comentó con tono bajo.

—¿Qué?

—Que tanta gente abogue por una mayor independencia. No digo que esté del todo de acuerdo. No ahora y no con ciertos métodos —se apresuró a aclarar—, pero... eventualmente, y luego de llegar a un acuerdo razonable para todos.

Su amiga la observó con los ojos muy abiertos.

—No me digas que simpatizas con los reformistas —dijo, asombrada, en un susurro.

—No he dicho eso, sino que entiendo sus motivos. Desde que llegué a Edimburgo, he notado que las diferencias entre unos escoceses y otros es, muchas veces, abismal. ¿Puedes culparlos por pensar que, de tener un mayor control sobre nuestro destino, las cosas irían mejor?

Elspeth estaba a punto de responder cuando la doncella apareció con el servicio de té. Su señora hizo un gesto para que lo dejara sobre una mesita auxiliar y, una vez que se marchó, se puso en pie para servirlo. Mientras lo hacía, dirigió a Rowan algunas miradas pensativas y, cuando puso una taza en sus manos, esbozó un mohín

entre divertido y reprobador.

—No imaginé que fueses tan rebelde —comentó con tono risueño antes de volver a su asiento—, aunque debí de suponerlo luego de que me contaras de tus aventuras en las Tierras Altas. ¿Cómo no serlo si ibas por allí saltando como una cabra en compañía de ese...? ¿Cómo era que se llamaba?

Rowan no respondió de inmediato. Probó el té, que estaba justo como le gustaba, puro y un tanto amargo, lo que reveló la estupenda memoria de Elspeth, a quien solo se lo había comentado una vez, y se mantuvo en silencio mientras daba vueltas a qué decir.

Le había hablado de Alec, sí. Tanta confianza le inspiraba. Fue como hacer una pequeña confesión para poner en palabras cuál había sido la verdadera razón por la que había hecho ese viaje a Edimburgo.

—Alec. Su nombre es Alec.

Las palabras asomaron a sus labios antes de que las pensara del todo.

Elspeth asintió.

—Claro, el joven granjero que vino a formarse a Edimburgo y al que ansiabas tanto ver de nuevo —asintió su amiga con un guiño travieso que luego mutó a otro más serio—. Lamento que las cosas no salieran como lo esperabas; aún me sorprende que fuese tan desagradable contigo luego de lo mucho que te arriesgaste al ir a buscarlo a la universidad.

Rowan se mordió el labio inferior y mantuvo la mirada puesta sobre la taza; los dedos que aferraban el platito se le habían puesto pálidos por el esfuerzo de contener sus emociones.

¿Podía hablarle a Elspeth acerca de su último encuentro con Alec? Miró a su amiga de reojo; contempló sus ojos claros y amables, y la serenidad de su rostro, sin asomo de malicia, y tomó una decisión.

—Hay algo que me gustaría comentarte —dijo al fin, tragando espeso para calmarse.

Elspeth arqueó una ceja y dio un ligero asentimiento, instándola a hablar, lo que Rowan hizo casi de inmediato. No se había dado cuenta, hasta entonces, de lo mucho que necesitaba poner en palabras todo lo que tenía enquistado en el corazón.

Le habló de su excursión a la ciudad con su doncella, de cómo se había perdido al internarse en la Ciudad Vieja y de lo que habría podido ocurrirle si no la hubiera encontrado Alec. Mencionó la imprenta, sin entrar en detalles de a quién pertenecía o qué era exactamente lo que Alec hacía allí; dudaba de que fuera buena idea hablar de la revista en la que participaba porque, luego de leer los números atrasados que él le había obsequiado, tenía claro que quienes escribían para ella simpatizaban con los reformistas. Elspeth era una mujer de mente abierta, pero también estaba muy a gusto con su estilo de vida, así que dudaba de que fuese a aprobarlo.

Cuando terminó, bebió el resto de té que le quedaba y, para controlar sus nervios, en espera de que su amiga le diera su opinión, tomó una de las pastas que había sobre la bandeja, un bollito relleno de mermelada, y se comió la mitad de un bocado.

—Para llevar tan poco tiempo en la ciudad, te has visto involucrada en más aventuras de las que cualquiera podría imaginar.

El tono de Elspeth era difícil de descifrar; Rowan no sabía decir si reprobaba su conducta, aunque creyó detectar una levísima inflexión de respeto en su voz.

—Bueno, no pensaba precisamente en una aventura cuando decidí dar ese paseo con Nell —se defendió—. Te aseguro que fui la primera sorprendida al verme envuelta en ese enredo; no imaginé que volvería a ver a Alec en esas circunstancias.

—Pero no te desagradó, ¿cierto? Ni lo más mínimo.

Entonces sí, Rowan pudo detectar la diversión de su amiga en todo su esplendor.

—No, por supuesto que no —replicó levantando un poco el mentón en señal de desafío—. Me alegró tener la oportunidad de hablar nuevamente con él luego de habernos separado en tan malos términos.

Elspeth ahogó un suspiro y un rizo rubio se agitó sobre su frente.

—Tal vez las cosas debieron seguir así —dijo.

—¿A qué te refieres?

—A que él tenía toda la razón cuando te dijo que no era buena idea que se vieran; que son demasiado diferentes y que una amistad entre ustedes, en especial aquí, puede ser muy peligrosa para ambos.

Rowan apretó los labios y se llevó a la boca la otra mitad del bollo. El azúcar se le asentó en la lengua, lo que ayudó a disolver el regusto amargo que le habían dejado las palabras de su amiga.

—No estoy de acuerdo; no lo estaba entonces con él y tampoco lo estoy ahora contigo —dijo tajante—. Alec es... Él es uno de mis más queridos amigos, y no creo que el hecho de que ahora estemos aquí haga ninguna diferencia.

—Yo no estaría tan segura. Es más, tienes que reconocer que, si nunca hubieras venido y hubiera sido él quien volviera a Gairloch, las cosas también habrían sido distintas. Tal vez una amistad como la suya haya podido pasarse por alto mientras eran unos niños, pero ahora...

Elspeth esbozó un gesto elocuente y no hizo falta que dijera más. Rowan sabía perfectamente a qué se refería: entonces Alec era un hombre hecho y derecho, y ella, lo bastante mujer para que sus padres empezaran a forjarse ideas con respecto a con quién emparejarla.

Sin embargo, eso no hacía mayor diferencia para ella. Lo que sentía por Alec no había cambiado. Si acaso, era más profundo; un tanto distinto, sí, pero solo en el sentido de que había crecido de la misma forma en la que lo habían hecho ambos.

—No me importa lo que la gente pueda pensar; no habría venido hasta aquí si creyera que haría alguna diferencia en el trato que siempre ha habido entre Alec y yo —dijo mientras la rebeldía rezumaba en cada una de sus palabras—. Nada ni nadie cambiará nunca eso.

—¿No? Mucho me temo que estés equivocada, querida Rowan. —Su amiga respondió con su amabilidad habitual y un tinte de compasión en la mirada—. Pero eso es algo que tendrás que descubrir por ti misma.

Capítulo 10

Alec se detuvo ante la pesada puerta de roble que conducía a la oficina del rector y tomó una buena bocanada de aire antes de golpear con los nudillos.

Había sido una sorpresa recibir el mensaje de que la segunda autoridad de la universidad luego del director deseaba hablar con él al final de su última clase.

Sir William Thomson llevaba en el cargo casi cinco años y se decía que aquel iba a ser el último porque no pensaba presentarse a las próximas elecciones, lo que, en opinión de Alec, era una lástima porque había hecho un buen trabajo sirviendo de nexo entre las autoridades y los estudiantes.

Oyó la seca voz del rector invitándolo a pasar y, una vez dentro del despacho, se detuvo junto a la puerta hasta que sir William, que estaba sentado ante un imponente escritorio, le hizo un gesto para que ocupara una silla frente a él.

—Espero no haberlo importunado, señor McRae.

Alec sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Desde luego que no. Ya había terminado por hoy, estaba a punto de marcharme.

El hombre asintió, lo observó con sus profundos ojos azules, y Alec intentó recordar lo que sabía de aquel caballero de rostro ajado cubierto por una gruesa barba blanca. Era irlandés, lo que a él siempre le había resultado interesante porque lo imaginaba tan poco afín a los ingleses como él. También era extremadamente inteligente, un genio de la ciencia cuyos descubrimientos habían cambiado la forma en que se veían la física y las matemáticas.

Una vez más, se preguntó qué querría aquel extraordinario hombre de él, y este debió de ver la curiosidad en su rostro, porque le dirigió una leve sonrisa.

—Supongo que debe de haberle extrañado mi mensaje —empezó.

—Sí, señor.

—En ese caso, no lo mantendré mucho tiempo con la intriga. Habrá oído hablar de la próxima visita del señor Disraeli.

Alec entrecerró los ojos. Desde luego que había oído hablar de eso, dudaba de que hubiera una sola persona en Edimburgo que no lo hubiera hecho; la visita del primer ministro era la comidilla de la ciudad, y tanto se alzaban voces en contra como a favor.

—Lo he oído, señor —indicó Alec al darse cuenta de que el rector aguardaba una respuesta—. Entiendo que llegará la próxima semana.

—Así es. Tan pronto como haya resuelto sus asuntos en Fife, nos alegrará con su presencia.

Alec no necesitó preguntar qué tanto entusiasmaba al señor Thomson aquella noticia; su rostro revelaba una profunda emoción, y frotaba sus manos una contra la otra en un gesto vehemente.

—El primer ministro es un fiel amigo de Escocia y, como tal, es un honor que nos visite. Además, es un hombre brillante y siempre se ha mostrado partidario de la importancia de defender la educación. Sir Alexander lo admira profundamente.

A Alec le costó contener una mueca. Sir Alexander Grant era el director de la universidad y, aunque ocupaba su cargo con gran dignidad, nunca había terminado de agradarle. Inglés y terrateniente, estaba algo apartado de la realidad escocesa; como historiador apasionado, además, vivía anclado en el pasado, y eso era evidente en algunas de las decisiones que había tomado desde que había asumido su labor.

Aun así, era el director y, como tal, era profundamente respetado allí. De modo que lo único que Alec pudo hacer entonces fue asentir para dar a entender al señor Thomson que comprendía lo que deseaba transmitir con sus palabras: el director estaba eufórico por la visita del primer ministro y esperaba que todos en la universidad lo estuvieran también.

—Soy consciente de que hay cierta... resistencia entre algunos de nuestros estudiantes a esta visita —continuó el rector tras aclararse la garganta—. Pero es importante que entiendan que la presencia del señor Disraeli solo pretende afirmar nuestras buenas relaciones con Inglaterra.

—Comprendo.

—Aún más, no solo asistirá a varios encuentros con los habitantes más importantes de la ciudad, sino que también vendrá aquí.

Alec frunció el ceño.

—¿Aquí? ¿A la universidad? —preguntó.

—Así es. Está interesado en asistir a algunas conferencias, conocer a los maestros y, también, a los estudiantes. Quiere ver por sí mismo por qué nuestra universidad es considerada una de las mejores de Gran Bretaña.

—Uno creería que no cabe ninguna duda en ese sentido —se le escapó a Alec sin poder evitarlo.

Sus palabras parecieron agradar más que incomodar al rector,

porque se envaró un poco en el asiento y cabeceó varias veces mientras sus dedos jugueteaban con una pluma de plata.

—Eso es correcto, señor McRae, pero el primer ministro es un hombre escéptico por naturaleza, así que vendrá para comprobarlo. No tengo que decirle cuán importante es que se lleve la mejor impresión posible.

—Por supuesto.

—Y para eso esperamos contar con la colaboración del cuerpo docente y, por supuesto, también de estudiantes como usted.

El ceño de Alec se acentuó.

—No entiendo cómo podría ayudar, señor.

—Es muy simple. Tiene una importante ascendencia sobre sus compañeros —indicó el rector—. Lo aprecian y respetan.

—No sé qué tanto...

—Es, además, uno de nuestros mejores estudiantes, viene de una tierra en la que no abundan las oportunidades y, sin embargo, se encuentra aquí becado. Es, en todo sentido, el ejemplo perfecto de lo que hacemos en la universidad: formar hombres jóvenes para que ocupen cargos importantes en nuestro país. —Alec se contuvo de responder que él no tenía ni el más mínimo interés en ocupar ningún cargo importante en el país; su ambición era mucho más modesta y no estaba centrada en escalar en sociedad, que era lo que el señor Thomson parecía creer—. Nos gustaría que participe en las conferencias que se están organizando en consideración a la visita del señor Disraeli; el señor Fraser, su maestro de Retórica, mencionó que le gustaría contar con su asistencia, la que hemos dejado en sus manos —continuó el rector.

—El señor Fraser es muy amable, y estaré encantado de asistirlo en todo lo que crea que pueda ayudar —se apresuró a asentir Alec —. Pero no estoy seguro de...

—Se está organizando, también, una ceremonia para agradecer su presencia; habrá música, baile, excelente comida. —El señor Thomson sonrió—. Toda la plana estudiantil estará obligada a asistir, por supuesto.

—Por supuesto.

—Queremos que el clima sea el mejor mientras el señor Disraeli esté entre nosotros. Como ve, hemos planeado muchas actividades. Me complace saber que contamos con estudiantes como usted, señor McRae.

Antes de ser del todo consciente de ello, Alec se vio de pie, estrechando la mano del rector, que incluso se incorporó también para acompañarlo a la puerta mientras le palmeaba el hombro y repetía lo agradecido que estaba por su buena disposición.

Cuando se encontró fuera de la oficina, se llevó una mano a la nuca y miró al techo; se detuvo en las molduras y la pequeña claraboya que dejaba entrar un rayo de luz proveniente del sol, que debía de irradiar con fuerza, algo nada habitual en esa época del año.

«Muy poco adecuado», pensó Alec al alejarse con paso firme, atravesando los pasillos que conocía de memoria. Considerando su estado de ánimo, se habría sentido más cómodo con un día nublado y, de ser posible, tormentoso, porque no dudaba de que era precisamente algo como eso lo que se les venía a todos encima.

***

—Tenía a Thomson por un hombre más sensato. No me extraña de Graham, que besa el suelo que pisan sus compatriotas, pero él... ¿de verdad no se hace una idea de todo lo que puede salir mal?

Alec sacudió la cabeza de un lado a otro y tomó la botella que le

tendió Robby para dar un buen trago al whisky que su amigo había llevado esa noche a la imprenta.

Una vez hubo terminado con su labor, Alec se dio con la sorpresa de que Robby arribó algo más temprano para sostener una reunión con Donal a fin de ultimar detalles de la distribución de la revista de ese mes, en la que habían llegado por los pelos a incluir una editorial bastante extensa acerca de la próxima visita del primer ministro.

En favor de sus amigos, Alec podía asegurar que su postura, aunque firme, no era en absoluto belicosa; no estaban de acuerdo con la llegada de Disraeli, pero tampoco alentaban a sus lectores a asumir una actitud pendenciera. Aún más, esgrimían el argumento de que, visto que era un hecho consumado, lo mejor que se podía hacer era encontrar la forma de dejar en claro al primer ministro las muchas demandas que la población escocesa tenía y a las que aún no encontraban respuesta; por ejemplo, la universalidad del voto masculino y la reducción de la jornada laboral.

Habían convencido a Alec de que se quedara un rato más con ellos mientras discutían el tema, y así todos terminaron subidos en la estrecha buhardilla del edificio, bebiendo y charlando hasta que Alec les contó de su reunión de aquel día con el rector Thomson.

Donal sacudía la cabeza con reprobación al oírlo, mientras que Robby parecía más bien escéptico.

—Tienes que estar de acuerdo conmigo, Alec; hacer semejante despliegue de hospitalidad solo molestará a la gente —insistió este con el rojizo cabello revuelto por todas las veces que se había pasado la mano por él—. Y eso incluye a los estudiantes. Ya se ha corrido la voz de que las autoridades de la universidad están planeando varias actividades para agasajar a Disraeli, y te aseguro que no están nada contentos; al menos, la mayoría.

Alec asintió porque no era algo que no esperara oír. Sentía la cabeza envuelta entre algodones, y aquello no solo se debía a la bebida. Le había estado dando vueltas a la reunión con Thomson durante toda la tarde; incluso le había costado dar su tutoría con la seguridad habitual y estaba seguro de que había cometido más de un error mientras imprimía una biblia que había encargado una matrona por una buena suma, algo que pensaba corregir al día siguiente.

Entonces, sin embargo, solo podía pensar en lo que esa novedad significaba para él y para el resto de la ciudad. Y eso incluía a Rowan, que, al fin y al cabo, como tuvo que reconocer para sí, siempre se hallaba en sus pensamientos, en especial luego de su último encuentro.

¿Participaría ella en algunas de las fiestas que los aristócratas de la ciudad habrían de organizar para el primer ministro? Desde luego que lo haría, pero ¿eso la haría feliz? ¿Contribuiría eso a que se diera cuenta de que ese era, finalmente, el lugar que le correspondía? ¿Todo ese boato y frivolidad le harían ver cuán distintos eran el uno del otro?, ¿lo alejados que estaban sus mundos?

«Eso es lo mejor que podría pasar», intentó convencerse. Al fin y al cabo, era de lo que estaba convencido. Entonces, se preguntó, ¿por qué le dolía tanto solo pensarlo?

—... es que una cosa no tendría por qué ir reñida con la otra, ¿no lo crees, Alec? —Él parpadeó, al oír que Donal se dirigía a él, y se lo quedó mirando con tal cara de desconcierto que su amigo hizo una mueca—. Debes de estar más cansado de lo que pareces —refunfuñó—. Decía que, por mucho que los incomode todo esto a los estudiantes, no deberían de sabotear esta visita. Odio reconocerlo, pero un primer ministro no siempre muestra interés en la educación, y sería una lástima que la universidad se viera perjudicada de alguna

forma si las protestas escalan a los claustros. Todas las demandas deberían de darse en las calles.

—No será tan sencillo —intervino Robby.

—Claro que no, la gente está enfadada, y con razón. Pero son ustedes y otros que tengan sentido común —dijo Donal señalando de Alec al otro con un dedo nervudo— los que deberían de esforzarse por eso. Hablen con sus compañeros, lleguen a un acuerdo, una especie de tregua. Hizo bien Thomson al intentar reclutarte, Alec, porque si alguien puede meter un poco de razón en esas cabezotas, ese eres tú.

El aludido hizo un gesto indeciso.

—¿Quién dice que no estoy de acuerdo con todos ellos? —replicó con una entonación desafiante.

Su amigo puso los ojos en blanco.

—Puede que te moleste tanto como al resto, no lo dudo, pero eres demasiado sensato para hacer algo que ponga en riesgo a la universidad. Lo cierto es que es un rasgo de tu carácter que siempre me ha exasperado, pero ahora creo que nos será muy útil.

Alec esbozó una sonrisa torcida y se encogió de hombros.

—¿Pretendes que sea la voz de la razón mientras tú y este —dijo mientras sacudía a Robby del hombro con una mano— generan un montón de problemas?

—No exactamente, porque no tenemos ningún interés en provocar problemas, ¿verdad, Robby?

—Claro. Nosotros nos expresamos libremente y desde la revista; la pluma es más fuerte que la espada, ya lo sabes.

Alec miró de uno a otro con desconfianza, en especial a Donal. Sabía que, por mucho que pudiera decir Robby, era un hombre juicioso y valoraba mucho el esfuerzo de sus padres para enviarlo a la universidad, así que no haría nada que pudiera perjudicarlo

directamente. Pero Donal era otra historia. Mayor e independiente como era, nunca había dejado que nada interfiriera en su necesidad de hacerse oír. Por eso había fundado la revista, y por eso apoyaba abiertamente a los reformistas. Era un buen hombre y buen amigo, pero también un idealista de cabo a rabo, y Alec temía que una situación como aquella sacara su vena más radical.

Se prometió hablar con Isobel para pedirle que tuviera un ojo puesto sobre su hermano a fin de evitar que se metiera en más problemas de los necesarios. No dijo nada de sus dudas entonces, sin embargo, porque no deseaba arruinar ese momento de camaradería que se había instaurado entre todos.

Bebió otro trago, se recostó sobre los codos de cara a la amplia ventana, desde la que tenía una buena vista del cielo estrellado, y exhaló un largo suspiro mientras las voces de sus amigos se alzaban en la semioscuridad.

Algo le decía que las semanas que tenían por delante les traerían muchas sorpresas y no pocos peligros, pero ya se preocuparía de eso luego.

Capítulo 11

Rowan sentía el cabello tan tirante que procuraba no mover la cabeza demasiado, lo que era un verdadero problema, ya que había tanto por mirar que le costaba muchísimo contener su curiosidad.

La sala de conciertos bullía de actividad en tanto los asistentes buscaban sus lugares y hablaban en voz baja; se percibía la emoción en el aire. Casi todas las miradas se dirigían al palco de honor, donde el primer ministro, el señor Disraeli, ocupaba el asiento principal rodeado por algunas de las personas más influyentes de la ciudad.

—Euphemia ha podido dejar la tiara en casa, ¿no te parece, Sorcha?

Rowan mantuvo el semblante imperturbable, pero le brillaron los ojos por la diversión al mirar hacia un lado y toparse con el gesto avinagrado de la señora Drummond, que buscaba la aquiescencia de su madre y esta no la defraudó porque, tras llevar una delicada mano a su descubierto cabello exquisitamente peinado, asintió con discreto fervor.

—Es verdad —dijo con un tono más bajo que el usado por su amiga—, pero ya sabes cómo es Euphemia; jamás habría perdido la oportunidad de presumir un poco ante el señor Disraeli.

En ese aspecto, al menos, Rowan tuvo que reconocer que estaba de acuerdo con aquel par, aunque le hacía gracia que no tuvieran reparos en burlarse de quien aseguraban siempre era una de sus mejores amigas. Sin embargo, podía entender que sus palabras estaban inspiradas por una cierta envidia que, desde luego, no tenía pensado mencionar porque su madre nunca se lo perdonaría.

La presencia del señor Disraeli, que había llegado apenas la tarde anterior, había generado una absoluta locura en Edimburgo. Había quienes lo reprobaban, y esas eran las clases más bajas, que lo consideraban un recordatorio del yugo inglés bajo el que se hallaban. En el caso de las más altas, su forma de verlo era muy distinta, y eso incluía a su propia familia.

Incluso, de haberlo querido, Rowan no habría podido recordar todos los eventos que se habían organizado en honor al primer ministro, pero estaba convencida de que su madre la obligaría a ir a casi todos, y aquel concierto era solo el primero.

La sala, que era el orgullo de los residentes de Edimburgo y que se hallaba en la zona más elegante de la ciudad, había sido puesta de punta en blanco para esa visita. Las lámparas de gas iluminaban todo el recinto; un agradable aroma a cera de abejas se alzaba desde la galería, desde donde cientos de personas, que no contaban con un lugar en los palcos, podrían disfrutar del concierto.

La amiga de su madre, lady Kinross, se había aprovechado, sin ningún empacho, de la importantísima posición de su marido, que tenía un destacado lugar en el Parlamento, para convertirse en la anfitriona del señor Disraeli. Por eso ocupaba el palco principal a su lado, lo que había alzado algunas cejas entre sus conocidos, incluida la madre de Rowan y varias otras de sus amigas, que lo consideraban un gesto poco elegante de su parte; pero Rowan estaba convencida de que, de haber podido, cualquiera de ellas

habría hecho lo mismo.

Entonces, al disfrutar de su privilegiada vista, no pudo evitar pensar que, por poco que le gustara verse arrastrada de un lugar a otro, aquel no era ningún sacrificio porque gozaba tanto de la música que estaba convencida de que aquella sería una noche memorable.

Su impresión no hizo más que fortalecerse poco después cuando, al inclinarse para mirar hacia abajo, las voces de sus familiares se perdían a su alrededor igual que muchas otras, y atisbó una figura que se le antojó familiar recorriendo el pasillo que conducía a la zona izquierda de la galería.

Ese cabello, esa forma un tanto arrogante de elevar el mentón, los anchos hombros que parecían ocupar un espacio más amplio que el de los demás... «¿Será posible?», se preguntó mientras su corazón asumía un ritmo atronador que hacía eco en sus oídos.

El objeto de su interés debió de sentir su penetrante mirada, porque giró el cuello con rapidez y sus ojos se encontraron con los suyos. Rowan fue incapaz de contener la brillante sonrisa que asomó a su rostro al comprobar sus sospechas.

Alec estaba allí.

***

El susurro de Robby, que parecía incapaz de quedarse quieto en su asiento, llegó a oídos de Alec ahogado por el sonido del cuarteto de cuerdas que tocaba una conmovedora melodía en el escenario.

—Te preguntaba por qué no dejas de mirar sobre el hombro; parece que pensaras que te está siguiendo alguien —masculló, de nuevo, su amigo ante su falta de respuesta.

Alec cerró los ojos durante un par de segundos, rogando al cielo

por un poco de paciencia.

Cuando el rector lo había convocado nuevamente a su oficina para entregarle unas entradas para el concierto de esa noche, había estado tentado a negarse, pero este le había repetido que esperaban contar con su presencia para representar a los estudiantes en los eventos que se habían organizado en honor al primer ministro, así que había forzado una sonrisa prometiendo que lo vería allí.

Aún recordaba las palabras de sus amigos al asegurar que debían hacer todo lo posible por mantener la paz en el plano estudiantil para evitar que las protestas que ya se habían convocado para los próximos días pudieran perjudicar a la universidad. De modo que, tras reclutar a Robby como su acompañante, había ido allí con la esperanza de pasar un rato agradable oyendo buena música, algo para lo que casi nunca tenía oportunidad debido a sus escasos ingresos, y escabullirse lo antes posible dando por cumplida su promesa al rector.

Lo que jamás hubiera podido imaginar, y luego se habría de regañar por haber sido tan ingenuo, era que Rowan también se encontraría allí en compañía de su familia. Por supuesto que los McLeod estarían invitados a un evento de esa categoría; eran de los residentes más importantes en Edimburgo. Era posible que, después, también asistieran a la cena que los condes de Kinross habían organizado en su mansión y a la que, desde luego, Alec no estaba invitado.

Había sentido la mirada de Rowan fija en él durante lo que iba del concierto y, como no podía ser de otra forma, él se había vuelto a verla también, porque ¿cómo iba a hacer algo más? Buscarla, sabiendo que estaba allí, era para él tan instintivo como respirar.

—Te estaba preguntando...

—¡Ya cállate!

Sus palabras surgieron en un tono levemente más alto de lo que le habría gustado, pero al fin logró que su amigo dejara de incordiarlo, lo que fue un alivio.

Las últimas notas de un clavicordio, tan dulce como el llanto de una ninfa, resonaron en la sala y los aplausos se alzaron sin pausa durante varios minutos. Luego, la intensidad de las luces se incrementó para marcar el intermedio, y Alec sintió que al fin podía volver a respirar. Aunque la sensación solo duró un instante porque, atraído como por un imán, retornó a mirar en dirección a donde se hallaba Rowan y la vio ponerse en pie.

Sin pensar, porque, de haberlo hecho, jamás se le habría ocurrido semejante locura, se levantó también y, tras susurrar una excusa a Robby, se dirigió en la misma dirección por la que había desaparecido ella.

***

Rowan no podía recordar cuándo había sido la última vez que se había sentido tan nerviosa por algo que estaba a punto de hacer. Quizá había sido cuando tenía trece años y se había probado el vestido favorito de su madre a escondidas, con la mala suerte de que había roto el dobladillo al tropezarse y supo que no tenía más alternativa que confesar su falta porque no quería que culparan a una doncella en su lugar.

Entonces parecía encontrarse en una situación similar porque iba a hacer algo que sabía que su madre reprobaría y, aún peor, sería prácticamente bajo sus narices.

Tan pronto como la última nota se apagó, miró de un lado a otro y anunció que quería pasar a visitar a Elspeth Sinclair y a su esposo en su palco para tomar un refrigerio en su compañía. Sus padres se

habrían ofrecido a ir con ella, ya que valoraban enormemente esa amistad debido a la importante posición del matrimonio, pero entonces el cielo se apiadó de Rowan, y lady Kinross hizo un gesto a su madre para dar a entender que podían acercarse a compartir con el señor Disraeli.

«Al parecer —se dijo Rowan—, la condesa intenta hacerse perdonar por sus amigas».

Aunque su madre sugirió que ella los acompañara, Rowan se excusó diciendo que no quería hacer un desplante a los Sinclair y que ya sería debidamente presentada al primer ministro en la cena a la que habían sido invitados.

Aliviada al ver que todos estaban tan interesados en llegar a Disraeli como para prestarle más atención de la imprescindible, logró escabullirse entre los pasillos y descender por la escalerilla que conducía al vestíbulo.

Por suerte, su hermano no había asistido; en realidad, ni siquiera tenía idea de dónde estaba, lo que seguro le granjearía una buena reprimenda de su padre en cuanto llegara a casa. Y tampoco se había presentado sir Archibald Stewart, gracias al cielo, lo que la libró de sus atenciones por esa noche.

El vestíbulo no se hallaba tan abarrotado como había temido; en realidad, comprobó, al mirar a los lados, que no reconocía a casi nadie allí. La mayor parte de sus conocidos preferían ir de un palco a otro en lugar de departir con los ocupantes de las zonas más humildes del teatro, que eran quienes se encontraban en ese sitio, tomando un poco de aire antes de volver al recinto.

Reconoció la imponente figura de Alec tan pronto como dejó atrás a un grupo de gente que se agolpaba junto a un camarero con una bandeja a rebosar de copas de champán.

—Ya decía que no estaba imaginando cosas.

Rowan sonrió al oírlo. Se permitió observarlo durante todo un minuto, apreciando la forma en que el traje, aunque modesto, se ceñía a la perfección a su esbelta figura y cómo su atractivo rostro parecía iluminado por la luz de los candelabros que pendían sobre ellos.

—Lo mismo digo —bromeó ella, contenta al ver que Alec actuaba con naturalidad—. ¿Cómo es que estás aquí?

No quiso sonar tan sorprendida como realmente se sentía porque no tenía intención de ofenderlo al sugerir que aquel no era un lugar al que perteneciera, pero él no pareció tomarlo a mal. Por el contrario, sonrió de una forma que le robó el aliento, con un tinte divertido y travieso. Luego, le contó que había obtenido las entradas del rector de la universidad, así como lo que este le había pedido con respecto a la visita del señor Disraeli.

—Pero eso es muy bueno, ¿no? Que te consideren tanto como para pedirte tal cosa —señaló Rowan sin disimular su admiración una vez que él terminó.

Alec se encogió de hombros.

—Depende de cómo lo veas. Habrá quienes lo tomen así, otros pensarán que soy un traidor.

—¿Un traidor? Alec, solo haces lo que te han pedido las autoridades de la universidad. No podías negarte.

—Claro que podía, pero no quise hacerlo porque eso me habría metido en problemas.

—Y tú quieres evitarlos.

—Eso parece, y me pregunto por qué.

Rowan examinó su rostro y notó que parecía reprocharse a sí mismo su conducta, lo que consideró injusto. Así que, sin pensar, dio un paso hacia él y habló con mucha seriedad.

—No has hecho nada por lo que debas arrepentirte, Alec. Estás

usando tu cabeza y haciendo lo mejor no solo para ti, sino también para la universidad y tus compañeros.

Él hizo una mueca.

—Eso dijo Donal —reconoció de mala gana.

—Se nota que el señor McFarlane es un hombre muy inteligente.

—A él le gusta pensarlo.

Rowan sonrió y estaba a punto de decir algo, pero un criado apareció de la nada y sostuvo una bandeja ante ellos. Tras dudar, tomó una copa y observó el gesto desconfiado con el que Alec cogía otra y se la llevaba a la nariz para oler su contenido.

—Huele peor que el whisky más malo —comentó él.

—No es cierto —lo reprendió ella—. Prueba un poco, es muy divertido.

—Una bebida no debería ser divertida.

—Sí cuando te hace cosquillas en la nariz.

Alec frunció los labios, pero dio un sorbo y, tras cabecear, hizo un gesto incierto.

—No es tan malo —reconoció a regañadientes—. He bebido cervezas peores.

—Qué magnánimo de tu parte —bromeó ella.

Rowan sentía la risa agolpándose en la garganta, no supo si debido al champán o a la alegría de estar con él; supuso que sería por ambas cosas.

—¿Cómo es que te has escapado de la vigilancia de tu madre?

La sonrisa se borró de su rostro al oír su pregunta y, tras encogerse de hombros con un falso ademán indiferente, le contó acerca de su huida y de cómo su familia y acompañantes apenas lo habían notado porque estaban demasiado entretenidos con la idea de ir a saludar al señor Disraeli.

—Parece que no soy el único al que la visita del primer ministro le

ha alterado la vida —comentó Alec.

—Te aseguro que no. Nunca había visto a mis padres tan emocionados. —Ella se adelantó a continuar antes de que Alec pudiera decir algo—. ¿En verdad es tan malo?

—¿Qué?

—¿Que él esté aquí?

—¿A qué te refieres?

Rowan dudó antes de responder.

—No he sido presentada a él aún, así que no he podido hacerme una idea de su carácter, pero he leído acerca de las cosas que ha hecho, y parece que aprecia mucho al pueblo escocés. Mi padre dice que ha respaldado varias leyes que nos han favorecido, como la de la educación; esa que...

—La que hace la educación obligatoria hasta los doce años, sí. Reconozco que es una buena ley; insuficiente, pero es un avance.

—Entonces ¿por qué no aprovechar su presencia para buscar un bien para el país? —sugirió ella—. Las autoridades podrán plantear nuevas leyes; la gente de tu universidad le hablará de sus necesidades, e incluso tú...

—¿Qué pasa conmigo?

—Tú, como representante de los estudiantes...

—No soy tal cosa. Ni siquiera estoy en el consejo y no me interesa estarlo.

Ella lo ignoró.

—Si se presenta la oportunidad, podrías proponer algunos cambios que beneficien a todos.

Alec se la quedó mirando, pero no pareció enfadado por su perorata o por que intentara convencerlo de algo en lo que evidentemente no creía. Tal vez pensara que era una ingenua al suponer que la visita del primer ministro haría alguna diferencia o

que siquiera aceptaría oírlos; pero no dijo nada de eso, sino que, tras esbozar una pequeña sonrisa, sacudió la cabeza de un lado a otro con suavidad.

—No has cambiado nada, ¿cierto?

Su voz sonó tan cálida y sedosa como la miel, y Rowan se vio parpadeando con desconcierto cuando sus ojos se encontraron. Le latió el corazón muy muy rápido, y se le humedecieron las palmas de las manos bajo los guantes.

—¿En qué? —preguntó ella, a su vez, con un tono tembloroso—. ¿En qué no he cambiado?

—Me refiero a cuán idealista puedes ser, cómo esperas siempre lo mejor de los demás.

—Seguro que te parece una tontería.

—No. Es algo que siempre he admirado de ti; eres una buena persona y esperas que los demás también lo sean. No hay nada de malo en eso, Rowan; quisiera ser como tú. Es uno de los motivos por los que...

Ella no supo qué iba a decir porque entonces se oyó el sonido del gong que anunciaba el final del intermedio y, aunque le habría gustado quedarse a su lado, sabía que tenía que volver con sus padres antes de que se dieran cuenta de que había ido allí en lugar de reunirse con los Sinclair. Seguro que Elspeth intentaría cubrirla, pero no podía aprovecharse de su amabilidad.

—Debes regresar —indicó Alec una vez que el ruido se apagó—. Y yo...

—Tú también. Espero que tu amigo Robby no se aburriera solo.

Alec hizo una mueca.

—Seguro que habrá encontrado a algún incauto a quien volver loco con su cháchara. Te escoltaría a tu palco, pero seguro que a tus padres no les haría ninguna gracia.

—A mi padre le agradas.

Él no negó ni confirmó aquello porque lo cierto era que ambos sabían que, aun cuando lord Gairloch se había mostrado muy satisfecho los últimos años debido a lo bien que le iba a Alec en la universidad, aquella satisfacción nacía más bien de su propia complacencia al considerar que él había contribuido a aquello al recomendarlo cuando el reverendo Sutherland se lo había pedido.

Hasta donde Rowan sabía, Alec y sus padres no se habían visto más que un par de veces en Edimburgo, y solo porque el religioso insistía en que el primero se presentara, al menos una vez al año, a presentarles sus respetos.

—Vamos, te acompañaré siquiera a las escaleras —se ofreció Alec con un gesto.

Ella no dudó en seguirlo, pero anduvo muy despacio para prolongar su cercanía durante unos minutos más. El calor que él emanaba la envolvió como un abrigo cuando se internaron entre la multitud que volvía también, y se sintió conmovida por la forma en que la guiaba, como si intentara protegerla de cualquier incomodidad.

Una vez que llegaron a lo alto de la escalinata, él se detuvo y le dirigió una pequeña sonrisa.

—Aquí nos despedimos. Espero que sigas disfrutando del concierto.

Al verlo dar la vuelta para marchar, Rowan no pudo contener el impulso de llamarlo por su nombre, y él giró para mirarla con extrañeza.

—Nos veremos de nuevo, ¿no? —preguntó ella sin disimular la urgencia en su voz.

Alec se encogió de hombros.

—Quizá.

No dijo más, solo alzó una mano en señal de despedida y, en un parpadeo, se perdió entre la gente que se dirigía a la galería.

Rowan se quedó allí durante un momento más, con las manos hechas puños a los lados, mientras las determinación llameaba en su pecho.

«Nos veremos de nuevo, claro que sí», se prometió.

Pronto.

Capítulo 12

Era posible que las esperanzas de Rowan de que ella y Alec se encontraran nuevamente pronto hubieran naufragado debido a esa suerte de barrera que los separaba incluso viviendo en la misma ciudad, de no ser porque el destino se había ocupado de reunirlos una vez más y en las circunstancias más inesperadas.

Alec dedicó cada hora a sus clases, a las tutorías que ofrecía y a su trabajo en la imprenta. Por un tiempo, pensó que su vida había vuelto a la normalidad luego de que la llegada de Rowan la pusiera de cabeza.

Verla en la sala de conciertos había sido una sorpresa, una agradable a pesar de intentar convencerse de que cualquier acercamiento a ella era un error. Por unos minutos, mientras hablaban a solas, había sido como si aún se hallaran en Gairloch y las diferencias entre ambos se hubieran desvanecido.

Se vio presa de su encanto, fascinado por la belleza de su rostro y esa fiera osadía que siempre había admirado en ella. Había estado a punto de decirle lo mucho que adoraba ese valor, pero había sido lo bastante afortunado como para que el fin de ese encuentro lo obligara a callar. Como no tuviera cuidado, algún día terminaría por

decir alguna barbaridad, y entonces que el cielo lo ayudara, porque en ese momento no habría vuelta atrás y tendría que renunciar a ella para siempre.

«Lo que debo hacer —se repetía cuando su mente tomaba un camino indebido— es continuar como lo he hecho hasta entonces: estudiar y trabajar para cumplir con las metas que me he trazado, construir el futuro que soné para mí y en el que no hay lugar para Rowan».

***

—Creo que Fraser y los otros maestros se han tomado sus conferencias demasiado en serio. Creí que no te dejaría tranquilo nunca.

Alec esbozó una mueca mientras sus pasos se hundían en el barro que rodeaba las afueras de la universidad.

Hacía un buen rato que se había hecho de noche, pero había tenido que quedarse dos horas más de lo habitual porque el señor Fraser, el profesor de Retórica, le había pedido que lo ayudara a copiar el contenido del discurso que pensaba dar en la conferencia del día siguiente, a la que asistiría el primer ministro.

Disraeli ya había estado por allí una vez, a inicios de semana, para una ceremonia solemne con el director y las otras autoridades de la universidad. Alec y otros estudiantes habían sido invitados a asistir, así que ya había tenido oportunidad de conocer al político y debía aceptar que no le había dejado una mala impresión, aunque le había parecido un hombre un tanto pomposo y muy consciente de su importancia, lo que tal vez tendría que ver con que se encontrara rodeado por otros hombres igual de arrogantes.

A partir del día siguiente, sin embargo, participaría activamente en

una serie de conferencias, y por eso toda la plana docente se hallaba un poco de los nervios. Fraser había repetido su discurso una y otra vez, hasta el grado de que Alec no solo pudo copiarlo al detalle, sino que estaba seguro de que podría citarlo de memoria.

Al fin, cuando su profesor se encontró satisfecho, pudo abandonar la universidad con Robby, que se había quedado aguardando por él en la biblioteca para que fueran juntos a la imprenta.

—Hay algo en las calles, ¿no te parece? —preguntó su amigo.

Se habían internado entre las vías empedradas, sobre las que caía una fina lluvia que también les mojaba los abrigos; pero no hacía demasiado frío, o al menos a Alec no le parecía así. Después de pasar horas entre los claustros y, las últimas de ellas, al calor de la chimenea siempre encendida en el despacho del señor Fraser, era agradable sentir la brisa fría agitándose sobre su rostro.

—¿A qué te refieres?

—Al ambiente, el aire... No sé, como si estuviese a punto de ocurrir algo importante.

Alec entendía lo que Robby quería decir, él también podía sentirlo. La llegada del primer ministro había provocado una agitación en la ciudad que iba mucho más allá de todos esos eventos que se organizaban en las mansiones y en la universidad.

Estaba allí, en la calle, en los susurros de la gente de a pie: comerciantes y trabajadores que veían esa visita con desconfianza y que, más que halagos y saraos, lo que querían ofrecer al recién llegado eran reclamos.

—Mañana saldrá un grupo grande desde Royal Mile.

Alec recibió las palabras de su amigo con un asentimiento. Ya había oído algo acerca de eso: la primera manifestación organizada para protestar por la presencia del primer ministro en Edimburgo.

—¿Irás? —preguntó.

—Eso creo. Aunque, antes de que digas algo, seré cuidadoso, no quiero que me arresten y me expulsen de la universidad. Pero Donal estará en primera fila, ya lo sabes.

Alec cabeceó.

—Espero que, al menos, sea lo bastante sensato para no ir con Isobel.

Su amigo trastabilló con una piedra resbaladiza por la lluvia y lo miró de reojo con el ceño fruncido, algo poco habitual en él, que siempre parecía tan alegre.

—No creerás que ella estará tan loca como para querer ir —resolló.

—Claro que sí. Y no está loca ni mucho menos; está enfadada, como muchos otros, y le preocupa su país.

—Ya. Pero una protesta de este tipo puede ser peligroso para una mujer. ¿Te gustaría, acaso, que lady Rowan se viera involucrada en una?

Alec estuvo a punto de detenerse e increparlo por decir tal barbaridad, pero se lo pensó mejor y guardó silencio. Tanto Robby como Donal parecían convencidos de la importancia de Rowan para él; había bastado con que los vieran juntos una vez para que llegaran a esa conclusión y, aunque era la absoluta verdad, él no tenía ningún interés en cimentar esa idea. No quería a aquel par dándole tabarra con ese tema.

—Puedes intentar convencer a Isobel de que no vaya —dijo, al cabo de un rato, volviendo a lo que creía que distraería a su amigo —, pero no te hagas ilusiones de que vayas a lograrlo; es obstinada y en esto no le falta razón. Yo que tú procuraría convencerla de que fuesen juntos, así podrás velar por ella sin que lo tome a mal.

Robby hizo un gesto indeciso; sus rizos húmedos se le pegaban a la frente, pero, al cabo de un momento, asintió, lo que llevó a Alec a

suponer que seguiría su consejo. Su interés en Isobel McFarlane era evidente desde hacía años, y casi todos quienes los conocían sabían que sus constantes discusiones encubrían esa atracción, pero era difícil asegurar qué era lo que sentía ella.

Unos años mayor que Robby y con su mal genio siempre latente, se le daba mucho mejor que a él enmascarar sus emociones, algo que Alec envidiaba; así se le haría más sencillo ocultar lo que Rowan inspiraba en él.

Acababan de atisbar la silueta del mesón en el que solían detenerse a comer, cuando Alec reparó en un ruido proveniente de un callejón a su izquierda. Parecía una pelea, y estuvo a punto de seguir de largo porque no se trataba de nada poco habitual allí; en esa zona había trifulcas un día sí y otro también, y él procuraba no involucrarse porque había tenido algunas malas experiencias al intentar salir en defensa de alguien.

Sin embargo, algo lo impelió a detenerse y, tomando a Robby del brazo, le señaló el punto desde el que provenía el ruido con una cabezada. Su amigo lo entendió de inmediato y, tras hacer un gesto de malestar —porque seguro que nada le apetecía menos que meterse en semejante embrollo—, asintió como el hombre leal que era y se mantuvo a su lado cuando Alec se puso en camino hacia el lugar.

«Son tres —notó Alec de inmediato— y tienen a alguien hecho un ovillo a sus pies». Le daban golpes con la punta de las botas, y uno sostenía una cuchilla mellada en una mano. Un charco de sangre le dejó muy en claro que aquello era más que una discusión de borrachos. Un robo, quizá, sino algo peor.

No se detuvo a pensar, como le había acusado, más de una vez, el reverendo Sutherland que hacía; aquella no era ocasión para charlas y, cuando sintió a Robby moverse a su lado, supo que él debía de

estar considerando lo mismo.

Se libró de uno de los atacantes con un buen empujón. Era fuerte, a veces olvidaba qué tanto, lo que provocó que el hombre se pegara una buena sacudida contra un tabique, y lo dejó fuera de juego un momento para que pudiera encargarse del hombre de la cuchilla, mientras Robby iba por el otro.

Oyó un resoplido de su amigo, pero no se giró a mirar porque estaba muy ocupado esquivando a su oponente, que esgrimía su arma contra él con no poca pericia. Alec tuvo que hacer acopio de toda su experiencia para no llevarse un buen tajo, aunque sí que sintió un corte superficial en el hombro, lo que le dolió más por el abrigo que por el escozor en la piel.

Al ver de reojo que el hombre al que había atacado primero parecía a punto de ponerse en pie, actuó con rapidez y embistió como un toro contra su oponente, que soltó la cuchilla debido a la impresión y terminó pegándose un golpe que lo dejó medio desmayado sobre los adoquines. Luego de eso, tomó la cuchilla y la alzó en lo alto con ademán amenazante, así que el hombre que había ido a por él se detuvo de golpe y, tras vacilar solo un instante, echó a correr en dirección contraria seguido por el que Robby acababa de derribar con buenos puñetazos.

El único que quedaba era aquel al que Alec casi había desmayado, pero se veía tan desfallecido que supuso que no daría problemas, así que fue a ocuparse de su víctima, que apenas lograba respirar.

Robby, que llegó antes que él, lo tomó del hombro y, luego de señalar el charco de sangre, que parecía hacerse cada vez mayor, lo giró con mucho cuidado para verle el rostro. Descubrir de quién se trataba robó a Alec todo el aliento, sin embargo, logró recuperarse y empezó a pensar con rapidez; tanta que le dio vueltas a la cabeza, pero no le costó mucho llegar a una conclusión.

Era una locura, no obstante, sabía exactamente lo que tenía que hacer.

***

A Rowan le bastó con ver la cara de Morag para saber que traía malas noticias. Lo notó en su ceño más fruncido de lo habitual, en la forma en que se retorcía las manos una contra otra y, en especial, en que le temblaba un poco el labio inferior, signo inequívoco de que estaba asustada.

Y Morag casi nunca se asustaba.

Acababa de dejar el libro que estaba leyendo, una bonita reedición de *Orgullo y prejuicio*, de la señorita Austen, cuando oyó los pasos de la criada y esta irrumpió en su habitación, a donde se había retirado después de cenar sola porque sus padres habían asistido a una velada en casa de los Drummond. Le había costado, pero había fingido que estaba a punto de resfriarse, así que su madre no había insistido en que los acompañara con la amenaza de que más le valía estar del todo recuperada al día siguiente.

Rowan creyó que la aguardaba una noche tranquila, pero era obvio que el universo tenía otras planes para ella.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué parece como si hubieras visto a un fantasma?

Morag se llevó un dedo a los labios para hacerla callar, se acercó a ella y susurró unas palabras a su oído que arrancaron hasta la última brizna de color a sus mejillas. Cuando logró recuperarse de la impresión, tomó a la criada del brazo con fuerza.

—Llévame con ellos —susurró también—. Ahora mismo.

***

El camino a las cocinas se le hizo eterno, pero logró aparentar una helada calma cuando se cruzó con un par de doncellas que se dirigían al fondo de la casa, donde se encontraban las habitaciones de los criados.

Dio un rodeo antes de llegar a las cocinas, hacia el cuartito donde el ama de llaves guardaba la ropa de cama. No había rastros de otros sirvientes, así que, tras intercambiar un rápido asentimiento con Morag, que apenas podía dejar de temblar, entró con un ademán resuelto.

Había un diván maltrecho en un extremo de la habitación, y allí vio a su hermano tendido, tan pálido como si apenas le quedara sangre en el cuerpo. Alec estaba arrodillado a su lado, sostenía algo contra su costado, y creyó que murmuraba algunas palabras que no logró descifrar.

—¡Charles!

Sin dudar, se arrodilló también junto al diván y posó una mano temblorosa sobre la frente de su hermano.

—¿Respira?

Rowan hizo un gesto de enfado al oír la pregunta de Morag.

—Por supuesto que respira —refunfuñó antes de dirigirse a Alec—. Morag no soporta ver sangre.

—Tal vez no debí traerlo aquí.

—No seas bobo, ¿a dónde más ibas a llevarlo? Y, por si no lo recuerdas, yo no tengo ningún problema con la sangre.

Alec esbozó la sombra de una sonrisa.

—Eso lo recuerdo muy bien —dijo—. Cuántas veces me curaste los cortes que me hacía por ir corriendo por allí.

Rowan asintió, y dio una larga y asustada mirada a la herida que

Alec mantenía contenida con lo que reconoció como un trozo de la camisa de Charles.

—Pero reconozco que esto me supera por mucho —aceptó con voz débil.

Alec usó la mano libre para posarla suavemente sobre su brazo, y ella dio un respingo.

—Tu hermano tiene suerte: hice algunos cursos de medicina cuando entré a la universidad. Me di cuenta pronto de que no es algo a lo que me gustaría dedicarme, pero aprendí cómo tratar este tipo de heridas —explicó. Rowan estuvo a punto de llorar del alivio y apretó los dedos sobre su brazo un instante antes de cabecear—. Voy a necesitar hilo, aguja, y mucho mucho alcohol —pidió Alec.

—Ya lo oíste, Morag. Ve a buscar todo eso tan rápido como puedas.

—Y trozos de tela limpios.

La criada pareció aliviadísima de marcharse, al menos, por un momento; tanto que ni siquiera hizo referencia a lo impropio de dejar a Alec y a Rowan a solas, solo con su hermano desmayado como carabina.

—No te voy a engañar. Nunca he tratado una herida así, pero haré lo mejor que pueda.

Rowan agradeció las palabras de Alec con una sonrisa temblorosa.

Mientras seguía sus instrucciones para acomodar, lo mejor posible, a Charles sobre el diván y le rompían los restos de camisa para dejar a la vista la herida, que había empezado a sangrar un poco menos, Alec le contó las circunstancias en las que había encontrado a su hermano.

—Pensé en llevarlo a la imprenta o a la posada en la que me hospedo, pero creí que estaría más cómodo aquí. Y, cuando Morag me abrió la puerta y dijo que tus padres estaban fuera, supuse que

había hecho bien —dijo él.

—Así fue, y te lo agradezco mucho. Le has salvado la vida, tú y tu amigo lo hicieron. ¿Él está bien?

—Sí, solo se llevó una patada en la pierna, y va a quejarse por eso lo que resta del mes —bromeó Alec.

—¿Y tú? ¿Estás seguro de que ese corte no es nada grave?

Rowan miró su hombro, donde el abrigo se veía humedecido por una mancha rojiza.

—No es nada, te lo prometo —dijo él.

Ella estaba a punto de insistir, pero entonces Morag volvió y sostuvo su carga en alto.

—Solo me atreví a tomar el brandi que tu padre guarda en el comedor. No creí que notara si hay menos —indicó la criada.

Alec tomó las cosas de sus manos y, luego de estudiar la botella, asintió con aprobación.

—Servirá —dijo—. Voy a necesitar tu ayuda, Rowan, y tú, Morag, tal vez quieras mirar para otro lado, porque no creo que pueda atenderte si te desmayas.

***

—Creo que estará bien; ya no hay hemorragia y la costura se ve firme, pero van a tener que estar muy al pendiente. Limpien la herida cada par de horas y, a la primera señal de fiebre alta, tendrán que hablar con lord y lady Gairloch y confesarlo todo porque necesitará un médico. Estoy seguro de que ellos preferirán saberlo que ver a su hijo morir por una infección.

Rowan hizo un gesto de dolor al oír las palabras de Alec, pero agradeció que fuese tan sincero y le prometió que seguirían sus indicaciones al pie de la letra.

Luego de coser la herida de Charles, lo que llevó un tiempo y grandes cantidades de brandi que Alec hizo beber a su hermano y que también vertió sobre su piel abierta, lograron subirlo a su dormitorio. Fue una empresa hercúlea porque, mientras Morag se aseguraba de que no había nadie cerca, Rowan tenía que guiar a Alec por el camino, consciente de que debía de ser muy difícil para él cargar con su hermano que, inconsciente como estaba, debía de pesar una barbaridad.

Pero lo lograron y lo metieron en la cama. Luego, lo dejaron al cuidado de Morag, que prometió ocuparse de él durante las primeras horas de la noche por poco que le gustaran las heridas. Rowan le tomaría la posta antes del amanecer.

Mientras acompañaba a Alec a la entrada que daba a las cocinas, que era por donde había llegado poco antes, ella le dijo que nunca podría agradecer lo que había hecho esa noche por su hermano.

—No tienes que agradecer nada, lo habría hecho por cualquiera a quien hubiera visto en una situación como esa —aseguró él, y ella supo que era sincero—. Pero me alegra haber podido ayudarlo. Nadie merece ser atacado de esa forma.

Rowan ahogó un suspiro. Habían salido y se hallaban junto a la puerta y bajo el amparo de la noche, oscura como boca de lobo. Ni una sola estrella refulgía en lo alto, y ella no pudo menos que temblar al pensar en lo que podría haber sido de Charles si aquellos hombres lo hubieran dejado desangrándose en el callejón, o algo peor.

—¿Crees que se trató de un robo, o pudo ser algo más? ¿Charles hizo algo a esos hombres para...?

—No tengo cómo saberlo; tu hermano no dijo una palabra cuando lo saqué de allí, y luego... tampoco es que haya estado muy consciente como para charlar. —Alec respondió a su pregunta con

una mueca—. Al final, todos esos hombres huyeron, pero puedo hacer algunas preguntas por ahí si eso quieres.

—Te lo agradecería mucho, pero...

—Seré discreto, no te preocupes. —Rowan cabeceó, agradecida, y se envolvió el torso con los brazos; no sabía si debido al frío o a la impresión de lo ocurrido, que empezaba a hacer mella en ella. Sintió el roce de la mano de Alec asentada sobre la suya y abrió mucho los ojos al tiempo que buscaba su mirada, fija en ella y dotada de una calidez que le cortó el aliento—. Métete a la cama, tienes que dormir un poco si piensas relevar a Morag luego —sugirió él—. No quieres enfermarte en serio, ¿no?

Ella sonrió sin poder evitarlo. Le había contado la mentira que le había dicho a su madre con respecto a ese incipiente resfrío a fin de quedarse en casa.

—No, no quiero —replicó ella con el mismo tono burlón que él había usado—. Tengo que cuidarlo.

—Eso es correcto. Así que anda, te prometo que me pondré en contacto contigo si averiguo algo sobre los hombres que atacaron a tu hermano.

Rowan asintió y llevó la mirada a sus manos unidas. La de él se veía enorme en comparación con la suya, y los vellos de su muñeca le acariciaron la suave piel de sus dedos cuando se liberó de su agarre muy a su pesar.

—Gracias, Alec. Creo que nunca podré decírtelo lo suficiente —murmuró ella.

Él entreabrió los labios, como si estuviera a punto de decir algo, pero en su lugar solo sacudió la cabeza de un lado a otro en señal de negación, exhaló un suave suspiro y la alentó a entrar con un gesto.

Rowan cerró la puerta tras ella y se quedó un momento allí,

observándolo alejarse por un orificio en la madera. La noche lo envolvió de golpe, ocultándolo de su vista, y solo entonces se apartó con una sensación extraña en el pecho que, estaba segura, no se debía solo a la preocupación por su hermano.

Capítulo 13

—No quiero más de esa pestilencia, Rowan. ¿Quieres que me muera de verdad por envenenamiento?

Rowan ignoró las protestas de su hermano y se quedó de pie junto a su cama, mirándolo con el ceño tan fruncido que casi le dividía el rostro. Él debió de ver que no estaba de humor para apreciar su ingenio, así que bebió de un trago la tisana que Morag había preparado para él y que, según la criada, tenía la virtud de prevenir infecciones, reducir dolores y, ojalá, provocar el arrepentimiento.

Habían pasado tres días desde que Alec había aparecido en la puerta arrastrando a su hermano y, desde entonces, y por obra de algún tipo de milagro, habían conseguido ocultar el asunto de sus padres. Aunque lord Gairloch se había mostrado furioso cuando Rowan le había dicho que su primogénito había aparecido enfermo, aun cuando no parecía que fuese nada de cuidado, el conde no había hecho ningún intento por verlo. Tan solo comentó que debía de tratarse de su mala conciencia y un exceso de alcohol, y que no quería que se presentara ante él hasta que estuviera completamente recuperado; que ya entonces le dejaría en claro todo lo que pensaba

de su conducta.

Aquella salvaguarda les había permitido a Rowan y a Morag ocuparse de él y asegurarse de que no había signos de infección, al menos no grave. Los cuidados que había indicado Alec habían hecho efecto y, aunque la herida todavía tenía un aspecto horroroso, la tarde anterior, Charles ya se mostraba plenamente consciente y hasta había comido algunos de los platillos sencillos que Morag había subido para él junto con aquel mejunje.

Con un poco de suerte, creía Rowan, su hermano podría ponerse en pie dentro de unos días.

—En lugar de quejarte por todas las molestias que nos hemos tomado por ti —dijo Rowan cruzándose de brazos—, podrías decirme quién te hizo esto y por qué. —Era la tercera vez que le hacía esa pregunta, y su reacción fue la misma que en las otras dos: torció el gesto y desvió la mirada—. Charles...

—No es nada por lo que debas preocuparte. Intentaron robarme, eso es todo. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

Rowan ignoró su tono hastiado y se sentó en el borde de la cama.

—¿Tres hombres te dejaron así solo porque querían robarte? —preguntó.

—No sabes lo que son las calles de Edimburgo por las noches, hermanita. No tienes idea de los horrores que se encuentran allí. Alec podría decírtelo.

Fue Rowan quien hizo una mueca esta vez. Le había contado a su hermano que habían sido Alec y un amigo suyo quienes habían salido en su defensa mientras lo golpeaban, lo que fue una sorpresa para él porque, según le había dicho, apenas estaba consciente aquella noche y no lo había reconocido.

Si a Charles lo incomodaba que fuese un conocido de Gairloch quien lo había tenido que salvar de semejante situación, se cuidó

bien de ocultarlo. En su lugar, se mostró casi divertido ante la idea de que fuese alguien de clase inferior quien le había salvado la vida; dijo que, de saberlo, sus padres lo encontrarían humillante.

Desde luego, Rowan no comentó que aquella no era la primera vez que veía a Alec en Edimburgo porque, aunque confiaba en su hermano la mayor parte del tiempo, no tenía idea de cómo vería él esa confesión. En el fondo, no era menos esnob que sus padres y se refería a Alec con una condescendencia que a Rowan la ponía furiosa.

—Y si es tan peligroso andar solo de noche por la ciudad, ¿qué hacías tú corriendo ese riesgo? —insistió ella.

—Iba a reunirme con unos amigos, eso es todo. Por favor, Rowan, estoy muy agradecido de que engañaras a padre por mí, pero me estás volviendo loco con tantas preguntas. —Él esbozó una sonrisa torcida y le guiñó un ojo—. ¿Por qué mejor no bajas al salón y me subes algo para beber?

Rowan entrecerró los ojos.

—No voy a darte ni una gota de alcohol, si es a eso a lo que te refieres.

Antes de que su hermano pudiera protestar, se puso en pie, alisó el frente de su vestido, y tomó de la mesilla junto a la cama la palangana que había llevado para humedecer la frente de su hermano en los breves momentos en que detectaba algo de fiebre.

—Pero te traeré un poco de té —continuó—. Y tal vez, más tarde, te sientas mejor para intentar decime la verdad.

Sin aguardar respuesta, Rowan se marchó mientras el susurro de sus faldas resonaba tras ella.

***

Alec se quedó un momento mirando la puerta que acababa de atravesar y exhaló un largo suspiro al dejar el ruido de la taberna en la que había pasado las últimas dos horas.

Iba solo y estaba calado hasta los huesos debido al chaparrón que empezó a caer sobre él tan pronto como abandonó la protección del local, pero se sintió bastante aliviado al dejar atrás el ambiente opresivo de la taberna.

Entre eso y la sensación de que alguien intentaría apuñalarlo en cualquier momento, había pasado un rato muy desagradable, pero no podía negar que había sido, también, bastante fructífero.

Se dirigió a su alojamiento, pero antes se detuvo un momento en un bazar a cuyo dueño conocía casi desde su llegada a la ciudad. Le pidió papel, una pluma, y escribió una breve nota que puso en manos de uno de los chiquillos que deambulaban por la calle con la promesa de unas cuantas monedas si lo entregaba en su lugar.

Después, un tanto tembloroso por el frío que le atravesaba el abrigo, se consoló pensando en que aguardaban por él una cena caliente, ropa limpia y seca y, lo más importante, en que acababa de cumplir una promesa.

***

Rowan no logró urdir una excusa para abandonar la casa sin más compañía que Morag hasta muy entrada la tarde siguiente.

Había recibido la visita de sir William durante la mañana, y había tenido que hacer acopio de toda su paciencia para no gritar por el aburrimiento y la necesidad de abandonar el salón en el que tanto ella como su madre agasajaban a los visitantes.

Por lo general, no era algo que a Rowan le molestara. Recibir personas no era tan terrible, o al menos no todo el tiempo; fue así

como había conocido a Elspeth Sinclair, por ejemplo, que se había convertido en tan buena amiga. Y algunos otros invitados las ponían en antecedentes de lo que se cocía en la ciudad, algo que siempre era entretenido.

Pero en casos como el de sir William...

Él nunca tenía nada interesante que contar, porque solo hablaba de sí mismo; le encantaba ponerse de ejemplo con respecto al excelente terrateniente que era y cómo el país iría mucho mejor si todos fueran como él.

Rowan había notado que incluso su madre se sentía un poco disgustada por esos largos monólogos que el visitante declamaba, pero la condesa valoraba demasiado lo conveniente de su amistad como para hacer algún comentario al respecto. Las miradas calculadoras que dirigía de uno a otro, en tanto Rowan se esforzaba por no bostezar, dejaban eso muy en claro, así como que nada la haría más feliz que aquel hombre se decidiera a formular una propuesta.

Rowan dio vueltas a esa deprimente idea durante todo el camino en carruaje hacia la imprenta en la que trabajaba Alec. Tenía la nota que él le había enviado en el limosnero que colgaba de su muñeca; la había leído tantas veces que se la sabía de memoria. Tenía algo importante que contarle con respecto al ataque que había sufrido su hermano, pero no creía que fuera buena idea que se presentara en su casa, así que la había alentado a que fuera ella quien lo encontrara en la imprenta aquel día en que pensaba pasar todo la jornada allí.

Era sábado y las calles se veían colmadas de gente. Había, además, una vibración un tanto extraña en el aire que Rowan achacó a todas las actividades que se habían organizado en la ciudad por la visita del primer ministro. Según le había contado

Morag, que se había enterado de ello en las cocinas, había habido una manifestación la mañana anterior que, aun cuando no se había salido de control, había hecho estragos en las calles. Según la criada, no había habido arrestos, porque aquello habría empañado una importante reunión que el señor Disraeli tenía pautada con los terratenientes en el salón del viejo Parlamento; pero corría la voz de que, como hubiera alguna otra, entonces no se mostrarían tan indulgentes.

Rowan ordenó al cochero que se detuviera un par de calles antes de llegar a la imprenta y ordenó a Morag que aguardara por su regreso allí, algo que esta aceptó a regañadientes y tras darle mil recomendaciones.

Encontró el lugar muy callado y supuso que aquello se debía a que los operarios descansarían los sábados, algo que halló bastante tranquilizador, porque sospechaba que lo que Alec tenía para decirle no le iba a gustar y prefería que hubiera tan pocos testigos de ello como fuera posible.

Se había puesto un vestido sencillo de un tono muy oscuro de verde, ceñido con un cinturón, y un sombrero a juego; las faldas eran estrechas, así que pudo andar entre los bancos dispersos por el primer nivel del local hasta que se encontró a los pies de la escalera que conducía al siguiente, y se detuvo allí para llamar a Alec con un tono lo bastante alto para que la oyera.

Él, que debía estar al pendiente de su llegada, asomó la cabeza por lo alto de la escalera y la invitó a subir.

—Perdona que no bajara a recibirte, pero tenía que terminar con esta tanda y no puedo dejar los tipos más tiempo del conveniente.

Rowan acogió las palabras de Alec con una sonrisa y, mientras él volvía apurado a revisar las planchas de letras con las que parecía imprimir las páginas de un grueso tomo, aprovechó para estudiarlo a

placer. Estaba en mangas de camisa, que llevaba remangadas hasta los codos, lo que con seguridad otras damas encontrarían escandaloso, pero a ella le alegró que hubieran retomado la familiaridad que le era tan natural. Tenía el oscuro cabello revuelto, y varios mechones se le pegaban en la frente debido a la leve capa de sudor que le cubría el rostro.

Era la imagen de la vitalidad; un hombre en la flor de la vida que imponía su presencia de una forma casi abrumadora, pero que a ella le resultaba más bien tremendamente incitante.

—Listo. Ya he terminado con eso por hoy —indicó él poco después.

Rowan lo observó con curiosidad mientras él tiraba de una silla para situarla cerca de la que ella había ocupado a su llegada.

—¿Estás seguro? No quisiera entorpecer tu trabajo.

—Por supuesto que no. Te aseguro que no puedo hacer nada más mientras esa tinta no esté del todo seca, y eso lleva su tiempo. Lo cierto es que has venido en buen momento porque me das una excelente excusa para dar el día por terminado; llevo tantas horas oliendo tinta que tengo la nariz casi obstruida.

Ella rio con suavidad y asintió.

—Me alegra poder servir de algo —dijo antes de ponerse seria de golpe—. Alec...

Él hizo un gesto para interrumpirla.

—Voy a decirte lo que averigüé acerca de tu hermano. No te preocupes, no estoy dando largas para no abordar el problema —aseguró.

—Entonces hay un problema.

—Me temo que sí. —Rowan entrelazó las manos sobre la falda y cabeceó para instarlo a continuar—. Como te había prometido, hice algunas averiguaciones entre la gente que conozco con respecto a

los hombres que atacaron a tu hermano...

Alec le contó que, al principio, no había tenido mucha suerte, pero que al fin se le había ocurrido buscar a un hombre con el que había tratado una vez; aunque no quiso decir su nombre ni en qué circunstancias lo había conocido, salvo que era, entre sus contactos, quien mejor se movía en los bajos fondos.

Tras darle la descripción de los hombres que buscaba, este le dijo dónde podía encontrarlos.

—No me digas que fuiste tras ellos tú solo —se escandalizó Rowan cuando llegó a esa parte.

—No fue tan terrible como podrías pensar —la tranquilizó él—. Después de todo, no fui con ninguna intención de pelear, sino para obtener algunas respuestas y, aunque no lo creas, esta gente puede ser bastante civilizada cuando no están luchando.

—Lo dudo mucho.

—No te culpo. Lo importante es que sí que pude dar con uno de ellos y, cuando le aseguré que no pensaba delatarlo con la policía, sino que lo que quería era saber por qué habían atacado a Charles, me dio algunas respuestas. Creo que, en el fondo, espera que yo interceda para que le pague lo que le debe.

Aunque era algo que Rowan ya sospechaba, oír a Alec confirmarlo le pegó como un puñetazo en el estómago.

—Así que se trata de dinero —murmuró.

Alec asintió con semblante de pesar. No lo dijo, pero ella supo, sin asomo de duda, que habría preferido no tener que estar explicándole todo eso.

—Sí, y es una buena suma.

—¿Cuánto?

—Quinientas libras.

Rowan se llevó una mano a la cara, atónita.

—¡¿Quinientas libras?! Eso es mucho dinero —exclamó.

—El ingreso anual de una familia bien acomodada, más o menos. No quiero ni pensar en toda la gente humilde que podría subsistir con semejante cantidad.

—Pero... cómo...

—El juego —explicó Alec con sencillez—. Parece que el hombre para el que trabajan los criminales que golpearon a tu hermano los contrató para que lo conminaran a pagar su deuda. Es a él a quien le debe; tiene un casino en la ciudad y Charles ha pasado mucho tiempo allí últimamente, al menos hasta que le cancelaron el crédito.

—No entiendo cómo Charles pudo hacer algo como esto.

Alec se encogió de hombros.

—Los hombres como Charles son bastante fáciles de atraer a ese mundo, Rowan; juegan, ganan un poco y creen que continuarán haciéndolo siempre hasta que empiezan a perder. Muchas veces no se trata más que de una trampa. Este tipo de negocios son así: envuelven a sus víctimas haciéndoles creer que son invencibles y luego, cuando ya los tienen bien sujetos...

—Entiendo.

Ambos guardaron silencio durante un buen rato. Rowan se miró las manos enguantadas; su cabeza daba vueltas alrededor de lo que le había contado Alec, y maldijo la imprudencia de su hermano.

Podía sentir la mirada de Alec fija en ella, y se forzó a mantener un semblante tan sereno como pudo. De haberse encontrado a solas, se habría echado a llorar, pero no quería parecer débil ante él; no cuando se había esforzado tanto por cumplir su promesa, corriendo incluso más peligros de los que podía imaginar.

—Rowan.

Ella alzó la mirada de golpe al oír su nombre en sus labios. Se le antojó un sonido tan dulce que, muy a su pesar, se le llenaron los

ojos de lágrimas.

—¿Cómo voy a sacarlo de esta? —preguntó en un susurro quebrado.

Alec se puso en pie y fue hacia ella, y se detuvo a solo un par de pasos. El calor que despedía envolvió a Rowan como una manta; su aroma, tan familiar, se le coló en las fosas nasales, y estuvo a punto de arrojarse sobre él porque algo le dijo que, solo tocándolo, gran parte de ese miedo que se le había asentado en el pecho se esfumaría para siempre.

—No tienes que hacerlo —musitó Alec inclinándose hacia ella—. No sola. —Rowan sacudió la cabeza de un lado a otro sin apartar la mirada de su rostro. De pronto, se le agolpó el aire en lo alto de la garganta y le costó respirar con normalidad, por lo que llevó una mano a su pecho. Él debió de notarlo porque, tras suspirar, le tendió una mano con una pequeña sonrisa—. Creo que te vendría bien tomar un poco de aire. Vamos, conozco un lugar.

***

No fue sencillo, pero Rowan consiguió convencer a Morag de que le permitiera pasear con Alec por los jardines de la calle de los príncipes, un gran parque público en el centro de la ciudad, no muy lejos de la imprenta.

Desde luego, al ser un lugar público, Rowan no podía ir a solas con él, pero se le ocurrió que la criada podría acompañarlos siempre y cuando se mantuviera a cierta distancia.

De modo que tomaron el carruaje para que los acercara al parque y, una vez allí, bajaron todos por la calle de los príncipes, recorriendo la hondonada sur, que los llevó directamente a The Mound, una colina que conectaba la parte vieja de la ciudad con la

nueva.

Al mirar sobre su hombro, Rowan notó que Morag se iba retrasando y supuso que lo hacía tanto para darles un poco de intimidad como porque odiaba caminar, y la idea de pasear por un lugar como aquel sin mayor propósito debía de resultarle exasperante. Seguro que tan pronto como llegaran a casa, le daría un buen sermón acerca de su comportamiento.

Como si le hubiera leído la mente, Alec la miró de reojo y le dirigió una sonrisa ladeada que le aceleró el pulso.

—Está enfadada, ¿cierto? —preguntó con tono ligero.

—A veces, parece que lo está siempre, pero no: solo está preocupada.

—¿Por ti?

—Y por Charles, por todos. Creo que debe de pensar que nunca debimos venir a Edimburgo.

Alec cabeceó. Andaba muy erguido y con los manos unidas tras la espalda. Aunque su atuendo era bastante modesto y contrastaba con el de las personas con las que se cruzaban, mucho más elegantes, tenía algo que lo hacía destacar entre los demás. Tal vez fuese su atractivo y la seguridad que emanaba pese a que, como Rowan sabía, no siempre se sentía tan confiado de sí mismo.

—¿Compartes esa opinión?

Rowan se giró a mirarlo y respondió sin vacilar.

—Por supuesto que no —aseguró—. Me alegra haber venido a pesar de..., bueno, de todo lo que no ha salido tan bien.

—¿Te refieres a tu hermano?

«Sí. Y también a ti —habría deseado decir—; a ti, que a veces pareces tan lejos de mí, y no sé cómo salvar esa distancia que nos separa».

Pero no dijo eso, solo asintió a medias y llevó la vista al frente

porque Alec siempre había tenido facilidad para descubrir cuándo mentía, y odiaba la idea de que supiera lo que realmente pensaba.

—Lo de Charles es serio, no tiene sentido negarlo. —Alec retomó la charla poco después—. El hombre con el que hablé dejó en claro que no se quedarían tranquilos en tanto no le paguen lo que le deben.

—Quinientas libras.

—Sí. ¿Crees que haya alguna posibilidad de que tu padre acepte pagarlas?

Rowan suspiró.

—No lo creo. Tal vez..., supongo que quizá aceptara hacerlo por evitar un escándalo y proteger a Charles. Pero ese sería el fin para mi hermano; mi padre nunca le perdonará que se metiera en algo como esto.

Le contó que el comportamiento de Charles le había traído muchas discusiones con sus padres y que el conde ya lo había amenazado más de una vez con enviarlo a Londres para que se uniera a la Armada, un destino que destrozaría a su hermano.

—Para serte sincero, Rowan, creo que un ambiente más disciplinado podría hacerle un bien —dijo Alec una vez que terminó de contarle aquello—. Incluso, si lograran sacar a Charles de este embrollo, él se meterá luego en otro y otro hasta que no haya nada que puedan hacer para salvarlo. Y hay peores destinos para el hijo de un conde que convertirse en oficial de la Armada.

—Lo sé, pero no creo que él pueda soportarlo.

—¿No has pensado que ser tan indulgente con él ha sido justamente lo que ha terminado por llevarlo a este punto? —Él se apresuró a continuar antes de que ella pudiera protestar—. No digo que sea tu responsabilidad, o la de tus padres; él está lo bastante crecidito para saber lo que está bien o mal. Pero, tal vez, si entiende

que no encontrará siempre un salvavidas de su parte cada vez que haga una de sus trastadas, realmente logre mejorar, convertirse en un hombre de verdad.

Rowan esbozó una mueca.

—¿Un hombre como tú? —preguntó con un deje burlón.

Alec no sonrió, mantuvo el gesto serio, y Rowan notó su mirada fija en ella con una intensidad que apenas logró soportar.

—Tu hermano y yo somos muy distintos, siempre lo seremos. De la misma en que...

—¿Qué?

—Como lo somos tú y yo.

Rowan apretó los labios.

—Te he dicho antes que estás equivocado —replicó ella casi mordiendo las palabras—. Tú y yo no somos tan diferentes como te gusta pensar.

—Te aseguro que no es un pensamiento que me provoque ningún tipo de placer; todo lo contrario.

Ella estaba a punto de responder a eso, pero tropezó con un guijarro y se habría dado de bruces de no haber sido por los rápidos reflejos de Alec, que la sostuvo del brazo y la ayudó a recuperar el equilibrio.

No la soltó luego de eso y, aunque podría haber parecido solo un gesto considerado y caballeroso para mantenerla a salvo, Rowan supo que no se trataba solo de eso. Su contacto le calentó la piel incluso a través del grueso tejido del vestido, y sintió su enfado disminuir hasta que solo quedó un leve rastro entremezclado con el ferviente anhelo de tocarlo también.

Caminaron en silencio durante un rato. Las siluetas de las iglesias de St. John y St. Cuthbert se distinguían en la distancia, y el repiqueteo de sus campanas resonó como una canción.

Rowan sabía que debía dar ese encuentro por terminado. Ya había sido bastante temeraria yendo hasta allí con Alec, exponiéndose a que cualquier conocido la reconociera y se lo contara a su madre, pero no conseguía reunir las fuerzas para mencionarlo porque era lo último que deseaba hacer.

Quería quedarse con él incluso si ninguno decía una palabra. Así que fue una suerte oír tras ella los pasos de Morag acercándose y, luego, ver su cara enfurruñada cuando le dirigió una mirada que dejó muy en claro que aquello debía terminar.

—Las acompañaré hasta la salida que da al castillo para que tomen el carruaje.

Alec, que había seguido la llegada de la criada con gesto imperturbable, hizo un gesto para que lo acompañaran, y Rowan no se atrevió a protestar; sabía que, por mucho que lo odiara, era lo que debía hacer.

Anduvieron el camino de regreso en silencio hasta que se hallaron junto al vehículo. Pero, una vez que Morag subió, Rowan se quedó un momento fuera, estudiando el semblante serio de Alec.

—¿Te veré de nuevo pronto? —preguntó ella.

—No tengo cómo saberlo.

—Creo que eso no es cierto.

—Rowan...

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro con pesar.

—Sí, sí lo sabes, porque la única forma de que podamos vernos nuevamente es que tú vengas a buscarme —dijo con un tono muy bajito—. Parece que, hasta ahora, la única forma en que hemos podido encontrarnos ha sido o porque yo te he buscado, o porque el destino nos ha puesto en el camino del otro. Pero creo que ya ha llegado la hora de que seas tú quien haga algo. A menos que no quieras, claro.

Tras decir aquello, Rowan subió al carruaje con un gesto resuelto y se arrebujó en el asiento obligándose a no mirar fuera, porque no habría soportado encontrarse con el rostro de Alec. No en ese momento, en que había dicho todas esas cosas. ¿Qué pensaría él de ella por conminarlo, de esa forma, a buscarla luego de que dijera, una y otra vez, lo diferentes que eran y cómo debían mantenerse separados?

No, era demasiado humillante.

Con un resuello, bajó la cabeza hasta pegar el mentón al pecho y cerró los ojos.

Capítulo 14

«La única forma de que podamos vernos nuevamente es que tú vengas a buscarme».

Las palabras de Rowan resonaron en la mente de Alec por días y la sumieron en la desesperación.

¿Qué esperaba ella que hiciera? ¿Que se presentara ante su puerta y preguntara por la hija de los condes de Gairloch como si nada? ¿Creía, acaso, que sus padres estarían encantados con su presencia y que lo invitarían a tomar el té?

—¡Tonterías! —masculló entre dientes.

—¿De qué tonterías hablas? Como no te refieras a ese libro que arruinaste por estar distraído...

Alec ahogó un resoplido y miró por encima de su hombro para toparse con el gesto risueño de Isobel, la hermana de Donal y su mayor pesadilla cuando se encontraba en ese estado, tan escaso de paciencia.

Acababa de dejar la imprenta y llevaba un grueso fajo de folletos que se había comprometido a entregar. Necesitaba un poco de aire fresco, así que, cuando Donal había mencionado que había prometido llevar aquel encargo, no había dudado en ofrecerse. Lo

que no había pensado era que Isobel iría tras él, así que se la quedó mirando, mientras ella resollaba por la carrera que debió de pegar para darle el encuentro, y frunció el ceño.

—¿Qué ocurre? —preguntó sin detenerse—. ¿Se le olvidó a Donal decirme algo?

—No, en absoluto; es solo que yo también voy por allí y se me ocurrió que podríamos ir juntos.

—No será porque te da miedo andar sola por las calles a esta hora.

Isobel se envaró cuan alta era, lo que en realidad no era mucho; dio una mirada a la calle, colmada de gente que iba y venía de un lado para otro; y, finalmente, al cielo sobre ellos, encapotado por unas nubes grises que auguraban una noche oscura.

—No me conoces en absoluto si piensas algo como eso —dijo con un tono algo despectivo—. Conozco esta ciudad mejor que tú.

—Ya. ¿Entonces?

—Entonces nada, solo quería caminar un poco.

—¿Conmigo?

—¿Por qué no? ¿Te molesto?

Alec no respondió. Aquello seguía sin gustarle, pero no insistió en saber qué había llevado a Isobel a ir tras él; supuso que enteraría en su momento. Y así fue porque, cuando llegaron a la dirección que le había dado Donal, una zona descuidada al norte de la ciudad, fue Isobel quien llevó la voz cantante.

Se adelantó a tocar la puerta desastrada que tenían ante ellos y se puso de puntillas para atisbar por entre un orificio en la madera.

—¿Qué estás haciendo?

Alec la regañó con un gesto.

—Solo quiero ver si hay alguien en casa.

Alec le dirigió una mirada desconfiada; tanto interés lo ponía en

alerta.

—Retrocede —advirtió—. No sabes quién va a estar al otro lado.

—No pensarás que corremos algún tipo de peligro.

—Considerando de qué van los folletos que tenemos que entregar, asumo que sí.

Isobel hizo una mueca, y sus mejillas redondeadas dotaron a su rostro de un aire travieso, lo que llevó a suponer a Alec que, en efecto, allí había gato encerrado.

Los folletos de los que hablaban eran un llamado a la siguiente manifestación que se había organizado en protesta a la presencia del primer ministro en Edimburgo. Aunque la primera había convocado a una buena cantidad de gente, no había tenido el impacto esperado por sus organizadores, así que se había citado a otra.

Los términos impresos eran más duros, y Alec se había puesto un poco nervioso, a su pesar, cuando los había llevado al papel una vez que Donal le había dado el borrador que le habían entregado.

Se llamaba a reunirse en la plaza central de la ciudad y avanzar hacia el viejo Parlamento sin importar qué tanta resistencia ofreciera la policía. Ningún muro debía detenerlos, rezaba la proclama, hasta que estuvieran frente al edificio en el que sabían que, un par de días después, se encontraría el señor Disraeli reunido con las personalidades más relevantes de Edimburgo.

Alec contaba las horas para que ese hombre dejara la ciudad porque, al paso que iban, aquello solo podía terminar en una desgracia. Era posible que esa manifestación fuese el pistoletazo de salida para ello.

Finalmente, se abrió la puerta y un hombre enorme de semblante adusto los recibió con un gesto una vez que Alec explicó a qué habían ido. Los invitó a entrar, y estuvo a punto de negarse; sin embargo, Isobel se le adelantó al ir tras él, y no pudo hacer menos

que seguirla. Tal vez ella se creyera muy autosuficiente, pero lo cierto era que no conocía el mundo tan bien como creía, y Donal lo mataría si no mantenía un ojo puesto sobre su hermana en una situación así.

Cruzaron un largo pasillo que los condujo a un espacio abierto, una especie de patio deshabitado con los restos de lo que debió de haber sido un jardín en algún momento, pero entonces era solo un campillo eriazo.

No había una superficie de toda aquella área en la que no hubiera algún objeto dispuesto en un orden milimétrico que desconcertó a Alec. Banderolas enrolladas con trozos de soga, hileras de panfletos como los que portaba Alec, botellas llenas hasta el borde de un líquido turbio y montones de palos cuidadosamente dispuestos.

Aquello no le gustó nada.

—Están preparados para lo de pasado mañana —comentó Isobel luego de observar la zona con la misma curiosidad que Alec.

El hombre que los había guiado hasta allí no respondió; en su lugar, tomó el atado que Alec llevaba en brazos y se lo llevó al pecho para inclinar la cabeza y leer, con obvia dificultad, lo que estaba impreso. Le llevó tiempo, pero al fin asintió.

—Díganle a McFarlane que está bien; mañana pasaré a dejarle el dinero —indicó con una voz ronca.

Alec e Isobel intercambiaron una rápida mirada, y él pudo notar su curiosidad bullendo con fuerza.

—¿Esperan problemas? —preguntó—. Por todas esas cosas que tienen listas, digo. ¿Creen que la policía les pondrá muchos obstáculos?

—Más les vale que no.

El hombre habló con una ferocidad que puso a Alec aún más inquieto.

—Pero, pase lo que pase, es evidente que podrán defenderse —terció Isobel—. Me alegra que así sea; esta vez podrán responder como se debe.

Alec ahogó un suspiro, y su mirada se posó sobre un objeto que llamó su atención. Era una vasija de hierro y de forma redondeada, con una protuberancia en un extremo; aunque no intentó acercarse para examinarla con profundidad, creyó detectar en el aire un tufillo a azufre que le erizó los vellos del brazo.

—Ya nos vamos —dijo de golpe—. Le diré a Donal que está satisfecho con el trabajo y que pasará mañana a dejarle el dinero. Vamos.

Antes de que Isobel pudiera oponerse, la tomó del codo, urgiéndola a salir. Ella debió de ver la resolución en su mirada porque, aunque fue evidente que le habría gustado protestar, mantuvo los labios sellados hasta que se encontraron a un par de calles de la casa.

—Es extraordinario, ¿cierto? —preguntó ella luego de mirar sobre su hombro con los ojos muy abiertos—. Todo lo que están dispuestos a hacer para conseguir que los oigan.

—Fue por eso por lo que viniste —la acusó Alec sin dejar de andar tan rápido como le daban los pies—. Querías saber lo que planeaban.

Isobel se encogió de hombros.

—Tenía curiosidad, sí, porque sabía para quiénes eran los panfletos. Pienso asistir a la manifestación y quería saber qué es lo que planean.

—Supongo que, ahora que lo sabes, te estarás replanteando asistir.

Ella le dirigió una mirada incrédula.

—Por supuesto que no, ahora tengo todavía más ganas de estar

allí —aseguró—. ¿Cómo es que no lo piensas también?

Aunque Donal había sido muy considerado al no hacer mención del hecho de que Alec no había asistido a la manifestación anterior —hecho que, después de todo, era lo que él le había aconsejado que hiciera para proteger su lugar en la universidad—, Isobel sí que se había despachado con ganas con respecto a cuán poco solidaria le parecía su conducta. Entonces, sin duda, debía de pensar que era aún peor visto que, en lugar de emocionarse por lo que acababan de observar, se veía sinceramente preocupado.

—Podrían ocasionar mucho daño, Isobel —dijo con un tono algo más calmado—. Harán explotar cosas, mucha gente puede salir herida.

—No necesariamente tiene que ser así. Solo querrán amenazar a la policía para que no intenten detenerlos, eso es todo. No creo que tengan intención de lastimar a nadie.

—Puedes intentar convencerte de eso todo lo que quieras, pero ambos sabemos que no es verdad; uno no organiza una manifestación como esta y se presenta con ese tipo de cosas si no está dispuesto a usarlas.

—¿Y qué si lo hacen? ¿Acaso no estás de acuerdo con sus demandas?

Alec ahogó un suspiro.

—No se trata de eso —replicó—. Claro que estoy de acuerdo con lo que piden, pero no puedo hacer la vista gorda con algo como esto.

—Bueno, pues, si tanto te molesta, lo mejor será que hagas como hasta ahora y te mantengas al margen.

A él le habría encantado decir que esa era una soberana tontería. ¿Cómo diablos iba a mantenerse al margen después de todo lo que había visto? Ella estaría allí, lo mismo que su hermano, Robby y, con

seguridad, muchos otros de sus conocidos, a quienes apreciaba y no quería ver involucrados en una situación que, estaba convencido, podría derivar con rapidez en una desgracia.

«Tengo que hacer algo», pensó, aun cuando eso lo obligara a él también a ponerse en el punto de mira.

***

Rowan contempló los sombreros y bastones que el mayordomo había acomodado sobre una percha de caoba en el vestíbulo, y ahogó un suspiro.

«Tenemos visitas», dedujo. Y, al fijarse con mayor cuidado en la empuñadura de uno de esos bastones, se hizo una idea de quién se trataba.

Habría vuelto a su habitación, pero su madre la mandaría a buscar; después de todo, había sido ella quien había ordenado que bajara justo a la hora del té para reunirse con la familia en el salón. Lo que no había comentado entonces era que no estarían a solas.

Fastidiada por el mal rato que, estaba segura, aguardaba por ella, apretó los dientes, alzó el mentón y se dirigió con paso rígido hacia el salón.

—... lo que haga falta; no puede ser de otra forma.

Su padre se encontraba de pie junto a la chimenea, sostenía un vaso de cristal y asentía al tiempo que hablaba con fervor. Su esposa, lady Gairloch, lo oía muy atenta desde un sillón y alternaba la mirada de él al hombre a su lado.

Sir Archibald, por supuesto.

Debió haber supuesto que su madre no desaprovecharía la oportunidad de invitar a aquel hombre, ya que no lo habían visto desde hacía días, algo que había alegrado a Rowan, que había

empezado a albergar la esperanza de que se hubiera aburrido por el poco interés que mostraba en él.

Entonces, sin embargo, cuando él se puso en pie para ir a su encuentro y notó el brillo en sus ojos, se dijo que había sido demasiado optimista.

—Rowan, nos contaba tu padre que vamos a tener que adelantar la cena en honor del señor Disraeli para mañana porque al día siguiente se espera una manifestación —anunció su madre tan pronto como la vio aparecer.

—Una bastante radical, además —acotó sir Archibald.

Él le tendió una mano, que Rowan se vio obligada a tomar, aunque fue muy cuidadosa para que no pasara de un leve roce y la soltó tan pronto como ocupó una silla cerca de donde se hallaba su padre.

—Ya veo —dijo—. Había escuchado algo al respecto, pero no sabía cuándo ocurriría. Espero que esto no provoque problemas para tus invitados, mamá.

Lo cierto era que eso le importaba más bien poco. Lo que realmente quería era averiguar, tanto como fuera posible, algo al respecto de esa manifestación; pero sabía que, de mostrarse muy curiosa, sus padres la reprobarían. Si enmascaraba su interés fingiendo preocupación por cuánto afectaría aquello su vida social, sin embargo, entonces tenía más posibilidades de descubrir lo que deseaba.

Y así fue, porque, tras mostrar una expresión de pesar, su madre exhaló un delicado suspiro y asintió.

—Ya he enviado unas notas a nuestros invitados; espero que todos puedan asistir pese al cambio —anunció—. Es intolerable que nos veamos afectados por un asunto tan ridículo.

—No creo que lo sea; estas personas solo intentan hacerse oír.

—¿Por medio de la violencia?

—No creo que sea mayor a la que usa la policía con ellos para reprimirlos.

Su madre abrió la boca para protestar, pero su marido se le adelantó al dirigirse a su hija con gesto frío.

—Nuestra Rowan tiene un buen corazón y se preocupa por todos —mencionó condescendiente—. Ya ve, sir Archibald, que aún le falta mucho por conocer del mundo.

El invitado sonrió y sus dientes relampaguearon en su rostro, un tanto ajado; tenía una mirada carente de emoción. A Rowan le parecía que intentaba examinarla con el mismo calculador interés que habría mostrado por un caballo que estuvieran ofreciéndole en venta.

—Lo veo, sí, y lo encuentro encantador. Una dama como lady Rowan debe conservar esa nobleza; somos nosotros, los caballeros, quienes estamos obligados a proteger a las damas de los peligros del mundo.

La condesa pareció encantada con su respuesta y dirigió a Rowan una mirada velada que dejó muy en claro cuán agradecida pensaba que debía hallarse ella por tal deferencia.

Lo cierto fue, sin embargo, que Rowan encontró la actitud del hombre absolutamente ofensiva. Ella no era ninguna niña a quien debieran proteger de los horrores del mundo; era tan capaz como cualquiera para enfrentarlos.

Pero nadie allí podía verlo.

Alec, en cambio... Él la conocía de verdad; nadie como él era consciente de todo el fuego que albergaba en su pecho.

La cena transcurrió con una lentitud que se le hizo interminable; en especial porque, al ser tan pocos en la mesa, ya que Charles aún continuaba enclaustrado en su habitación, se vio obligada a tolerar

todos los avances de sir Archibald que, aunque discretos, no dejaron de resultarle insoportables.

El hombre alabó su belleza, su gracia, e insistió en que debía tocar el piano luego de la cena porque su madre le había contado que era muy buena, lo que no era del todo cierto. Fue tan constante su acoso que, sin saber cómo, se encontró aceptando también acompañarlos a él y a su hijo a una visita a la galería nacional, algo que le habría encantado en otras circunstancias, pero que en ese momento le sonó como una sentencia de muerte.

Sir Archibald no se marchó hasta muy entrada la noche, y Rowan aprovechó su partida para fingir que estaba exhausta, ignorando el gesto complacido de su madre por lo que sin duda debía de considerar una velada que la acercaba cada vez más a conseguir sus propósitos.

Una vez en su habitación, se lanzó sobre la cama sin desvestirse, con su mirada fija en el dosel que cubría los bordes del techo. La misma imagen volvía a su mente una y otra vez: Alec caminando a su lado por el parque, con su mano bien sujeta a su brazo y su cálida mirada fija en ella. Una mirada que revelaba la misma desesperación que sentía ella a cada instante en que pensaba que quizá esa fuera la última vez que se verían.

Así sería, al menos, si él no hacía algo antes.

Capítulo 15

Alec contempló la fachada de la casa de los condes de Gairloch antes de decidirse a entrar. Se sentía al borde del ahogo en su traje de etiqueta, con la corbata con la que había estado luchando un buen rato antes de conseguir hacer un nudo impecable, algo con lo que no tenía ninguna práctica; pero se trataba de un evento formal, y nadie le habría permitido pasar de la entrada principal si se presentaba de otra forma.

«Estuve antes en esta casa», recordó mientras entregaba su invitación al mayordomo, que lo vio con desconfianza; pero solo habían sido dos o tres veces y nunca había pasado del vestíbulo. Para él era suficiente presentar sus respetos a lord y lady Gairloch cuando estaban en Edimburgo, y solo porque así se lo pedía el reverendo Sutherland; de no haber sido por él, nunca habría pisado ese lugar.

Cuando el rector lo había llamado a su oficina, la tarde anterior, junto con otros cinco estudiantes —todos miembros del consejo de la universidad—, para entregarles las invitaciones que lord Gairloch había enviado con el fin de que se distribuyeran entre quienes las autoridades juzgaran conveniente para tener algunos representantes

en esa velada tan especial, Alec había considerado seriamente negarse a recibirla o, en su defecto, tomarla y luego entregarla a cualquiera de sus compañeros que tuviera un mayor interés en asistir.

Pero entonces había pensado en Rowan y en lo que le había dicho con respecto a que no volverían a verse, a menos que fuera él quien diera algún paso para ello.

«¿Qué mejor oportunidad que esta»?, se había preguntado entonces.

Sabía que iba a arrepentirse luego, pero la idea de verla una vez más era demasiado tentadora para resistirse.

El salón principal de la casa estaba abarrotado; había tanta gente que, en parte, se sintió agradecido porque dudaba de que alguien se fijara en él. Las paredes se hallaban cubiertas por gruesos tapices y una gran chimenea de mármol dominaba la estancia; no era tan grande como la del castillo en Gairloch, pero sí mucho más imponente.

Varios sirvientes se deslizaban por la estancia brindando bebidas, pero Alec no tomó ninguna cuando se la ofrecieron; quería estar en sus cinco sentidos para ubicar a Rowan.

Lo consiguió poco después, cuando llevaba diez minutos semioculto entre un tapiz y una pintura enorme de los condes. Al verla, se quedó sin aliento y, cuando al fin logró respirar nuevamente, no le extrañó sentir el sordo latir de su corazón contra los oídos.

Lucía hermosa, más de lo que recordaba haberla visto nunca. Llevaba un vestido azul con el borde ribeteado de encaje y las mangas abullonadas hasta los codos; largos guantes blancos cubrían sus manos y antebrazos, pero parte de sus hombros se encontraban descubiertos y un camafeo relucía en su cuello de alabastro.

Cada vez que movía la cabeza, y Alec notó que lo hacía mucho, un mechón del apretado recogido en que llevaba el cabello oscilaba sobre su frente. Él estuvo a punto de reír al ver cómo resoplaba con gesto impaciente cada vez que ello ocurría, pero entonces sus miradas se encontraron de un extremo a otro de la habitación, y fue incapaz de hacer nada que no fuera quedársela mirando como un bobo.

Si a Rowan la sorprendió verlo ahí, se abstuvo de demostrarlo, aunque Alec notó que trastabilló al dar un paso en su dirección; pero entonces se le acercó una mujer joven y muy guapa que le dio un cálido apretón en el brazo, y tuvo que detenerse de golpe para atenderla.

Él se quedó allí, de pie y aguardando no sabía qué.

¿Que ella fuera en su busca? ¿Reunir el valor para ser quien diera el primer paso?

Quería hacerlo, desde luego que sí, pero temió atraer la atención sobre ambos. Se sentía como un pez fuera del agua en ese lugar, mientras toda esa gente hablaba sin parar, los sirvientes no dejaban de salir y entrar de la habitación, y la belleza de Rowan refulgía de un modo antinatural y lo cegaba casi por completo. No podía entender cómo nadie más podía verlo.

Se habría quedado allí como un pasmarote de no haber sido porque ella se puso nuevamente en camino hacia él, y esta vez nadie pudo evitar que llegara a su lado.

El halo de su perfume se coló en su nariz con la fuerza de un tsunami, y si no se inclinó hacia ella para enterrar el rostro en su cabello fue solo porque no había perdido del todo la razón aún.

Hizo una reverencia, porque era lo que se esperaba de alguien como él ante la hija de un conde, y mantuvo la mirada fija en sus ojos, donde brillaba una chispa divertida.

—Supongo que debo de estar dando todo un espectáculo, ¿no? —dijo él sin poder evitarlo—. Creerán que me he colado.

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro y sonrió.

—Te equivocas —aseguró—. Te prometo que, si atraes algún tipo de interés, no tiene nada que ver con el hecho de que alguien piense tal cosa. Creo que, en todo caso, se preguntarán quién eres y por qué no te habían visto antes.

—Pues tendrán que quedarse con la intriga porque no pienso hablar con nadie.

—¿Ni siquiera conmigo? —Él le dirigió una mirada que dejó en claro lo tonta que le parecía esa pregunta y, para su profundo deleite, Rowan sonrió aún más—. Entonces sí que vas a hablar conmigo.

Aquello pareció encantarle; todo rastro de la incomodidad que se había instalado entre ellos la última vez que se habían visto se esfumó, y a Alec no lo sorprendió en absoluto. Era lo habitual para ellos: nunca podían permanecer mucho tiempo enfadados el uno con el otro. Ese estado de familiaridad, de absoluta confianza entre ambos era su estado natural.

Había luchado tanto por intentar convencerse de que era algo que podía olvidar y entonces, junto a ella, comprendió que había sido un tonto porque era imposible.

—Hay demasiada gente aquí, ¿no quieres salir un momento?

Él parpadeó y miró en la dirección en la que Rowan señalaba con un gesto discreto: unas puertas acristaladas que, supuso, conducirían al jardín.

—¿No te meterás en problemas?

Ella esbozó una sonrisa traviesa.

—Yo siempre estoy en problemas, Alec. Pensé que ya lo sabías.

***

La banca de acero sobre la cual Rowan estaba sentada era un poco incómoda, pero a ella se le antojó tan suave y acogedora como una nube cuando se acomodó en ella, y Alec hizo otro tanto; solo los separaba un pequeño espacio.

Sabía que había sido una temeridad de su parte invitarlo a abandonar el salón para internarse entre la oscuridad de la noche hasta el jardín, pero no había podido resistirse a ese impulso. Quería hablar con él sin que toda esa gente los rodeara, siempre atenta a quien pudiera interrumpirlos.

El jardín le parecía una excelente opción y, como sus padres estaban tan entretenidos con sus invitados —entre ellos, el primer ministro, del que sin duda apenas se separarían durante el resto de la noche—, suponía que era una oportunidad que no podía desaprovechar.

No pensó en sir Archibald, que había asistido y parecía siempre al pendiente de ella; o en Elspeth, su buena amiga, de quien, en otras circunstancias, no se habría separado.

Lo único que ocupaba su mente era Alec.

Alec, tan elegante y encantador vestido de traje. Alec, que iluminaba una habitación con su sonrisa y cuyo brillo en sus ojos la atraía como un imán. Él y su voz profunda, que parecía sonar solo para ella.

—Es un bonito lugar.

Ella se giró a mirarlo y sonrió.

—No tanto como el valle de Gairloch.

—Desde luego que no. Ningún lugar de la tierra puede ser tan bello como Gairloch, pero esto no está mal —bromeó él antes de ponerse serio y mirarla con expresión preocupada—. ¿Cómo has

estado? ¿Se recuperó del todo tu hermano?

Rowan suspiró.

—Físicamente sí, pero en cuanto a lo otro... No ha querido confesarme nada de lo ocurrido, pero sé que está preocupado; teme que esos hombres vuelvan a atacarlo tan pronto como ponga un pie en la calle.

—¿Le has dicho que sabes por qué lo buscan?

—No, no me he atrevido porque entonces habría tenido que confesar que hiciste esas averiguaciones para mí. No quiero que te veas perjudicado por eso.

Alec hizo una mueca.

—Te aseguro que nada relacionado con tu hermano podría perjudicarme —dijo él sin sonar arrogante, solo convencido—, pero puedes guardar el secreto si así lo prefieres. Al fin y al cabo, el problema es suyo.

—No es tan simple. No puedo dejar a mi hermano a merced de esa gente, incluso si él no quiere reconocer lo que hizo. Charles insiste en que solo intentaron robarle y que lo golpearon porque se resistió, pero ambos sabemos que eso no es cierto. ¿Qué ocurrirá la próxima vez que vengan a por él? Podrían...

Dejó la frase en el aire porque no se atrevió a terminarla.

«Podrían matarlo», habría querido decir, pero hacerlo lo convertiría en un peligro real, y no quiso conjurar uno de sus más grandes miedos.

Alec debió de adivinar lo que pensaba porque, tras vacilar un instante, posó una mano sobre la suya. Pudo percibir su calor incluso a través de los guantes y, una vez recuperada del sobresalto, apretó sus dedos con fuerza entre los suyos y se aferró a él como a un salvavidas en medio del mar.

—Charles tendrá que enfrentarlo —murmuró él—. No tiene otra

alternativa, y tal vez sea lo mejor.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Porque es la verdad. Él ha sido muy irresponsable durante todos estos años, ha hecho cosas... Digamos que tiene cierta reputación en la universidad, y no precisamente por ser buen estudiante. —La miró con una sonrisa ladeada—. Pero ahora ha ido muy lejos y, si se quiere salvar el pellejo, va a tener que tomar una decisión.

Rowan frunció el entrecejo y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Pero es que lo único que puede hacer es hablar con nuestro padre.

—Bueno, pues tendrá que hacerlo, y si eso provoca que lord Gairloch lo envíe a servir en la Armada... Ya sabes lo que opino de eso.

—Crees que le haría bien.

—En este momento, sin duda.

Rowan no respondió porque, aunque en el fondo se hallaba de acuerdo con él, también era cierto que no terminaba de convencerla esa posibilidad. Era difícil imaginar a su frívolo hermano vistiendo el uniforme, por mucho bien que pudiera hacerle a largo plazo.

—Tiene miedo de salir —musitó al cabo de un momento—. Charles. Se encuentra mucho mejor. Podría retomar las clases, salir a dar un paseo que lo ayude a recuperarse del todo, pero no pone un pie fuera de su habitación, y creo que es porque le da miedo tanto enfrentar a nuestro padre como que, una vez fuera, en la calle, esos hombres vayan de nuevo por él.

Le dio vergüenza admitir la cobardía de su hermano, pero, cuando buscó la mirada de Alec, notó que él hacía un gesto comprensivo. No lo juzgaba, o tal vez sí que lo hiciera, pero era lo bastante considerado para no revelarlo ante ella porque sabía lo mucho que la mortificaría.

—Si te sientes cómoda con ello, dile que me ocuparé de ver por él mientras se encuentre en la universidad —ofreció luego de fruncir mucho el ceño, como si le hubiera costado llegar a esa conclusión—. También podría acompañarlo cuando esté fuera de ella para asegurarme de que no vuelven a hacerle una encerrona como la de la otra noche; pero, si él se expone más de lo debido asistiendo a donde no debe, como esa casa de apuestas, no podré ayudarlo. Es solo una medida temporal mientras encuentra el valor para hablar con tu padre, pero quizá le dé cierta tranquilidad.

Rowan alzó la mirada para verlo; todo a su alrededor se hallaba sumido en la oscuridad, pero eso no le impidió apreciar el brillo noble de sus ojos y la media sonrisa que asomó a su cara cuando notó su rostro ilusionado.

—¿De verdad lo harías? —preguntó ella.

—Por supuesto que sí.

—Pero ¿no será...?

—¿Una molestia? Tu hermano siempre lo es —bromeó él antes de ponerse serio—. Pero no voy a hacerlo por él, eso ya lo sabes.

«Lo sé, claro que sí», pensó Rowan mientras el corazón empezaba a latir con más rapidez, y con su aliento apresado en su garganta. Alec se había ofrecido a hacer aquello por ella; no iba a engañarse imaginando lo contrario.

Aquella certeza irradió un halo de alegría en cada rincón de su cuerpo. Había temido tanto las últimas semanas que a él hubiera dejado de importarle que descubrir, de pronto, que no era así le dio ganas de cantar.

Tras vacilar un momento que se le antojó eterno, apretó un poco más sus manos unidas y se encontró acariciando la piel de sus nudillos, un gesto audaz que la hizo sonrojar. Notó un leve temblor en él, y parte de ella se animó, porque eso quería decir que estaba

tan nervioso como ella.

Alec McRae, nervioso. ¿Quién lo hubiera pensado?

—Mis padres dijeron que mañana habrá una gran manifestación en la ciudad. ¿Estarás allí?

Habían guardado silencio durante algunos minutos, con sus manos fuertemente unidas mientras el hombro de Rowan rozaba el de Alec; ella, a duras penas, logró contener el impulso de apoyar la cabeza sobre él y dejarse envolver del todo por su calor. Parecía que fuesen las únicas personas en el universo.

—Sí, iré —habló él luego de un breve instante de duda—. Es algo importante.

—Creí que querías mantenerte apartado de esas cosas para que no te perjudique en la universidad.

Su pecho se agitó con un hondo suspiro y Rowan siguió el movimiento con los ojos velados.

—Y así es, pero varios de mis amigos asistirán y quiero estar allí por si... Temo que las cosas puedan ponerse difíciles. Quédate en casa mañana y procura que el resto de tu familia haga lo mismo.

—¿Tan peligroso crees que será?

—No necesariamente, nunca se sabe —respondió él, evasivo—; pero me sentiría más tranquilo si me prometes que así lo harás.

—Está bien. Supongo que, después de todo lo que has hecho por mí, lo mínimo que puedo hacer yo es hacerte caso con esto. Pero tú también tienes que hacerme una promesa.

Alec giró sobre la banca para mirarla directamente a los ojos, y Rowan hizo otro tanto. Estaban tan cerca que ella percibió el vaho de su aliento sobre el mentón cuando se inclinó hacia él. Habría querido arrancarse los guantes para tocar su rostro, embeberse en la belleza de sus rasgos y dejarse caer sobre su pecho, rogando por que la abrazara. Nunca lo había hecho, pero algo le dijo que, de

encontrarse entre sus brazos, no sería capaz de separarse nunca.

Tal vez Alec pensaba lo mismo y fuera por eso por lo que parecía tan renuente a ir más allá. Encontrarse juntos y a solas en medio de la noche ya era un gran riesgo; si ambos se entregaban a sus deseos más profundos, ya no habría vuelta atrás.

—¿Qué promesa es esa?

Alec murmuró la pregunta casi sobre sus labios, y a Rowan la recorrió un escalofrío de emoción.

—Necesito que me jures que vas a cuidarte mañana y que no harás ninguna temeridad.

—¿Te refieres a algo tan imprudente como venir a tu casa y escabullirnos en la oscuridad? —bromeó él con un brillo extraño en los ojos.

—Sabes lo que quiero decir.

—Sí, ya lo sé, y te lo prometo.

—También que enviarás una nota, cuando todo haya acabado, para hacerme saber que estás bien.

—Rowan...

—Solo unas líneas. Puedes dirigirlas a Morag o a Nell si lo prefieres; cualquiera de ellas me la dará luego.

Él suspiró y, tras dudar un instante, asintió, lo que a ella la ayudó a respirar nuevamente con normalidad. No se había dado cuenta, hasta entonces, de lo mucho que necesitaba que él le hiciera esa promesa, aunque estaba convencida de que pasaría todo el día siguiente con el corazón en la mano, preguntándose si se encontraba bien.

—¿Algo más? —preguntó Alec.

—No por ahora, pero seguro que pensaré en qué otra promesa puedo arrancarte la próxima vez que nos veamos. Por cierto, que...

Él sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No hagas planes —pidió—. Ya veremos qué pasa.

Aquellas palabras encerraban un significado profundo, y Rowan lo adivinó de inmediato. Hasta entonces, se habían encontrado de forma errática: a veces, por causa del azar, y otras porque había sido uno el que había ido en busca del otro atendiendo a una necesidad que ninguno se atrevía a confesar, pero nunca porque se habían puesto expresamente de acuerdo en ello.

Pero Rowan no quería que las cosas siguieran así. Tenían que encontrar la forma de que esa cercanía se volviera nuevamente en algo natural para ambos, como lo había sido en Gairloch. Ella no había corrido el riesgo de ir hasta allí para que Alec se convirtiera en un viejo conocido al que veía muy de vez en cuando, si la casualidad lo quería así.

Él era demasiado importante para eso.

Alec lo era todo.

Pero no dijo nada entonces porque no deseó arruinar ese momento que se le antojó tan importante para ambos. Mientras la inquietud bullía en sus venas, siguió su instinto y se arrebujó contra su pecho, apoyando un lado del rostro a la altura del corazón. Sus latidos retumbaron contra su oído, y se encontró sonriendo.

—Rowan…

—Cuéntame cosas —le pidió ella con un tono bajo, lo que cortó cualquier reconvención que hubiera estado a punto de hacer—. ¿Qué has aprendido hoy? ¿Has tenido oportunidad de hablar con el señor Disraeli? Dime todo lo que te ha pasado durante estos días en que no nos hemos visto.

Lo oyó tragar espeso y supo que dudaba, pero entonces resopló y sintió una de sus grandes manos apoyarse sobre su espalda; su tacto cálido y firme aquietó su corazón, y cerró los ojos.

—Está bien —murmuró contra su cabello—, pero luego

volveremos. Tal vez siempre estés en problemas, pero esta noche no quiero ser el motivo de otro.

Rowan no dijo nada, pero en el fondo estaba de acuerdo con él. Sabía que había sido muy atrevida esa velada y, aunque no le importaba lo que aquello pudiera ocasionarle a ella, no quería provocar ninguna dificultad para Alec; no podría resistir que resultara afectado por su culpa.

Solo quería un momento más allí antes de que tuvieran que separarse y volver, cada quien por su lado, al salón; oír el timbre de su voz resonando en la noche y saber que hablaba solo para ella.

Él la complació y empezó a contarle todo lo que había hecho o visto desde su último encuentro y, en tanto se sentía arrullada por la suavidad de su voz, Rowan se dijo que podría quedarse así por siempre

Capítulo 16

La explosión resonó en los oídos de Alec antes de que tuviera tiempo de comprender lo que ocurría. Todo había ido bien hasta entonces, o al menos tanto como era de esperar en medio de una manifestación cuyos niveles de violencia no hacían sino escalar según avanzaba el tiempo.

La reunión, en el centro de la ciudad, había congregado a cientos de personas y, como Alec había confiado a Rowan, él se contaba entre ellas; no tanto porque así lo deseara, sino que se sentía obligado a proteger a sus amigos.

Isobel, Robby y, desde luego, Donal se encontraban entre las primeras filas, así que él hizo otro tanto, si bien su presencia provocó más extrañeza que alegría. Pero, aunque Donal, especialmente, intentó convencerlo de que lo mejor era que saliera de allí, no le hizo el menor caso y se mantuvo a su lado con talante obstinado.

Las primeras horas transcurrieron en un ambiente tenso, pero calmado. Aunque había varios agentes del orden flanqueando a la muchedumbre, ninguno intervino entonces para dispersarlos.

Anduvieron con paso enérgico y constante hasta llegar a las

inmediaciones del viejo Parlamento, y fue entonces cuando las cosas empezaron a ponerse feas.

Primero, cayó una piedra sobre la entrada; Alec estaba bastante seguro de que provenía de unas filas detrás de donde se encontraba él. A esa roca le siguió otra y, luego otra y, por el rabillo del ojo, reconoció la figura robusta del hombre al que había ido a dejar los volantes que había encargado a la imprenta.

Su rostro furibundo se alzó sobre los demás, y él apenas tuvo tiempo de lanzar un grito para alertar a sus amigos, cuando se oyó un estallido que hizo levantar a los caballos de la policía sobre las patas traseras, sumidos en la desesperación por apartarse del ruido.

Un agente cayó al suelo, casi aplastado entre los cascos de su montura; la gente gritaba, y a la primera explosión le siguieron dos más. De pronto, todo a su alrededor se sumió en un terrible caos y vio que, aun cuando la gente intentaba retroceder y dispersarse, era imposible porque los policías los rodeaban, y creyó atisbar a un nutrido grupo de militares surgiendo de las puertas del Parlamento.

Eran muchos, y era evidente que no iban con las mejores intenciones porque sostenían porras en lo alto y avanzaban contra la multitud con actitud violenta. «Tal vez estuvieron allí todo el tiempo», supuso entre la bruma, que le nublaba las ideas; aguardaban a ver a qué punto llegaban las protestas y si debían intervenir.

Alec vio que Isobel intentaba abrirse paso entre la multitud y que Robby espoleaba con los codos para ayudarla. No encontró rastro de Donal, así que empujó con todas sus fuerzas entre la gente para dar con él.

Lo encontró cerca del hombre de las bombas; parecía que peleaba con él porque le había sujetado una mano contra la espalda, y había unas cuantas botellas a sus pies, iguales a las primeras que había

lanzado al edificio.

Había tanta gente y estaban todos tan desesperados que a Alec le resultó muy difícil avanzar pese a que era lo bastante grande para imponerse ante los otros. Estaba pendiente tanto de Donal, que parecía incapaz de contener al hombre, como de Isobel y de Robby, a quienes un par de policías habían apartado del resto del grupo con sus pesadas porras elevadas ante ellos.

A Alec le habría gustado ir en su ayuda, pero le pareció que la situación de Donal era más delicada; así que fue hacia él y, tras mucho esfuerzo, logró apartar al hombre, que había logrado soltarse de su agarre y entonces iba hacia él con expresión furiosa. Con un empujón, lo tiró al suelo y rompió, con un par de firmes pisotones, las botellas con el líquido explosivo para que no tuviera oportunidad de encenderlas.

Aquello pareció enfurecerlo tanto que olvidó a Donal y fue hacia él, pero Alec lo detuvo haciendo acopio de todas sus fuerzas. Era como un toro y echaba espuma por la boca, pero no era más grande que él, y mucho menos más ágil, así que lo contuvo sin mucho esfuerzo y logró lanzarlo al suelo con tanto ímpetu que se quedó donde estaba.

Entonces tomó a Donal por la manga de su chaqueta y tiró de él para sacarlo de allí. Al mirar sobre su hombro para buscar a Robby y a Isobel, notó que parecían haber desaparecido y elevó una silenciosa plegaria por que hubieran podido huir de la policía y por que se encontraran a salvo.

No podía ir por ellos en ese momento, solo se expondrían a que los arrestaran o a algo peor; así que tiró de Donal con todas sus fuerzas para abandonar el tumulto pese a las protestas de su amigo, que parecía aterrado por lo que pudiera haberle ocurrido a su hermana.

Al fin, lograron dejar atrás la zona más convulsa y, entre la gente dispersa que corría en todas las direcciones, se detuvieron un momento para recuperar el aire.

Alec miró a la lejanía y reconoció el fuego provocado por las explosiones, y el humo que se alzaba ante el Parlamento. Incrédulo de que se hubiera llegado a ese punto y consciente de que, aun cuando él y su amigo entonces se encontraban aparentemente en seguro, lo cierto era que las consecuencias de aquel horror iban a tocarlos muy de cerca.

***

—... no tiene comparación con el museo de Londres, pero es cierto que no estamos tan a la zaga, ¿no lo cree, milady?

Rowan sintió sus labios tensarse cuando se vio obligada a fingir una sonrisa en señal de afirmación, muy consciente de la mirada de su madre, puesta en ella.

Se hallaban en uno de los salones de la Galería Nacional, ese edificio inaugurado, hacía poco menos de veinte años, para albergar diversas obras de arte que la Real Academia Escocesa había ido reuniendo durante el último siglo. Construir aquel recinto había sido una labor costosa y que había llevado varios años, pero se había convertido en la joya de Edimburgo, y su majestuosa presencia en una de las más altas colinas de la ciudad dejaba siempre fascinados a los habitantes.

Aquella era una visita que Rowan se moría por hacer; había acariciado la idea de recorrer los salones de la galería desde antes de su llegada, pero nunca había imaginado que lo haría con una compañía tan poco deseada.

Aún le pesaba haber aceptado la propuesta de sir Archibald para

que los escoltara a él y a su hijo durante el paseo, y ni siquiera la presencia de su madre, que había ido con ellos como carabina, o la de Elspeth, a quien habían encontrado allí al poco de llegar, había contribuido a hacer el recorrido más agradable. Entre las atenciones del padre y la actitud displicente del hijo, sentía que caminaba sobre una cuerda floja y que, mirara para donde mirara, solo encontraría un abismo por el que corría el riesgo de caer.

—A Rowan le resulta tan encantador como a mí, sir Archibald, aunque concuerdo en que no puede compararse con el museo de Londres, ¿no es cierto, querida?

Ella ahogó un suspiro y, mirando a su madre con las pestañas veladas para que no reconociera su hastío, asintió con pesadez.

—Espero tener alguna vez la oportunidad de guiarla entre sus salas, lady Rowan. Conozco ese museo como la palma de mi mano; hay varias pinturas que mis ancestros donaron para sus salas, así que estoy muy bien considerado por sus autoridades.

A Rowan no le gustó nada lo que implicaron las palabras de sir Archibald, pero logró contener una réplica mordaz.

Parecía que era lo único que había hecho durante lo que iban del día: apretar los dientes y callar, y empezaba a hartarse de eso. Sentía los nervios a flor de piel y sabía que aquello no se debía solo a la incomodidad que le provocaba la cercanía de ese hombre o a la presión que ejercía su madre sobre ella.

Estaba preocupada por Alec y apenas lograba concentrarse en nada que no fuera él.

La manifestación organizada para un par de días antes había escalado en una espiral de violencia sorprendente. Se había enterado de ello por los diarios que había birlado a su padre de su despacho y por los chismorreos que había oído Morag en las cocinas.

Al parecer, lo que había empezado como una protesta pacífica

había terminado convertido en un pandemónium que nadie había logrado controlar hasta altas horas de la noche, y había dejado como saldo varios agentes y manifestantes heridos, aun cuando, de forma casi milagrosa, nadie había perdido la vida. Pero se había arrestado a mucha gente, y corría la voz de que el Gobierno planeaba ser muy duro con ellos para sentar el ejemplo y evitar así que aquello se repitiera.

Rowan no había recibido noticias de Alec pese a que él le había prometido que le haría saber si se encontraba bien, y no había momento en que no pensara en él o en cómo podría enterarse de lo que le había ocurrido.

Había considerado presentarse en la imprenta el día anterior, pero Morag había amenazado con acusarla con sus padres si se acercaba a ese lugar; según la sirvienta, había pasado muy poco tiempo desde los desmanes, así que las calles estaban llenas de policías, y podría resultar sospechoso que una dama como ella se presentara en esa zona de la ciudad.

Así que había aceptado esperar un día más; solo uno, como había advertido a su criada. Si, para el final de aquel día, no tenía ninguna novedad acerca de Alec, dejaría la prudencia atrás e iría a donde fuera con tal de hallarlo y descubrir si realmente se encontraba bien.

La visita al museo de aquel día ya estaba pautada desde la velada que habían organizado en su casa, así que no había podido negarse a asistir y, además, había pensado que darle el gusto a su madre evitaría que estuviera muy al pendiente de ella, lo que le permitiría moverse con algo más de libertad de ser necesario.

El resto del paseo se le hizo eterno, pero logró mantener una expresión tranquila pese a que, la mayor parte del tiempo, lo único que deseaba era rechazar las atenciones de sir Archibald, borrar de un bofetón la expresión aburrida del hijo de este, y salir corriendo

para buscar a Alec.

Cuando al fin se encontraron en camino para regresar a casa, mantuvo su atención puesta en la calle, escrutando desde la ventanilla del carruaje con la esperanza de divisar una figura familiar, un rostro querido que le hiciera saber que no había nada por lo que debía preocuparse, que él estaba bien. Pero no vio nada de eso y, según las ruedas del vehículo recorrían las calles humedecidas por el rocío de la tarde, algo le dijo que sus ruegos no serían escuchados.

***

Alec abría y cerraba los puños con la desesperación impresa en cada músculo de su rostro. Llevaba casi cuarenta y ocho horas en ese estado y dudaba de que eso fuera a cambiar pronto.

—Tenemos que dar con alguien que pueda ayudarnos, no podemos quedarnos de brazos cruzados.

La voz de Isobel, aguda y ansiosa como no la había oído antes, se alzó en el taller, lo que volvió a Alec al presente y a la dura realidad que debían enfrentar.

Isobel andaba de un lado a otro de la sala, esquivando maquinaria de forma casi automática; estaba tan familiarizada con el lugar que habría podido moverse sin tropezar incluso con los ojos cerrados. Su hermano la observaba desde el banquito que ocupaba junto a una prensa; se veía tan preocupado como ella y tenía los cabellos revueltos de tanto pasarse las manos por la cabeza. Alec permanecía un poco apartado de ellos. Había puesto una silla junto a ventana que daba a la calle con el fin de escrutar las afueras cada tanto porque aún lo acosaba la sensación de que podrían ir a por ellos en cualquier momento.

Cuando Donal y él habían logrado alejarse de la manifestación y

estaban en las inmediaciones de la imprenta, se habían topado con Isobel, que estaba presa de un ataque de nervios, así que no había podido contarles, de inmediato, lo que había ocurrido. Recién cuando ya estaban en el local, y la joven había bebido varios vasos con agua, había logrado recuperar la voz y les había explicado todo.

«Robby se portó como un héroe», contó; se había puesto entre ella y los policías que querían apresarlos y, no tenía idea de cómo, había logrado sacarla de su campo de visión empujándola para que se perdiera entre la multitud y no pudieran detenerla.

Isobel había intentado que fuese con ella, pero eso los habría puesto a ambos en el punto de mira y, cuando al fin había reaccionado y querido ver lo que había pasado con él, había descubierto que lo tenían sujeto entre varios policías, que estos lo arrastraban como si apenas pudiera andar por su propio pie y que lo metían en uno de esos carros tirados por caballos en que trasladaban a los prisioneros.

Lo único que había atinado a hacer ella entonces fue dirigirse a la imprenta con la esperanza de que su hermano y Alec hubieran podido huir también, para relatarles lo ocurrido con Robby y encontrar, entre todos, la forma de liberarlo.

Así que allí estaban dos días después, abrumados y sintiéndose unos inútiles porque sus intentos de ayudar a su amigo habían sido del todo infructuosos.

Fue Alec quien descubrió, apenas aquel día, que habían llevado a Robby y a todas las otras personas arrestadas a la prisión de Carlton Hill, la más grande de la ciudad y adonde se solía enviar a todo tipo de criminales. El lugar, enorme y custodiado como una fortaleza, estaba frente a la casa del gobernador, y todo un regimiento montaba guardia ante sus puertas.

—Ya se los dije, ni siquiera me dejaron entrar a verlo, aunque les

expliqué que su familia se encuentra muy lejos y que era su único conocido en la ciudad.

Alec repitió lo que ya había dicho antes, y su voz le sonó hueca y agotada.

—Pero no podemos rendirnos.

Isobel se irguió en el asiento.

—Por supuesto que no vamos a rendirnos.

Donal dirigió a su hermana una mirada que, sin duda, pretendió ser tranquilizadora, pero fracasó estrepitosamente.

—¿No te dijeron nada más? Podríamos pagar una fianza, abogar por él de alguna forma; no hacía nada contra la ley. Deben de saber que no se encuentra dentro del grupo que inició el ataque.

El impresor interrogó a Alec con voz angustiada.

—Lo he intentado —respondió este—. Les dije todo eso, expliqué que Robby es un buen chico y que nunca se ha metido en problemas. Que va a la universidad y proviene de una familia respetable. No quisieron oírme, parecen decididos a mantenerlos a él y a todos los demás allí.

—Pero eso es absurdo —espetó Isobel con ojos llameantes por la rabia—. ¿Utilizarlos como una especia de ejemplo para que otra gente no se atreva a protestar nunca?

—Supongo que eso es su objetivo.

—Pero no vamos a permitirlo.

Alec ahogó un suspiro y se pasó una mano por el rostro. Querría retroceder en el tiempo y hacer algo para que nada de eso hubiera ocurrido; que todo no fuera más que un mal sueño y despertar en el cuarto de su pensión sabiendo que todos sus amigos se encontraban a salvo. Lo pensaba una y otra vez, y siempre llegaba a la misma conclusión: era una esperanza vana.

—Haremos algo —dijo él, sacudiéndose la desesperanza y con la

determinación renaciente en sus venas—. Robby no se quedará allí; vamos a sacarlo.

—¿Cómo?

—Aún no lo sé, pero encontraré la forma. —Miró los rostros angustiados de sus amigos y asintió—. Les prometo que lo haré.

Capítulo 17

La nota aguardaba por ella cuando volvió a casa.

Morag se la puso en la mano con discreción mientras le recibía las cosas y la ayudaba a quitarse el vestido de calle. Lo normal habría sido que la criada la interrogara con respecto a cómo había ido la salida, echando pestes acerca de sir Archibald, que le resultaba tan antipático como a Rowan, pero en esa ocasión apenas abrió la boca; sus ojos, sin embargo, transmitían tantos secretos que la joven no pudo menos que ponerse nerviosa.

Al fin, cuando se encontró lejos de las miradas curiosas de su madre, logró leer la nota con el corazón acelerado por la angustia. Era de Alec, como había supuesto, y en ella le ofrecía disculpas por no haberle escrito antes, como había prometido, para contarle que se encontraba bien. Habían ocurrido algunas novedades, decía, y aún estaba ocupándose de ello; pero le rogaba que no se preocupara por él.

Eso fue todo: ni una promesa de verse nuevamente, ni una alusión a su último encuentro. Tan solo cumplía con la promesa de informarle que no le había ocurrido nada malo durante la manifestación.

Rowan arrugó la nota entre los dedos, sin saber qué pensar. Primero, se sintió furiosa por la frialdad de la carta, creyó que Alec ya había dejado atrás las reservas que había mostrado cuando se habían encontrado de nuevo en la ciudad; pero luego empezó a leer entre líneas, deteniéndose en el uso de algunas palabras.

«Yo me encuentro bien», remarcó Alec. Y, sin embargo, Rowan lo conocía lo suficiente, era lo bastante perceptiva para darse cuenta de que había algo que él no le había dicho.

Alec estaba bien, pero ¿y los otros?

Mientras una idea ardía en su mente, dejó que Morag la ayudara a ponerse un vestido sencillo y bajó corriendo para dirigirse al despacho de su padre. Sabía que él no estaba allí, pero sí que lo estaría la pila de diarios que recibía cada mañana.

No había tenido tiempo para leer ninguno ese día, y tampoco el anterior porque su madre la había tenido dando tumbos de un lugar a otro; pero, preocupada por Alec como estaba, había pedido a Morag que averiguara en las cocinas. Entonces la criada había vuelto diciendo que, según la cocinera y uno de los lacayos, las cosas se habían puesto difíciles durante la protesta.

Había habido algunos heridos, aunque ninguno de gravedad, y muchos detenidos.

Rowan había conservado la esperanza de que Alec no se encontrara en ninguno de esos grupos y, al parecer, así era, pero entonces dudaba de que realmente hubiera salido indemne de aquello.

Entró con sigilo en el despacho de su padre, solo por si había algún sirviente limpiando dentro, pero lo encontró vacío. Se dirigió al escritorio y esculcó entre los papeles hasta dar con el diario favorito del conde.

Leyó una noticia tras otra, haciendo muecas cuando se topaba con

alguna que resultaba poco relevante. En la última página, al fin, como si se tratara de un hecho carente de interés, se mencionaba que habían trasladado a todos los detenidos en la última protesta a la prisión de Carlton Hill.

Su corazón dio un vuelco.

Había oído hablar de ese lugar; se decía que no solo era desolador, sino que solo se enviaba allí a la gente que el Gobierno consideraba castigar con bastante dureza.

¿Sería posible que alguno de los amigos de Alec hubiera terminado allí? No era el caso de él, claro, porque, si no, no habría podido hacerle llegar esa nota, lo que supuso un alivio tan grande para ella que estuvo a punto de caer de rodillas. Pero era posible que alguien sí hubiera resultado afectado.

Con el diario apretado contra su pecho, abandonó el despacho y volvió a su habitación. Escrutó la hora en el reloj, cuyo eco resonó en el vestíbulo.

¿Cómo era que, de pronto, habían ocurrido tantas cosas?

Nunca había imaginado, cuando había decidido hacer ese viaje para ver nuevamente a Alec, que todo se complicaría tanto. A los recelos de él debía sumar lo ocurrido a su hermano, y entonces también estaba el asunto de la visita del primer ministro y el descontento de la población.

Por un instante deseó ser niña otra vez y hallarse en Gairloch, en su puente, a la espera de Alec; segura de que, mientras ellos dos se encontraran juntos allí, nada podría dañarlos.

***

Alec no se sorprendió demasiado al llegar a la pensión en que se hospedaba y encontrarse con Rowan aguardando por él en el

angosto recibidor que su casera mantenía impoluto y a reventar de vasijas con plantas.

El único mueble era un sofá estrecho que había visto mejores días, pero Rowan no parecía en absoluto incómoda mientras estaba allí, con las manos sobre el regazo y una inconfundible expresión de inquietud que remitió un poco al notar su presencia.

Alec se encontró dividido entre la felicidad que sintió al verla y el horror de que hubiera cometido la locura de ir en su busca. ¿De verdad podía ser ella tan indiferente a lo que los rodeaba?

—Alec, vea quién lo ha venido a visitar.

Su casera, la señora Baxter, surgió de no tenía idea dónde y señaló a Rowan con una ceja arqueada.

—Ya. Lo veo, sí.

—La señorita Brown lleva casi media hora esperando. ¿Por qué no me dijo que tenía una prima tan encantadora?

Alec apenas parpadeó antes de forzar una sonrisa y procuró no mirar a Rowan a los ojos porque entonces no habría logrado sostener la mentira.

—Apenas ha llegado del campo, señora Baxter, no había tenido oportunidad de comentarlo. Pero mi prima solo vino a saludar, ¿cierto?

—Así es. Tenía curiosidad por ver dónde se hospeda Alec, y veo que es un lugar encantador.

—Y ahora debes irte, no vaya a ser que *mis tíos* —dijo casi mordiendo las palabras— se angustien por ti. Te acompaño.

—Claro.

Rowan se puso de pie con ademanes rígidos, y él adivinó que era muy consciente de lo enfadado que se encontraba.

«Bien», se dijo; lo alegraba que así fuera porque les ahorraría mucho tiempo.

Luego de que Rowan se despidiera de la señora Baxter, que le dio un buen repaso con los ojillos entrecerrados, él la tomó con suavidad del brazo y tiró de ella hasta que se encontraron fuera de la casa.

—¿Qué ocurrió? ¿Te aburriste de presentarte como mi hermana? ¿Querías variar un poco?

Rowan hizo una mueca ante sus preguntas hechas con tono ácido y le dirigió una mirada airada.

—¿No crees que tu casera lo haya creído? —preguntó ella.

Alec la miró de arriba abajo antes de responder. Aunque llevaba un vestido discreto y el cabello bien cubierto bajo un sombrero sin adornos, su buena cuna era demasiado evidente para dejarla pasar.

—Ni un segundo —respondió con un suspiro—. Pero es una mujer discreta, no dirá nada. Si hubiera intentado meterte a mi habitación, entonces sí que te habría puesto de patitas en la calle, y también a mí.

—¿Y por qué iba a querer...?

Rowan pareció entenderlo solo un instante después, y Alec estuvo a punto de echarse a reír al ver cómo todo su rostro adquiría un tono sonrojado. Le resultó adorable.

—Ya lo entiendo —balbuceó ella y continuó con rapidez, como si se encontrara demasiado avergonzada como para continuar hablando de ello—. Y siento haberme presentado así, pero necesitaba hablar contigo.

—¿Y por qué no fuiste a la imprenta? Lo has hecho antes.

—Sí, pero pensé... Creí que podría haber ocurrido algo con tus amigos allí y no quise incomodar a nadie. —Entonces, de golpe y sin apenas detenerse a respirar, Rowan le habló de su angustia de los últimos días por no saber de él; del alivio que había significado para ella recibir su nota, en la que le decía que se encontraba bien y

cómo había incubado la sospecha de que, tal vez, aquella manifestación habría podido afectar a sus conocidos—. También consideré presentarme en la universidad, pero no habría sabido dónde buscarte. Creí que tenía más sentido aguardar aquí hasta que llegaras, porque tendrías que volver en algún momento, ¿no?

Él habría querido mantener su fachada de enfado, fingir que estaba furioso por lo que había hecho, regañarla y decirle de nuevo que no podía ir a buscarlo cuando le viniera en gana, exponiéndose de esa forma, pero estaba tan feliz de verla; sus problemas parecían hacerse más pequeños en su presencia, y supo que, si la apartaba entonces, no podría soportarlo.

La necesitaba de un modo inexplicable y, en ese instante, al menos, no se sentía lo bastante fuerte para tolerar todo lo que ocurría a solas. Si el cielo le ofrecía el regalo de tener a Rowan siquiera un momento para él, era lo bastante egoísta para tomarlo.

—¿Quieres caminar? —propuso con tono bajo—. Podemos detenernos un momento a comer algo en un lugar que conozco; te contaré todo allí.

Rowan abandonó el rictus nervioso y esbozó una amplia sonrisa que pareció ahuyentar la oscuridad que se había agolpado alrededor de Alec. De pronto, el día le pareció más brillante y, como siempre le ocurría cuando ella estaba a su lado, se sintió más fuerte, más seguro; capaz de lograrlo todo, incluso de salir de ese terrible problema en que estaba metido.

***

—Nunca había probado un pan tan bueno. No se lo digas a la cocinera de Gairloch, pero creo que es incluso mejor que el suyo.

A falta de servilletas, Rowan se llevó un dedo a la comisura de los

labios para limpiar los restos del guiso que había devorado mientras Alec hacía otro tanto con el suyo.

La había llevado a un mesón en una zona de la ciudad por la que no recordaba haber estado antes y, aunque se había sentido impresionada por las diferencias que halló con respecto al ambiente al que estaba acostumbrada, pronto se encontró de lo más a gusto.

La gente que los atendió era amable, aunque la presencia de Rowan provocó varios alzamientos de cejas entre los parroquianos, lo que la hizo sonreír solo de pensar en lo que dirían sus padres de verla allí. Incluso Morag pegaría el grito en el cielo clamando por su reputación, pero a ella no pudo importarle menos. Estaba con Alec, y él había dejado de verla como si le disgustara su presencia. Por el contrario, desde que entraron, notó que parecía más tranquilo de lo que había juzgado al llegar a la pensión, como si lo embargara una silenciosa calma.

Poco después de sentarse y pedir esos platos para ambos, le confesó que no probaba bocado desde el día anterior, así que no le extrañó verlo comer con ganas. Y, para su sorpresa, ella lo hizo también.

—La comida aquí no es muy distinta a la de Gairloch, pero tienen otras cosas, supongo.

—Este guiso es delicioso. ¿Vienes con frecuencia?

—Siempre que puedo.

Era una charla un tanto vana, pero Rowan no quería empezar a interrogarlo con respecto a la ocurrido el día de las protestas; Alec le había prometido que se lo contaría y, aunque le costó mucho controlar su impaciencia, estaba determinada a no agobiarlo con sus preguntas.

Él, que pareció darse una idea de lo que pensaba, limpió los restos del plato con un trozo de pan, dio un sorbo a la cerveza un tanto

tibia que les habían llevado, y se echó hacia atrás en la silla para observarla con gesto serio.

—¿En verdad quieres saber lo que pasó?

Rowan acogió su pregunta con un sencillo asentimiento y lo imitó al acomodarse un poco más sobre el asiento, atenta, y él pareció tomar su gesto como lo que era: una invitación a hablar. Así que eso hizo: le contó absolutamente todo lo ocurrido hacía un par de días, aunque ella sospechaba que se guardó los detalles más escabrosos para no preocuparla.

—Tenemos que encontrar la forma de sacar a Robby de esta —concluyó él con la voz un poco ronca—. No puede quedarse allí, no es justo.

Ella hizo una mueca, aún aturdida por lo que había dicho, y conjuró el rostro de ese Robby, al que había visto solo una vez, cuando había ido en busca de Alec a la universidad. Parecía un joven encantador y, por todo lo que Alec le había contado de él, era obvio que no merecía encontrarse una situación como esa.

Se le escarapeló el cuerpo de inquietud al imaginarlo en una celda; ni siquiera era capaz de concebir cómo sería la vida en un lugar de esa naturaleza.

—¿No crees posible que lo liberen pronto? —sugirió ella, a la desesperada—. Tal vez solo quieran asustarlo, igual que a los otros prisioneros, y lo dejen ir dentro de unos días.

Alec sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No, no lo creo; no los habrían enviado a Carlton Hill si tuvieran eso en mente. Quieren hacer de ellos una especie de ejemplo de lo que le pasa a un escocés cuando se atreve a protestar contra un inglés.

Rowan percibió la rabia en su voz y, sin dudar, puso una mano sobre la suya. Su piel se sentía caliente y áspera; fue una sensación

tan familiar, era para ella tan natural y necesario tocarlo, que su corazón pareció encogerse de placer.

—No importa lo que planeen, tu amigo no se quedará allí. Encontraremos la forma de sacarlo —prometió.

Alec la observó con los ojos entornados y cubrió su mano con la suya, aferrándola con fuerza.

—No puedes involucrarte en esto, Rowan; es demasiado delicado. Tu familia se volvería loca si supiera que lo piensas siquiera —advirtió.

—Ellos se volverían locos tan solo sabiendo que estoy aquí contigo —replicó ella con un mohín despreocupado—. No voy a dejarte solo en esto, Alec, de ninguna manera. Has intentado mantenerme alejada de tu mundo todo este tiempo, sin considerar que también es el mío.

—Eso no es verdad.

—¡Sí que lo es! Es mi mundo porque yo también soy escocesa, y porque me importa mi gente, aunque tú quieres hacer como si no fuera así.

—Nunca...

—Pero, sobre todo, lo es porque tú perteneces a él, y no puedes esperar que lo vea como algo ajeno. Tú y yo no formamos parte de lugares distintos, Alec, y ya va siendo hora de que te lo metas en esa cabezota tuya. A donde sea que pertenezcas, ese es mi lugar.

Tiempo después, Rowan se preguntaría qué la había llevado a decir todo aquello; qué fue lo que la había poseído para que, sin considerarlo siquiera, dejara salir sus pensamientos más profundos en un lugar como aquel y en medio de un grupo de personas que podrían oír su apasionada declaración y juzgarla como una desvergonzada.

No le importó. Solo supo que, si no lo decía, iba a arrepentirse

durante toda su vida.

Alec, que había seguido sus palabras con una expresión imperturbable pese a que Rowan sintió sus manos aferrándose a la suya cada vez con más desesperación, se la quedó mirando durante lo que pareció mucho tiempo, mientras su pecho subía y bajaba a un ritmo irregular, igual que el suyo. Estaban sentados el uno frente al otro, luego de que ella se abriera en canal ante él, y parecía como si acabaran de echar una de esas locas carreras que los habían hecho reír cuando niños.

Cuando ella creyó que él no diría nada, la sorprendió al esbozar una amplia sonrisa que la hizo temblar.

—Nuestro mundo —dijo con la emoción vibrante en su voz—. ¿Podría ser realmente nuestro?

Rowan asintió sin vacilar porque realmente lo creía y, al fin, le pareció que él lo hacía también.

Capítulo 18

—Creo que hasta aquí está bien. No quiero que te expongas a la ira de tu padre más de lo necesario.

Alec sintió cierto alivio al ver que Rowan no protestaba y, por el contrario, asentía cuando se detuvo a un par de calles de su casa. La había convencido de acompañarla hasta los alrededores tan pronto como ella le había confesado que no había llevado a Morag con ella ni había un carruaje esperando en algún punto de la ciudad para acompañarla de vuelta.

Según le había dicho, había estado tan preocupada por él que no había tomado demasiadas precauciones y estaba bastante convencida de que, tan pronto como cruzara la puerta de entrada, recibiría un buen rapapolvo.

Él se habría ofrecido a ir con ella y explicar a su familia el porqué de su conducta, así como asegurarles que había estado a salvo en su compañía, pero tuvo que reconocer que, tal y como había dicho Rowan, aquello solo hubiera empeorado las cosas.

De modo que allí estaban, junto a un frondoso árbol que los ocultaba de las miradas indiscretas, mientras la noche caía sobre sus cabezas y el sonido de unas aves que surcaban el cielo los envolvía

hasta que pareció que eran las únicas personas en el mundo; a ese grado desaparecía todo cuando se hallaban juntos.

—¿Estás seguro de que hablar con el rector es una buena idea?

Alec hizo una mueca. Había confesado a Rowan una idea que no dejaba de dar vueltas a su mente y que no se había atrevido siquiera a mencionar frente a Donal e Isobel: hablar con las autoridades de la universidad para que estos abogaran por Robby. Era una jugada peligrosa porque bien podrían negarse. Salir en defensa de alguien detenido por haber formado parte de las protestas contra el primer ministro podía ponerlos en una posición complicada; pero, por otra parte, Robby era uno de sus estudiantes, uno que nunca había dado problemas, además. Eso tenía que significar algo.

—Probaré primero con él. Sir William siempre ha velado por los estudiantes; si él no acepta ayudarnos, entonces hablaré con el director —indicó él.

—Sir Alexander, lo conozco; ha ido a algunas cenas en casa de mis padres, no parece un hombre muy acomedido.

—No lo es. Pero haré que me escuche y, no sé cómo, lograré que entienda que no puede dejar a Robby a su suerte.

Rowan dio un paso hacia él; el chal que llevaba sobre los hombros se le deslizó hasta rozar la hierba sobra la que se encontraban, y esbozó una sonrisa triste.

—Parece que el mundo conspira para complicar las cosas, ¿no? —se preguntó—. Cuando vine aquí lo único en lo que podía pensar era en que deseaba verte. Creí que el mayor de nuestros problemas sería que tú comprendieras... —Sacudió la cabeza de un lado a otro, con una sonrisa triste—. Pero lo único con lo que nos hemos encontrado ha sido una crisis tras otra; primero, lo de mi hermano y, luego, todo esto.

Alec la miró a los ojos. Tardó un momento en responder, no porque no lo ansiara, sino porque no podía encontrar las palabras... No, eso no era cierto. Sabía perfectamente lo que deseaba decir, pero el hacerlo significaría dar un paso del que no podría volver luego.

Aun así, decidió que no podía continuar callando; Rowan había sido muy valiente al ir a buscarlo y exponer sus sentimientos de la forma en que lo había hecho, pese a que él no había dejado de comportarse como un absoluto cobarde.

Tomó una de sus manos con la suya y usó la otra para acariciarle la mejilla. La sintió estremecerse bajo su toque y, no por primera vez, se sorprendió por cuán suave era su piel y por la forma en que cada parte de ella parecía adecuarse a él.

—Nada de lo que ha pasado cambia lo que ocurre entre nosotros, Rowan —susurró inclinando el rostro para hablar sobre sus labios—. No quise aceptarlo antes, pero ahora...

—¿Ahora sí?

Alec sonrió al captar su tono de anhelo. ¡Cuán transparente era! ¿Cómo era posible que una joven a la que habían educado con tantas restricciones pudiera ser tan sincera con respecto a sus sentimientos más profundos?

—Ahora sí —asintió él.

—No será porque no tienes otra alternativa, visto que no he hecho más que acosarte estas últimas semanas.

—Lo cierto es que llevas acosándome prácticamente desde que nos conocimos. —Ella le dio un golpecito en el brazo y él sonrió aún más, enternecido hasta lo más hondo por el leve rastro de inseguridad que vio en sus ojos—. Esto no será fácil, Rowan —dijo poniéndose serio de golpe—. Olvida a tu hermano y a Robby por un momento. Lo que nosotros queremos...

—Queremos lo mismo.

—Sí, pero es posible que no podamos tenerlo.

Alec no se esperó su reacción. En lugar de parecer dolida o enfadada por que lo dijera, se puso de puntillas y posó una mano sobre sus labios; el pulgar le acarició las comisuras de la boca como si intentara alisar las huellas de su inquietud.

—Lo tendremos —afirmó ella con una certeza que pareció retumbar en el corazón de Alec, incrédulo porque le creyó—. Y no, seguro que no será fácil, pero haremos que valga la pena.

Él tragó espeso, arrasado por la necesidad de permanecer así por siempre. Rowan se encontraba tan cerca, lo tocaba con tanta ternura que sintió el amor desbordándose de su pecho.

Acercó aún más los labios a los suyos y la besó.

Llevaba tanto tiempo deseándolo; años durante los cuales la había mirado como si fuera lo más precioso en el mundo y, al mismo tiempo, un tesoro lejos de su alcance. Algo con lo que apenas podía soñar.

Y entonces estaba allí, estremeciéndose entre sus brazos y entregada a la pasión de la que ambos eran presas. Rowan sabía a sal y miel; sus labios parecían albergar todos los secretos del mundo y, al mismo tiempo, ser un reflejo cristalino de sus más profundos sentimientos.

¿Cómo era posible que alguna vez hubiera creído que eran distintos? Si eran lo mismo. El mismo corazón, el mismo aliento. El mismo amor.

Cuando se separaron, guardaron silencio durante lo que pareció un tiempo interminable. Sus ojos, fijos el uno en el otro, como si se conocieran por primera vez y se preguntaran quiénes eran.

—Ve a hablar con el rector. —La voz de Rowan surgió algo débil y agitada, pero tan determinada como siempre—. Aboga por Robby y

mantenme informada. Yo... Creo que ha llegado el momento de que tenga una conversación con mis padres.

Él no discutió porque sabía que ella estaba en lo cierto; tenían que desafiar cada uno de esos frentes si soñaban siquiera con tener una oportunidad. En su lugar, la atrajo nuevamente hacia sí, sosteniéndola por la cintura, y la oyó reír contra sus labios con tantas ganas que terminó riendo también.

Una risa y un beso, y luego otro, y otra risa hasta que, de nuevo, todo lo que no fueran ellos pareció desvanecerse.

***

Luego de que Rowan consiguiera escurrirse por la entrada a las cocinas, subió a su habitación y, tal y como había sospechado que ocurriría, se dio de bruces con Morag, que estaba sentada sobre un arcón con una expresión de angustia que fue rápidamente reemplazada por otra de enfado tan pronto como la vio aparecer. Pero, antes de que pudiera pensar en alguna disculpa, la criada se le adelantó al ponerse de pie e ir hacia ella con ese paso pesado tan suyo.

—No me digas alguna mentira porque las dos sabemos muy bien dónde has estado —le espetó con el dedo índice levantado.

Rowan suspiró consciente de que no tenía sentido negarlo. Ni Morag se lo merecía ni ella quería ocultar lo que sentía. Las horas pasadas junto a Alec le recordaron por qué estaba allí y por lo que había ido a luchar.

—¿Mi madre si dio cuenta de que me fui? —preguntó.

—Por supuesto que se dio cuenta. Estuvo buscándote para llevarte a visitar a no sé quién, pero le dije que habías salido a dar un paseo con Nell. Salió hace un par de horas y no sé cuándo regresará;

supongo que no ha de tardar.

Rowan asintió y dirigió la mirada a la ventana que daba al exterior. Era amplia y diáfana, y las cortinas que la cubrían estaban levemente corridas. Pudo notar que la noche casi había caído del todo.

—¿Y mi padre?

—En su despacho desde media tarde, más o menos. —Morag la encaró con un gesto impetuoso—. ¿Por qué haces tantas preguntas cuando eres tú quien debería responderlas?

La joven hizo como si no hubiera oído eso último.

—Supongo que Charles está en su habitación —continuó.

—Supones bien, pero no sé por qué... ¿A dónde vas? Quédate para que te ayude a cambiarte; tal vez puedas convencer a tu madre de que llegaste apenas ella se fue... Muchacha, ¿qué estás haciendo?

Una vez más, Rowan fingió no oírla, o tal vez no lo hacía del todo porque, luego de dirigirle una sonrisa cálida pero ausente, abandonó la habitación y se dirigió a la de su hermano. Tocó un par de veces y entró sin aguardar respuesta.

Charles estaba tendido sobre su cama en la misma posición en la que llevaba días viéndolo, y la asaltó una mezcla de afecto y furia por que fuese capaz de desperdiciar su vida de aquella forma y los muchos privilegios con los que había nacido en lugar de enfrentar las consecuencias de sus errores.

Pero ella iba a dar fin a eso.

—Levántate —ordenó antes de que él se hubiera recuperado de la sorpresa que debió de provocarle su abrupta llegada—. Mamá no está en casa y papá se encuentra en su despacho; tenemos que aprovechar para hablar con él.

Charles frunció el ceño.

—¿Hablar de qué?

—De la verdad.

—Rowan...

Ella no le permitió discutir. Fue hacia él y le tendió una mano mientras una enigmática sonrisa danzaba en sus labios.

—Vamos, tú puedes hablar primero. Te prometo que, cuando él sepa lo que tengo para decir, es posible que tus faltas le parezcan muy pequeñas.

Capítulo 19

«Es curioso cómo las circunstancias pueden cambiar tanto en un corto espacio de tiempo», pensó Alec al mirar la puerta ante él.

Solo unas semanas antes había estado allí convocado por el rector para encargarle una misión, y entonces era él quien acudía sin invitación para tratar un tema que no solo podría acarrear un mayor problema para Robby, sino también para él. De alguna forma, algo le decía que el futuro de ambos estaba en juego.

Aguardó a que sir William lo invitara a pasar y exhaló todo el aire que había estado conteniendo antes de entrar en el despacho y detenerse junto al escritorio del hombre.

—Señor McRae, procure ser breve; tenemos mucho trabajo, como ha de saber. El primer ministro emprende el regreso a Londres el sábado, pero ha aceptado venir para el baile del día anterior que damos en su honor, así que vamos muy ajustados de tiempo.

Alec contuvo una mueca. Semejante muestra de trivialidad se le antojó insoportable visto lo que había ido a decir o, aún peor, luego de lo que había ocurrido en los pasados días, algo a lo que el rector no podía ser ignorante. Él tenía que saber cómo gran parte de la población había tomado la visita del señor Disraeli y el caos que

había asaltado la ciudad, pero no lo mencionó entonces porque lo último que deseaba era empezar esa conversación con una discusión.

—No quiero quitarle mucho tiempo, señor; pero lo que tengo que decirle es muy importante —anunció.

El rector debió de adivinar la seriedad del asunto en su voz, o tal vez fue su rostro el que lo delató, porque asintió con gesto adusto, y pareció verlo realmente desde que Alec había llegado. Lo invitó a sentarse con un ademán renuente y cruzó las manos sobre la madera pulida del escritorio, y lo alentó a hablar con una mirada.

Alec no se anduvo por las ramas. Sin entrar en detalles con respecto a sus labores en la imprenta, y mucho menos mencionar que habían sido ellos quienes habían imprimido los volantes que habían convocado a la gente a la protesta, le habló de su amistad con Donal y Robby y de como habían ido todos a la manifestación.

—No teníamos mayor intención que unirnos al resto de la gente, señor —explicó sin bajar la mirada—. Creímos que era nuestro deber.

—¿Su deber?

—Como ciudadanos y, en el caso del señor McCallum y el mío, como hombres educados.

El rector hizo un gesto de desagrado.

—Ahora va a decirme que la educación que reciben aquí les ha servido como excusa para disculpar sus actos —espetó.

—Ninguno de nosotros pretende disculparse porque no creo, y estoy seguro de que Robby se encuentra de acuerdo conmigo, que hayamos hecho nada malo. Protestar contra algo con lo que no te encuentras de acuerdo es un derecho.

—¿También lo es atacar edificios públicos, cargar contra policías...?

—Nosotros no hicimos nada de eso, puedo asegurárselo.

Sir William expresó su incredulidad con un bufido.

—Tan inocentes son que el señor McCallum está ahora en Carlton Hill —dijo irónico.

Alec contuvo a duras penas el enfado que le produjo oírlo mencionar con tal ligereza algo que a él y a sus amigos les provocaba tanto dolor. Sabía, porque había pasado horas mentalizándose para ello, que tenía que ser muy inteligente para conseguir lo que había ido a buscar.

Hizo acopio de toda su entereza y recordó las clases que le había dado el señor Fraser, su maestro de Retórica, que siempre hacía hincapié en cómo era más fácil vencer en una discusión aferrándose a la verdad y la elocuencia que dejando que lo dominara la rabia.

—Lo que las autoridades hicieron con Robby y otros que no tuvieron nada que ver en los desmanes fue injusto, y usted debe saberlo; conoce de derecho y de lo que se considera faltas razonables para este tipo de casos. —Retomó con calma—. ¿Hubo quienes quisieron aprovechar la situación para ejercer violencia? Temo que sí, y estoy de acuerdo en que deben ser llevados a los tribunales siempre y cuando se les ofrezca un juicio imparcial. Pero Robby... es un buen estudiante, señor, y proviene de una familia decente que en este momento no tiene cómo saber que su hijo se encuentra en una situación tan terrible sin haber hecho nada para merecerlo.

—Ha protestado contra nuestro primer ministro, señor McRae.

—Las protestas no fueron solo contra él, sino contra todo el Gobierno, y le recuerdo que ninguna ley las prohíbe. La reacción de la policía fue desproporcionada, aunque supongo que podría disculparse en el momento debido a que las cosas se les fueron de las manos. Ahora, sin embargo, han pasado varios días y están en la

obligación de liberar a las personas que no han tenido ninguna responsabilidad en los desmanes.

El rector entrecerró los ojos y un rictus de malestar asomó a sus labios. Alec se dio cuenta de que le habría gustado negar todo lo que él acababa de decir, pero, como él había señalado al principio, adelantándose a aquello, se trataba de un hombre con conocimientos de derecho; negar lo evidente habría sido una tontería que no hubiera convencido a ninguno.

Además, y Alec se aferró a esa certeza con todas sus fuerzas, no era un mal hombre. Tal y como había asegurado a Rowan, sir William siempre había mostrado bastante consideración por los estudiantes, incluso enfrentándose al director. Quería creer que sería capaz de hacerlo una vez más.

—Incluso si apoyara todas las cosas que ha dicho, cosa que no hago —indicó el hombre mayor al cabo de un momento, con una mano aferrada a una pluma de plata, lo que reveló una inquietud que se esforzaba por ocultar—, visto que es tan elocuente, señor McRae, ¿por qué no va usted ante las autoridades pertinentes y les dice lo mismo que me ha dicho a mí? Con seguridad, el gobernador encontrará de lo más interesantes sus palabras.

Alec se permitió una sonrisa burlona.

—Usted y yo sabemos que nunca me oirán, señor —respondió sin vacilar—. Para ellos soy solo un estudiante que ha recibido cierta educación solo por la caridad del consejo; ni siquiera me creerán digno de estar ante ellos.

Fue una forma un tanto dura de decirlo, pero era la verdad. No pertenecía a una familia de abolengo; en verdad, ni siquiera tenía una. Era uno más de esos pobres becados de las zonas más apartadas del reino que, para la mayor parte de esa gente, no deberían de haber salido nunca del pueblo miserable de donde

provenían.

—Señor McRae...

—Robby no merece esto, señor, es un buen hombre y un estudiante comprometido con la universidad. Si usted y las otras autoridades no mueven un dedo para ayudarlo en una situación como esta, ¿qué podemos esperar los demás? —Alec habló con rapidez; la ansiedad se reflejó en su voz y en su rostro cuando se adelantó en el asiento—. Si usted o el director abogan por él y los otros ante el gobernador, él los oirá.

Sir William exhaló un bufido.

—¿También espera que salga en defensa de los otros? —inquirió.

—De todos los que lo necesiten. Si las más altas autoridades de la universidad no están dispuestas a abogar por los ciudadanos inocentes de esta ciudad, ¿entonces quién lo hará? Nos educan para ser mejores personas; gente que defienda, de una u otra forma, a quienes más lo necesitan. No pueden dejarnos a nuestra suerte, menos por congraciarse con un inglés.

Alec sabía que se encontraba muy cerca de cruzar una línea de la que no podría volver en cuanto vio destellar de furia los ojos del rector, pero no bajó la mirada. Después de todo, ambos eran conscientes de que no mentía.

Si las autoridades se habían mostrado tan inflexibles con la gente que habían detenido en la protesta había sido solo porque no querrían dar una impresión de debilidad ante el primer ministro. Pero Alec quería pensar que, aun cuando esa hubiera podido ser también la intención de los miembros del consejo universitario, saber que uno de sus estudiantes se encontraba entre los afectados los haría cambiar de opinión.

Tenía que ser así.

—Sería una muestra muy respetable de indulgencia el que usted y

el resto del consejo abogaran no solo por Robby como su estudiante, sino también por los demás —continuó con un aplomo que habría hecho sentir orgulloso al señor Fraser—. Estoy seguro de que el primer ministro los admirará. —De eso último no estaba tan seguro, pero... Supo que estaba cerca de convencer al rector en cuanto vio que aflojaba un poco el agarre sobre la pluma—. Todos los estudiantes, y me incluyo, nos sentiremos muy agradecidos por esa muestra de humanidad, señor; por el contrario, si dejan a nuestro compañero y a los otros a su suerte, temo que nunca más podamos confiar en que este es realmente un lugar en el que se valora el saber y la justicia.

—Eso suena a una amenaza, señor McRae.

—Por supuesto que no, señor, jamás me atrevería a tal cosa. Apelo a su generosidad y a la del resto del consejo, eso es todo.

El rector asintió con mucha lentitud; sus cabellos finos, un tanto despeinados, se agitaron como un halo sobre su cabeza, pero no dijo nada de inmediato, y lo único que Alec pudo hacer entonces fue mantenerse erguido, sostener su mirada y aguardar.

Capítulo 20

Rowan contempló la puerta cerrada de su dormitorio con tal concentración que pareció que intentaba abrirla solo con el poder de su mente, aunque, claro, eso era imposible, tuvo que reconocer para sí con un suspiro cuando empezaron a lagrimearle los ojos.

Se hallaba sentada sobre su cama, con los pies oscilantes a escasos centímetros del colchón. Era noche cerrada y hacía mucho frío, pero, pese a encontrarse poco abrigada y con la chimenea apagada, no se movió de allí.

Tenía que mantenerse firme, por mucho que le costara, si quería dejar en claro su determinación, les gustara a sus padres o no.

El pomo de la puerta se agitó unos minutos después, lo que la puso en guardia; pero, cuando esta se abrió solo lo justo para que tuviera un atisbo del rostro de su hermano, exhaló un suspiro mezcla de alivio y exasperación.

—¿Puedo?

Rowan asintió y él entró del todo, aunque se mantuvo, junto a la puerta entreabierta, con las manos en los bolsillos y el semblante pétreo.

Al parecer, ella no era la única que acababa de recibir la ira de su

padre.

—¿Cómo te fue? —preguntó solo por confirmar sus sospechas.

Charles ahogó un suspiro que lo hizo verse mayor de lo que era. Aunque hacía tiempo que su vida disipada había empezado a dejar sus huellas sobre su rostro, parecía que acababa de envejecer diez años en las últimas horas.

—Pagará la deuda —indicó él.

—Eso es bueno.

—Pero tengo que ir a Londres. —Su hermano continuó con una mueca llena de amargura—. Y comprometerme a permanecer todo un año en la Armada.

Rowan hizo un gesto de pesar, aunque no se trataba de algo que no hubiera sospechado. Cuando, más que convencer, había obligado a su hermano a enfrentar a su padre para confiarle cuál era la verdadera razón de su supuesta enfermedad y qué era lo que lo retenía en casa, supo que aquel sería el resultado natural.

Lord Gairloch llevaba mucho tiempo acariciando la posibilidad de meter en cintura a su heredero, pero no terminaba de decidirse. Semejante transgresión, sin embargo, le ofrecía la excusa perfecta para ello.

—Míralo de este modo —dijo ella intentando imprimir a su voz un tono más animado—: nadie intentará rebanarte el cuello en un barco.

Charles arqueó una ceja.

—Es obvio que nunca has estado en uno.

—Y tú tampoco, así que tal vez no sea tan malo como intentas convencerte a ti mismo.

Su hermano se encogió de hombros y se apoyó contra la pared, mirándola de arriba abajo con expresión insondable.

—Supongo que podría haber sido peor —reconoció—; podrían

haberme encerrado.

Fue el turno de Rowan para hacer un gesto de desagrado; la iniquidad de aquello la golpeó con la fuerza de un tsunami.

Aunque no había albergado muchas esperanzas de que su padre se mostrara magnánimo con ella cuando había tomado la decisión de confesar sus sentimientos, resultaba cuando menos injusto que a Charles, que había cometido tantas faltas, se le diera una nueva oportunidad para reformarse, por poco que esta le gustara a él; mientras que, en su caso, había sido confinada solo por reconocer que amaba a alguien a quien sus padres no aprobaban.

No era justo, pero lo cierto era, también, que no era nada que no hubiera esperado.

Aún no sabía qué la había poseído esa noche.

Haber pasado tanto tiempo con Alec, haber disfrutado de sus besos, sus palabras y ver en sus ojos el reconocimiento del amor que sabía que albergaba hacia ella le había dado un valor y temeridad que jamás habría imaginado.

Tan solo con poner un pie en casa, consciente de que todos aguardaban que permaneciera a la espera de los regaños de su madre, para luego seguir como siempre, como una muñeca sin deseos propios sobre la cual decidían a su antojo, algo se rebeló dentro de ella.

No permitiría que sus padres hicieran y deshicieran sobre su vida, y mucho menos estaba dispuesta a continuar recibiendo las atenciones de sir William ni alimentar esa absurda idea de que algún día se casaría con él.

No.

Rowan quería ser libre y pensaba conseguirlo sin importar lo que tuviera que hacer para ello, incluso renegar de su propia familia.

Las cosas, en un principio, no habían salido tan mal como

esperaba; la furia de su padre cuando le había confesado que no iba a continuar fingiendo que estaba dispuesta a aceptar alguna vez a sir William como marido porque estaba enamorada de alguien más, alguien que no pertenecía a su círculo social, había sido poco menos que explosiva, igual que la de su madre cuando había llegado a casa y su marido la había puesto en antecedentes.

Entre los dos, la habían machacado a reconvenciones durante tanto tiempo que había sido muy avanzada la noche cuando al fin la habían enviado a su habitación con la amenaza de que, si ponía un pie fuera de ella, tendría que enfrentarse a un destino aún peor.

Entonces Rowan no había discutido y había fingido una docilidad que, esperaba, los hubiera engañado, al menos, por el momento. Estaba física y emocionalmente agotada, y lo único que quería era descansar y pensar en cuál sería su próximo movimiento.

—No puedo creer que le hayas dicho a padre acerca de McRae. —Su hermano continuó tras estudiar su gesto sombrío—. Nunca van a permitirlo.

—No espero que lo hagan.

—¿Y por qué se los dijiste?

—Porque estoy harta de fingir ser alguien que no soy, y que siento cosas que no son verdad.

Charles sacudió la cabeza de un lado a otro y esbozó una sonrisa amarga.

—¿No lo hacemos todos? —replicó.

—No. Alec no lo hace, y tampoco los hombres y mujeres como él, que están acostumbrados a luchar por lo que quieren aunque todo el mundo intente convencerlos de que no valen lo suficiente para ello.

—Y tú quieres ser así.

Rowan elevó el mentón en un gesto desafiante.

—Ya lo soy. Siempre lo he sido, pero solo ahora soy lo bastante

valiente para decirlo.

Su hermano suspiró.

—¿Qué es lo que piensas hacer, Rowan? —preguntó él con un tono algo más amable.

—No lo sé.

—Bonita forma de mantener una rebelión.

Ella bufó.

—Sé lo que debo hacer —se corrigió con un tono afilado—, solo que no estoy muy segura de cómo.

—Bueno, si necesitas mi ayuda, más te vale decidirlo pronto porque salgo para Londres en unos días; luego, estarás del todo por tu cuenta, porque nadie más en esta casa moverá un dedo para ayudarte.

Una llama de esperanza se prendió en el pecho de la joven al oír aquello.

—¿Me ayudarás? —murmuró—. ¿Por qué?

Charles se encogió de hombros.

—Porque al menos uno de nosotros debería de tener la posibilidad de ser feliz y, por desgracia, hermanita, algo me dice que ese no voy a ser yo.

***

Alec aguardó a un lado del antiguo edificio que alguna vez había formado parte del complejo de la prisión de Carlton Hill, pero que entonces servía solo para almacenar los pertrechos de los militares que trabajaban allí.

Estaba lo bastante cerca del edificio que albergaba la prisión para tener una buena vista de la entrada, pero suficientemente apartado para no llamar la atención de los guardias. Dudaba de que fuera

buena idea que lo vieran merodeando por allí aun cuando sus intenciones no fueran dignas de sospecha.

Además, no estaba solo.

—¿Cuánto tiempo más crees que tendremos que esperar?

El murmullo de Isobel resonó en su oído y Alec contuvo una mueca de hastío. Esa debía de ser la décima vez, en la última media hora, que ella hacía esa pregunta. No la censuraba; suponía que, de estar en su lugar, actuaría igual, pero empezaba a ponerlo nervioso. Se preguntó si habría sido buena idea invitarla a ir con él a la prisión para aguardar los resultados de las gestiones del rector Thomson, pero, al mirar su semblante ansioso y la forma en que se apretaba las manos ante el pecho, supo que no habría podido hacer nada más. Isobel estaba angustiadísima por el destino de Robby, y si podía hacer algo para aliviar esa zozobra habría sido un crimen no intentarlo.

Alec estaba a punto de decir que debían de tener un poco más de paciencia, como había repetido ya hasta la saciedad, cuando las puertas delanteras de la prisión se abrieron de golpe. Primero, vio surgir un par de figuras elegantes del interior y reconoció a una de ellas: era el rector, mientras que la otra... Alec entrecerró los ojos para observar con mayor claridad y le pareció que podría ser el gobernador, o el director de la prisión, no estaba seguro, pero sin duda debía de ser una autoridad importante porque lo vio dirigirse a los guardias apostados a los lados de la entrada y ladrar, más que decir, algunas órdenes que no pudo descifrar a esa distancia.

Sintió todos los músculos de su cuerpo ponerse tensos por la expectativa, atento a qué sucedería luego, y no tuvo que esperar demasiado. La mano de Isobel, que seguía lo que ocurría tan atenta como él, se aferró a su brazo con tanto ímpetu que sintió sus uñas enterrarse en su piel, pero no la retiró. Sabía que estaba asustada, y

lo cierto era que él lo estaba también.

Tras el rector y el otro hombre, surgió una sombra que andaba con mucha menor prestancia, y a esa le siguió otra y, luego, otra más. Al cabo de unos minutos, toda una hilera de unas quince personas que andaban con obvia dificultad salió a la luz del exterior, y Alec dio unos pasos hacia adelante sin ser muy consciente de lo que hacía.

En un principio, le costó distinguir a uno de otro porque todos andaban con la vista gacha y los ojos entrecerrados, como si la luminosidad del día los lastimara luego de permanecer mucho tiempo entre las sombras. Pero entonces reconoció un cabello rojizo medio apelmazado por la suciedad, y su corazón dio un brinco. Antes de que atinara a hacer algo, sin embargo, Isobel se le adelantó al echar a correr hacia el grupo y, en lo que pareció un parpadeo, la vio aferrarse a esa figura familiar.

Robby.

Estaba muy lejos para haber podido asegurar cómo se encontraba exactamente su amigo, pero, por la forma en que se aferró a la mujer, dedujo que su estado no podía ser muy malo. Y no pudo menos que sonreír aliviado.

Su mirada se dirigió de inmediato al rector, que seguía lo ocurrido con un rictus de reprobación, aunque, cuando sus ojos se encontraron con los de Alec, esbozó una sonrisa torcida que él no pudo menos que igualar.

Capítulo 21

Rowan decidió no presionar a sus padres una vez que estuvo segura de que contaba con la complicidad de su hermano.

Luego de mantenerla confinada en su habitación durante un par de días, ambos parecieron convencidos de que el escarmiento había sido suficiente. Ella sospechaba que ninguno la había tomado demasiado en serio; con seguridad, los condes de Gairloch no creían que se encontraba realmente enamorada de alguien a quien no consideraban a su altura. Pensarían que se trataba de un capricho que se le pasaría entonces que había visto que jamás contaría con su aprobación. Y Rowan dejó que lo creyeran porque necesitaba que disminuyera su vigilancia para poder continuar con el plan que tan cuidadosamente había trazado.

Aceptó asistir al baile ofrecido en la universidad, en honor del primer ministro, la noche anterior a su marcha, e incluso dejó que su madre la arrastrara a la modista para las pruebas del vestido que encargó para la ocasión. De modo que, aquel día, la condesa estaba convencida de que volvía a tener a su hija dispuesta a hacer todo lo que ella le ordenara.

Charles partiría para Londres a mitad de semana, pese a que lord

Gairloch había intentado abogar por que el primer ministro lo aceptara dentro de su comitiva y que, de paso, mediara por él para que le dieran un puesto importante una vez que se presentara ante el oficial responsable en la Armada.

Según el señor Disraeli, que había aceptado recibir al conde en casa del gobernador, no acostumbraba interceder personalmente en esos casos, y lo mejor que podía hacer era enviar una carta al almirante responsable de la flota a la que fuera asignado el joven para solicitar que se lo tratara de acuerdo a su rango. Eso era todo. De modo que el conde había fingido sentirse muy agradecido por ello, aunque, en el fondo, renegaba por lo que había considerado una falta de respeto para alguien tan importante como él.

La tarde del baile, Rowan pasó por la habitación de su hermano para dejarle un trocito de papel bajo su almohada, como había prometido que haría la última vez que había hablado con él, y se puso en manos de Morag y Nell para que la ayudaran a prepararse.

Aquella noche su vida cambiaría para siempre y contaba las horas para ello.

***

Alec notó que era observado desde que había puesto un pie en el salón del edificio de actos de la universidad. Por un instante, no le prestó demasiada importancia a la sensación porque estaba muy entretenido estudiando lo que lo rodeaba, asombrado por todo lo que habían hecho al lugar en tan poco tiempo.

El rector no había exagerado al decir que habían agotado todos sus recursos para que el primer ministro se llevara una impresión memorable.

Las lámparas de gas iluminaban el espacio, que había sido

despejado, en gran parte, de las largas mesas que normalmente albergaba a fin de que la gente que deseara bailar pudiera hacerlo con comodidad. El estrado que lo dominaba todo había sido adornado con tantas flores que imaginó al señor Disraeli y a las otras personalidades invitadas estornudando a más no poder, lo que le arrancó una sonrisa. Había un cuarteto de cuerdas situado en una plataforma lateral, y notó también que un buen grupo de estudiantes pululaba por allí, entremezclándose con los otros asistentes a la velada.

Aún era temprano, así que supuso que los que se consideraban más importantes irían apareciendo de a poco, con el fin de atraer tanta atención como fuera posible. Rogó con todas sus fuerzas por que ese fuera el caso de los condes de Gairloch y sus conocidos, y que Rowan se encontrara entre ellos.

La liberación de Robby y el trabajo en la imprenta lo habían mantenido muy ocupado esos días; pese a eso, había tenido que controlar el impulso de acercarse siquiera un momento a la casa de la joven para verla aun cuando fuera a lo lejos. Temía meterla en más problemas de los que ya debía de tener, aunque él aún no podía sospechar la enormidad de ellos.

No tenía claro qué podía hacer para acercarse a ella, pero estaba determinado a intentarlo de una u otra forma porque, después de lo ocurrido la última vez que la había visto, no podía imaginar su futuro sin Rowan.

Tenían que encontrar una forma de estar juntos.

La sensación de saberse observado no hizo más que incrementarse, lo que lo obligó a volver al presente y, al mirar a alrededor, se topó con algunos rostros conocidos. Todos, compañeros de la universidad; la mayoría, tan asombrados como él por la grandiosidad del espacio en el que se encontraban.

Pero entonces reparó en un rostro que, aunque conocido, no esperaba ver allí y menos tan interesado en él. Charles McLeod mantenía una media sonrisa y, aunque parecía algo menos elegante de lo habitual porque andaba con cierta dificultad, que Alec achacó al hecho de que aún no estaría del todo recuperado del ataque del que había sido objeto, apenas vaciló al ir hacia él.

Llevaba una copa en la mano derecha y la otra la mantenía en el bolsillo.

Alec sostuvo su mirada sin parpadear y no intentó ocultar la desconfianza que le inspiraba.

—Por un momento, temí que no vendrías.

Aquello lo extrañó lo suficiente para que le dirigiera una mirada confusa, lo que al hermano de Rowan pareció hacerle gracia, porque sonrió y lo estudió de arriba abajo con gesto crítico. Eran los únicos en esa zona del salón, aunque Alec dedujo que quienes los veían, aun cuando fuera de lejos, debían de encontrar sorprendente que estuvieran juntos; tan poco tenían en común.

—Siempre me pregunté qué vería ella en ti, pero supongo que es algo que solo podrán entenderlo ustedes.

Charles continuó con su extraña disertación sin dejar de examinarlo.

—Señor McLeod.

—Señor McRae.

Alec notó la burla en su voz e incluso, de no haberlo hecho, lo habría desconcertado igual porque él nunca se había mostrado tan ceremonioso con él. Durante su tiempo en Gairloch, se dirigía a él como si fuese la mascota de su hermana pequeña y allí, pese a compartir aulas, apenas parecía consciente de su existencia.

Entonces, sin embargo...

—Espero que seas consciente de la suerte que tienes.

—Tengo muchos motivos para sentirme afortunado.

—¿Sí? A mí solo se me ocurre uno.

Alec advirtió movimiento en la entrada y miró en esa dirección como si su atención hubiera sido reclamada por una suerte de hechizo y, cuando vio quién se encontraba allí, supo a qué se debía.

Rowan acababa de llegar.

Iba de verde; la falda de su vestido oscilaba alrededor de sus piernas como el batir de una mariposa, y la pedrería del corpiño destellaba bajo las luces del salón. Pero fue su rostro lo que atrajo su mirada. Sus preciosos rasgos se veían tensos e inquietos y, al girar de un lado a otro como si buscara a alguien, los rizos de su cabello sujetos en la coronilla revoloteaban como si tuvieran vida propia.

Entonces lo vio y se detuvo de golpe, con sus ojos fijos en los suyos, y no avanzó hasta que alguien tras ella pareció alentarla a seguir. Luego la engulló la muchedumbre y le perdió el rastro.

Además de Rowan, atisbó entre la multitud a sus padres y también a otras gentes importantes de la ciudad, así como a autoridades de la universidad; entre ellas, el rector y el director. Pero si alguien atrajo toda la atención, como supuso que ocurriría, fue el primer ministro. Alec miró la figura pequeña y en apariencia frágil de aquel, que era casi un anciano, y lo sorprendió que la presencia de alguien como él hubiera influido tanto en su mundo en tan poco tiempo.

—Parece que todo Edimburgo está aquí esta noche. —Alec abandonó su inspección de los recién llegados y posó su mirada sobre el hermano de Rowan, pero no dijo nada y este no pareció esperarlo. Tras medirlo de arriba abajo, una vez más, en un gesto algo menos displicente, le extendió su copa vacía—. Sé que nunca fuiste nuestro sirviente, pero tal vez puedas ayudarme acercándole

esto a uno de los meseros —pidió él con una sonrisa burlona, señalándose a sí mismo cuando Alec le dirigió una mirada airada—. Acabo de tener un accidente, como tal vez sepas.

Antes de que pudiera decir algo desagradable, como que estaría encantado de lanzarlo para ayudarlo a que pudiera entregar esa copa por sí mismo, notó algo en su mirada, una súplica silenciosa o una demanda mucho más amable de lo que dejaban develar sus palabras.

Lo que fuese lo sorprendió tanto que, sin saber lo que hacía, tomó la copa y entonces reparó en que no era lo único que le entregaba; sintió el roce de lo que pareció un trozo de papel doblado y vuelto a doblar hasta que apenas podía notarse que estaba pegado al cristal.

Luego de intercambiar una mirada insondable, Charles asintió y dio media vuelta para alejarse, en tanto que Alec permaneció allí durante varios segundos, aún consternado; pero, cuando se dio cuenta de que una andanada de gente se dirigía en su dirección, sacudió la cabeza para centrarse y se encaminó hacia un rincón de la estancia.

Dejó la copa vacía sobre la bandeja de un camarero que pasaba por allí, con cuidado de mantener el trozo de papel a salvo entre sus manos. No lo leyó hasta que estuvo seguro de que no había nadie cerca y, cuando por fin descubrió su contenido, sintió cómo su corazón empezaba a latir con una rapidez inusitada. Miró entre la multitud, desesperado por encontrar a Rowan, pero no logró dar con ella.

«¿En verdad ha planeado semejante locura?», se preguntó, todavía incrédulo, pero con una llama de esperanza prendida en su pecho.

Porque, si era así, que Dios los ayudara a ambos, porque no pensaba hacer nada que la apartara de sus fines. Por el contrario,

estaba ansiando encontrarla para decirle que podía contar con él.

***

Rowan no se negó a bailar con sir William Archibald pese a que se lo pidió en dos ocasiones; tampoco cuando, orillado por su padre, su hijo hizo otro tanto, si bien pasó todo el tiempo observándola con desagrado.

También bailó con el marido de Elspeth, que fue un compañero mucho más agradable, y con tres o cuatro caballeros más cuyos nombres apenas podía recordar.

Mantuvo una sonrisa apacible, la espalda tan recta como su madre le había inculcado que era lo que se esperaba de una dama y, en general, departió con tanto encanto con todas las personas que le salieron al paso que incluso el primer ministro pareció encantado con ella y sugirió que sería un éxito si pasara una temporada en Londres.

Aquel comentario pareció poner a su madre en una nube y, por un instante, al ver su rostro ilusionado, Rowan sintió un pinchazo de culpa, pero la sensación desapareció tan pronto como la vio observar a sir Archibald con ojos cargados de avidez.

Sabía perfectamente lo que su madre esperaba lograr esa noche: arrancar, cuando menos, una palabra a aquel hombre que confirmara su ambición de que se casaría con ella. Nada ansiaba menos lady Gairloch que saberla feliz.

Con esa triste certeza, Rowan redobló su determinación de cumplir sus propios planes, pero antes de eso quería algo más: un pequeño capricho que pensaba darse solo por el gusto de hacerlo y porque, no tenía sentido negarlo, era de sus sueños más acariciados.

Había seguido el rastro de Alec durante toda la noche.

Seguro que él habría tenido más difícil encontrarla entre la

multitud, pero para ella había sido relativamente fácil. Era uno de los hombres más altos de entre todos los presentes y había algo en él, un extraño magnetismo oculto bajo su fachada de desinterés, que la ayudaba a dar con él incluso aunque se encontraba rodeado por mil personas.

Si él estaba cerca, ella lo sentía y podía distinguirlo con una facilidad inexplicable que, sin embargo, su corazón comprendía muy bien.

Fue así como logró atisbarlo no muy lejos del centro del salón, con la mirada perdida entre los bailarines y, tras asegurarse de que sus padres estaban muy entretenidos hablando con unos conocidos, se dirigió hacia él.

***

—No has bailado ni una sola vez.

Alec no se sobresaltó al oír la voz de Rowan porque la había visto acercándose, aunque no estuvo seguro de que era hacia él a quien se dirigía hasta que la observó detenerse a su lado, con la mirada al frente como si no fuera consciente de que estaba allí.

Lo que era una mentira, claro.

—Y tú has bailado mucho —comentó él en respuesta a su comentario.

Lo mismo que ella, no la miró directamente, pero fue muy consciente del calor que despedía y de lo mucho que su presencia perturbaba sus sentidos.

—Me gusta bailar. —La risa vibró en la voz de Rowan—. Pero acabo de recordar que nunca lo he hecho contigo.

—¿No? Será que no hemos tenido oportunidad.

—La tenemos ahora.

Alec se permitió una pequeña sonrisa.

—Eres más valiente aun de lo que pensaba si crees que es buena idea.

—Entonces lo soy —replicó ella—. Por favor, no tendremos otra oportunidad como esta pronto.

—Lo sé.

—Entonces baila conmigo ahora.

—¿No se supone que soy yo quien debería pedírtelo?

Rowan dio un pasito más en su dirección, y entonces Alec no pudo resistirse más a verla a los ojos. Había un brillo travieso en los suyos.

—Quizá. Pero he decidido que, igual que con otras cosas, voy a tener que ser yo quien lo haga. No puedo quedarme esperando para siempre, Alec, así que sácame a bailar.

Alec sonrió. ¿Qué más habría podido hacer con ella mirándolo de esa forma? Como si lo supiera todo de él, que así era, y adivinara a la perfección que no había nada en el mundo que anhelara más, en ese momento, que tomarla entre sus brazos y mecerse con ella al compás de la música. Así que, con una inclinación un tanto burlona, le tendió una mano que ella tomó de inmediato y, así, se unieron al resto de las parejas.

¡Y cómo bailaron! Con qué seguridad se abandonó Rowan mientras Alec la guiaba por el salón, recordando las lecciones que le había dado el reverendo Sutherland. Y cuántas risas tuvieron que ahogar cuando estuvieron a punto de tropezar llevados por el ímpetu y esa felicidad que vibraba dentro de ellos, aunque se esforzaron mucho por ocultarla.

Solo un poco más.

Cuando al fin terminó la melodía, y pese a que ambos habrían dado lo que fuera por continuar juntos, Alec la guio hacia un lado del

salón y, con otra reverencia, se apartó de ella, alejándose tras intercambiar una breve mirada tan cargada de significado, tan inflamada de amor que fue sorprendente que el mundo no echara a arder a su alrededor.

Capítulo 22

Rowan aguardó pacientemente a que la noche avanzara hasta que todos estuvieran lo bastante alegres como para que apenas le prestaran atención. Sus padres se habían unido a otras parejas y formaban un corrillo muy cerca del lugar en el que se hallaban el primer ministro y algunas autoridades de la universidad.

Y Charles, el sorprendente Charles, se había ocupado de entretener a sir Archibald y a su hijo con tanto éxito que estos dos últimos apenas se sostenían en pie debido a todas las copas de champaña que su hermano había puesto sistemáticamente en sus manos en la última hora.

Así, segura de que contaba con algo de tiempo y de que nadie la echaría en falta de inmediato, siguió con su plan.

Tal y como había esperado que sucediera, Alec desapareció poco antes que ella, así que atravesó sola el salón, con cuidado de no llamar la atención. Cruzó las puertas acristaladas que conducían a uno de los jardines y anduvo con mucho cuidado siguiendo las instrucciones que le había dado Charles, que conocía los terrenos de la universidad como nadie.

A los jardines les siguieron un patio y, luego, otro jardín. Parecía

un pequeño laberinto, pero había algunos puntos de señalización de los que iba advertida, así que llegó a las caballerizas con bastante facilidad y sin cruzarse con nadie, salvo con algunas parejas que parecían demasiado concentradas en ellas mismas como para que siquiera notaran su presencia.

Una vez cerca de las cuadras, se mantuvo en las sombras tanto como pudo, atenta a los sonidos de los caballos y al olor familiar que le infundió cierta tranquilidad. Estaba más asustada de lo que se habría permitido reconocer, pero sus pasos no flaquearon en absoluto cuando advirtió una silueta familiar junto al edificio y fue hacia ella.

—Si tu hermano usara su buena cabeza con más frecuencia, no terminaría metido en tantos líos.

Rowan sonrió al oír las palabras de Alec.

Él se había puesto un abrigo algo viejo, pero que evidentemente debía de calentarlo lo suficiente, y le tendió el suyo, con el que Rowan se envolvió mientras observaba al caballo que había sacado del establo. El animal tenía una contextura recia y se veía muy despierto mientras bufaba con suavidad, en tanto Alec comprobaba el interior de las alforjas que llevaba sujetas a los costados.

—¿Tenemos todo lo que necesitamos?

Alec asintió en respuesta a su pregunta.

—Y bastante más, diría, aunque tendremos que detenernos en algún momento para descansar y reabastecernos —dijo.

—Pero no pronto.

—No, no pronto. Es más, si vamos a buen paso, y pretendo que así sea, deteniéndonos solo unos momentos, creo que haremos la gran parte del camino en un solo tramo.

Ella exhaló un suspiro de alivio.

—Mejor nos vamos ya —pidió tras mirar sobre su hombro con

semblante inquieto, pese a que no vio ni una sombra acechando.

Alec no se movió de inmediato. En su lugar, tomó sus manos y le dio un cálido apretón, tirando de ella para que lo mirara a los ojos.

—¿Estás segura de esto? —preguntó con un tono grave—. Porque, en cuanto nos pongamos en camino, no habrá vuelta atrás.

Rowan ni siquiera tuvo que pensarlo. Sonrió y se puso en puntillas para acercar su rostro al suyo, y habló sobre sus labios al responder.

—No quiero que haya vuelta atrás, lo que quiero es que me ayudes a subir a ese caballo y nos alejes de aquí.

Alec cabeceó en señal de asentimiento y la tomó por la cintura para auparla. Una vez que se aseguró de que estaba cómoda sobre el caballo, él se asentó tras ella y, con un leve tirón de las riendas, alentó al animal a ponerse en movimiento.

Fueron despacio al principio, pero, una vez se alejaron del centro de la ciudad, aumentaron la velocidad y, como por encanto, mucho más pronto de lo que ambos habían calculado, se encontraron a las afueras, camino a su nueva vida.

***

El viaje a Gretna Green era largo, agotador y muy exigente.

Como Rowan había supuesto y puesto en antecedentes a su hermano una vez que este le había ofrecido su ayuda, consideraba que lo mejor sería que ella y Alec hicieran el primer tramo a caballo, aunque fueran algo más despacio, porque les permitiría cubrir mejor su rastro.

Entonces se alegró de no haber confesado la identidad del hombre al que amaba ante sus padres, porque habrían tenido más simple unir cabos e ir en busca de ambos. Una vez que descubrieran su desaparición, bien avanzada la noche del baile, sin embargo, solo

supondrían que se había marchado con un desconocido y no sabrían cómo se veía su acompañante, lo que les hubiera hecho más sencillo encontrarla.

El caballo que eligió su hermano para ambos era lo bastante fuerte para recorrer una buena distancia y, como contaban con buenas provisiones para unos cuantos días, si las racionaban con inteligencia, apenas pararon esa primera jornada.

Rowan no respiró con cierta tranquilidad hasta que cruzaron Penicuik, una pequeña ciudad en la orilla oeste del río North Esk, que marcó la primera cuarta parte del camino. Llegaron allí muy entrada la noche del primer día y, tras dejar al caballo en el establo, hicieron algunas discretas averiguaciones con respecto a carruajes que pudieran tomar para avanzar con mayor rapidez a partir del día siguiente.

Si el hombre de la posada a la que preguntaron encontró algo de raro en ellos, un par de jóvenes llegados de buenas a primeras que apenas abrían la boca, se cuidó bien de compartir su opinión. Rowan supuso que no sería nada extraño en esas tierras ver aparecer extraños con rumbo al sur, fuese en dirección a Londres o, como en su caso, algo más cerca.

Tomaron una habitación pequeña y algo descuidada, pero ella no se quejó y logró dormir un par de horas en la incómoda cama mientras Alec montaba guardia en un sillón destartalado que atravesó contra la puerta.

Al día siguiente, continuaron el viaje, entonces en un carruaje de postas, hasta Broughton, una ciudad aún más pequeña, donde no encontraron un alojamiento que los convenciera, así que prefirieron dormir a la intemperie, envueltos entre sus mantas y aferrados el uno al otro mientras sus corazones latían al unísono, cada vez más cerca de su meta.

La última jornada fue la más agotadora, pero también la más satisfactoria porque, al no hallar un vehículo que pudiera llevarlos hasta Galloway, que era donde se hallaba asentada Gretna Green, tomaron un coche de pasajeros, en el que eran los únicos clientes, hasta Lockerbie y allí Alec consiguió un caballo en el que hicieron el resto del tramo.

El paisaje con el que se encontraron entonces, colinas onduladas y campos verdes, les recordó a Gairloch y decidieron tomarlo como una señal de que, aun cuando se hallaban lejos del que ambos consideraban su hogar y la cuna de su amor, de alguna forma, ese entorno familiar obraba como una especie de bendición.

Era ya entrada la noche cuando, agotados, llegaron a la desembocadura del río Sark y pudieron atisbar la silueta del pueblo, que, aunque minúsculo y con apenas algunas casillas que salpicaban los campos de labranza, les pareció tan bello como la mejor de las ciudades.

Alec, que llevaba las riendas con manos firmes pese a que Rowan suponía que debía de encontrarse tan exhausto como ella, giró un momento para mirarla antes de adentrarse en el pueblo.

—¿Lista? —preguntó.

No hizo falta que respondiera; tan solo dejó que el brillo de sus ojos hablara por ella, y él azuzó al caballo para dirigirse al centro del poblado, donde un labriego les dio algunas indicaciones una vez que le explicaron por qué estaban allí.

Encontraron al herrero en un extremo del pueblo, a punto de marcharse; aunque, cuando los vio aparecer, casi oscilando sobre el caballo debido al cansancio, los recibió con una amplia sonrisa en su rostro sudoroso y manchado por el trabajo.

Solo entonces, cuando se hallaron ante él dentro del tiznado espacio de la herrería, con sus manos unidas mientras el llamado

«sacerdote del yunque» recitaba unas palabras ante ellos con un acento que incluso a Rowan se le antojó extraño, supo que estaban a salvo y que, entonces sí, nadie podría separarlos.

***

—Te sienta bien el matrimonio, señora McRae.

Sabía que era un comentario un poco tonto y en absoluto original, pero Alec no pudo resistirse a decirlo una vez que él y Rowan se encontraron a solas en la minúscula habitación que el herrero los había ayudado a conseguir en la posada del pueblo, luego de terminada la ceremonia en la que los había declarado marido y mujer.

«Aún me cuesta creer que esto seamos realmente», pensó al ver cómo Rowan reía con ganas y se apartaba el cabello del rostro para intentar domarlo ante un espejo desportillado que apenas le hacía justicia a su belleza.

—Dudo de que algo pueda sentarme bien en este momento, no cuando mi cabeza parece un nido de pájaros y tengo el rostro de alguien que lleva una semana sin una noche de sueño en condiciones —bromeó ella un poco distraída y con el ceño fruncido —. Lo has dicho solo porque me quieres.

Tan pronto como dijo eso, Rowan calló de golpe, y fue el turno de Alec para mostrarse ensimismado.

«¿Se lo he dicho?», se preguntó un tanto asombrado por lo mucho que tardó en encontrar una respuesta.

No podía haber sido tan idiota.

—No te lo he dicho —masculló.

—¿Qué?

—Nos hemos fugado bajo las narices de tu familia, atravesamos

medio país para casarnos en este rincón perdido de la mano de Dios, ¡y no te he dicho que te quiero!

Rowan abandonó la contemplación de su reflejo y giró para mirarlo con una sonrisa divertida.

—¿Apenas te das cuenta?

—¿Tú sí?

—Por supuesto.

—¿Y no te molesta?

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro y se acercó hasta que se encontraron tan cerca que Alec pudo percibir su cálido aliento acariciando su mentón.

—Claro que no. —Rowan hizo una mueca al toparse con su expresión incrédula—. Quizá un poco —reconoció a regañadientes—, pero no porque piense que no lo haces. Sé que me quieres tanto como yo a ti y, si te sirve de consuelo, tampoco recuerdo habértelo dicho, no con esas palabras.

—Pero aun así...

Alec extendió una mano y la posó sobre su hombro. Toda ella se estremeció bajo su toque y, de alguna forma, el ambiente, que era frío pese a la vieja chimenea encendida, pareció volverse más cálido y denso, como si los envolviera una ola de fuego.

—Me has querido siempre, lo mismo que yo —murmuró ella—. ¿Acaso no es cierto?

Alec sonrió.

—Sí, pero suena un poco arrogante de tu parte asegurarlo así.

—Después de lo que hemos pasado, creo que tengo derecho a serlo, y tú también.

—¿Sabes qué? —Él se inclinó para hablar sobre sus labios—. Creo que tienes razón.

***

Rowan y Alec regresaron a Edimburgo un par de días después y, por la misma vía por la que habían llegado, aunque visto que habían cumplido su propósito, casarse y asegurar así que nadie pudiera separarlos, se tomaron su tiempo para hacer el viaje con más tranquilidad, de modo que les llevó casi una semana atisbar la imponente figura de la ciudad.

En el camino, que hicieron a caballo y en carruajes de posta, tuvieron oportunidad de disfrutar de una intimidad que aún les costaba asimilar del todo. No importaba que estuvieran a solas en medio de una llanura, donde un par de veces se habían detenido a dormir arropados por el brillo de la luna, o que ocuparan una habitación en alguna posada abarrotada. Estaban juntos y eso era lo único que importaba; el resto del mundo parecía, simplemente, desaparecer.

Esa suerte de ceguera romántica no los hacía ignorantes del todo con respecto a lo que los aguardaba, claro; ambos eran muy conscientes del paso que habían dado y de las consecuencias que tendrían que pagar por ello. Y, como los valientes inconscientes que eran, tal y como se refirió a ellos Alec, estaban dispuestos a enfrentarlos.

Lo primero que hicieron al llegar a Edimburgo fue dirigirse a la posada en la que él se había hospedado todo el tiempo que llevaba allí y, tras informar a la casera de su cambio de estado civil, la informó de que, si estaba de acuerdo, le gustaría continuar ocupando su habitación, entonces en compañía de su esposa.

Cuando la buena mujer pudo recuperarse de la sorpresa y, tras asegurarle que, en realidad, no lo unía ningún parentesco a Rowan, aceptó que se quedaran juntos. Según ella, era incapaz de negarse a

ayudar a una pareja de enamorados; siempre se había considerado una romántica y, aunque no lo dijo ante ellos, estaba ansiosa por hablarles de semejante aventura a sus amigas.

Lo siguiente que hicieron fue en verdad lo más difícil, pero, como mencionó Rowan, también era lo más importante: el último clavo sobre el ataúd de su vida pasada.

Tenía que hablar con su familia.

A los condes de Gairloch les duró poco el alivio que significó para ellos ver que su hija se hallaba con vida y de una pieza. Habían movido cielo y tierra para encontrarla, pero sus pesquisas se habían reducido a Edimburgo porque jamás se les había pasado por la cabeza que tenía planeado cruzar medio país y, aún menos, que no lo haría sola.

Cierto que habían sospechado que lo último podía ser una posibilidad luego de que ella les había confesado que no estaba dispuesta a soportar los avances de sir Archibald porque había entregado su corazón a otro. Pero, visto que no había dicho su nombre y que tampoco había dejado una nota al huir, la posibilidad de que se dirigieran a Gretna Green nunca había sido abordada.

Rowan lamentó mucho no encontrar a su hermano en casa cuando se plantó junto con Alec. Según le informó Morag, Charles había partido dos días antes en dirección a Londres para presentarse ante el oficial en la Armada que gestionaba su ingreso. De haber estado allí, ella estaba segura de que habría intentado apoyarla y, por poco que eso valiera ante sus padres, le habría procurado cierto consuelo saber que no todos en su familia la repudiaban.

Porque, desde luego, fue eso lo que hicieron sus padres una vez que confesó que ella y Alec se hallaban casados, que su matrimonio había sido debidamente consumado y que, solo por si lo estaban pensando, no tenía ni la más mínima intención de separarse de él

bajo ninguna circunstancia.

No importó cuánto lloró su madre, las amenazas de su padre o las terribles premoniciones que hicieron ambos con respecto a su futuro; Rowan no claudicó. Ante ellos, con su mano fuertemente unida a la de Alec, mantuvo el mentón elevado, el gesto resuelto y la mirada firme.

Cuando se marcharon, luego de asegurarles que no importaba lo que hicieran en su contra —solo los sumiría a ellos en el escándalo, porque ninguno estaba dispuesto a claudicar—, ella se detuvo un momento ante la entrada y, después de dar una mirada carente de emoción a la casa, se puso en marcha junto con el hombre al que amaba.

Saldrían adelante; lo sabía con la misma certeza con la que había adivinado que sus destinos estaban irremediablemente unidos desde que se habían visto por primera vez. Y, aunque no iba a ser fácil, sintió una emoción cálida y vivaz anidando en su pecho, porque estaba segura de que lo que fuera que el futuro tuviera preparado para ellos sería hermoso.

Porque estarían juntos.

Epílogo

Gairloch

Siete años después

—¿Segura de que tienes todo? No podremos volver con el clima que nos espera.

Rowan sonrió y dio una rápida mirada a la bolsa que había preparado con esmero, pero no se le pasó por la cabeza deshacerla; sabía que no hacía falta, había sido muy cuidadosa.

—Tengo todo lo que necesitaré durante el viaje.

—¿Y los baúles?

—Ya están en el carruaje. —Con un suspiro, dejó la bolsa y fue hacia su inquieto marido para posar una mano sobre su pecho. Como ocurría siempre, se sintió abrazada por el suave compás de su corazón, que latía al mismo ritmo que el suyo—. ¿Por qué estás tan nervioso? Has hecho este camino varias veces el último año para dejar todo listo, ¿cierto?

Alec hizo una mueca divertida que acentuó sus rasgos atractivos.

Ella no pudo evitar pensar que los años no habían hecho más que volverlo más guapo a sus ojos. «La madurez le sienta bien», decidió. Si cuando se habían casado era todavía un hombre joven y vigoroso

que arrancaba suspiros, entonces sus facciones se habían endurecido para dejar paso a un hombre en la cima de su madurez que inspiraba tanto admiración como un profundo respeto.

—Sí, pero es la primera vez que lo haremos juntos, y con este clima —respondió él.

—Ya, pero sabes que haría falta mucho más que un poco de nieve en el camino para asustarme.

—No nos espera un poco de nieve, Rowan.

—No. Nos espera Gairloch en Navidad y no hay nada que me haga más ilusión que llegar a tiempo, así que lo mejor es que nos demos prisa en salir. Voy a ver cómo va Morag.

Dejó a Alec en el salón de la pequeña casa en la que llevaban viviendo los últimos cuatro años y, mientras se dirigía a su habitación, no pudo menos que detenerse a pensar en el largo camino que habían recorrido juntos desde su boda.

Tal y como sus padres les habían advertido poco antes de prácticamente echarlos de su casa, no lo habían tenido sencillo en un principio, pero habían conseguido salir adelante con esfuerzo y mucha paciencia.

Alec había terminado sus estudios con honores el primer año, aunque no había dejado ni un instante de trabajar tanto en la imprenta como dando clases a otros estudiantes, lo que los había ayudado a mantenerse a duras penas hasta que Rowan había conseguido una colocación gracias a Isobel McFarlane, que, una vez superada la sorpresa que les había supuesto a ella y a los amigos de Alec su inesperado matrimonio, la había recibido con los brazos abiertos y la había recomendado para un puesto de asistente en la escuela en la que trabajaba.

Al principio, no había recibido más que una paga exigua, y el trabajo era duro, sirviendo como apoyo a todas las maestras, pero

con el tiempo se había hecho de un lugar y, cuando todo mejoró gracias a una beca que Alec había obtenido para hacer un posgrado que contaba con una renta que les había permitido cubrir sus gastos, había podido estudiar por su cuenta en una academia que le había recomendado la directora de la escuela con el fin de ser promovida a maestra.

No era tan bueno como ir a la universidad, como le había confesado a Alec una vez que había empezado sus clases, pero había aprendido mucho y no había descartado nunca del todo la posibilidad de asistir a la primera una vez que estuvieran del todo asentados, lo había hecho dos años después, con lo que, cuando Alec se había graduado, ella había empezado su formación para maestra.

De eso habían pasado tres años más y, con su título en la bolsa, ambos estaban preparados para dar el siguiente paso.

Alec había recibido varias ofertas para quedarse en Edimburgo. Incluso, el señor Fraser, que entonces ocupaba el puesto de rector luego de la muerte de sir William Thomson, le había ofrecido la cátedra que él acababa de dejar vacante, pero, tras considerarlo con seriedad, ambos habían decidido que debía rechazar el puesto. Si se quedaban allí, luego les costaría hacer lo que realmente deseaban y, como había mencionado Rowan, tenían la edad y energías precisas para poner en marcha el que era su sueño más acariciado; uno que, casi sin saberlo, habían construido también juntos.

Rowan llegó a su habitación y, con un rápido barrido, se aseguró de no olvidar nada. Luego, se dirigió a la estancia siguiente y se detuvo un momento junto a la entrada con una sonrisa danzante en los labios mientras veía a Morag trastear en tanto canturreaba una canción entre dientes.

Había sido toda una sorpresa, recordó, cuando la criada se había

presentado en la posada unas semanas después de la visita a sus padres. Aunque había intentado mantener el contacto con ella por medio de notas que enviaba esporádicamente, nunca había imaginado que fuese a cometer la locura de abandonarlo todo para ir con ella, visto que apreciaba tanto su comodidad. Pero era evidente que la apreciaba más a ella porque, cuando Rowan le había dicho que no podía pagarle un sueldo —al menos no entonces— y que, si se quedaba con ellos, al principio las cosas serían muy duras, Morag no había protestado.

Así, casi sin esperarlo, habían terminado formando una familia de tres que había compartido penas, alegrías, triunfos y no pocos fracasos. Pero entonces, al fin, empezaban a cosechar los frutos de su esfuerzo.

Y, además, entonces habían sumado a un miembro más al clan.

—No tengo idea de a quién ha salido este niño, porque Dios sabe que sus padres deben de ser los alborotadores más grandes que ha visto este mundo.

El bebé al que Morag se refería no hizo más que ahogar un hondo bostezo mientras dirigía la mirada a la figura de su madre, que fue hacia él para alzarlo y ponerlo contra su pecho. Como ocurría siempre que lo hacía, Rowan sintió que su corazón parecía a punto de explotar.

La llegada de James, apenas un año antes, se había convertido en el momento más feliz de su vida y también de la de Alec, como él repetía con frecuencia.

—Mi Jamie es un muchacho muy tranquilo, es cierto —dijo ella en respuesta al comentario de la Morag—; pero su padre y yo no fuimos tan terribles.

La criada respondió con un resoplido y aseguró la cinta del mullido bolso en el que habían guardado lo que pensaban llevar con ellas en

el carruaje durante el viaje para atender al bebé.

—Fueron más que terribles, y continúan siéndolo; solo eso explica que tuvieran la peregrina idea de abandonar esta ciudad para fundar una escuela en un lugar como Gairloch —farfulló la mujer.

—Es una excelente idea —se defendió Rowan—. Ambos somos maestros.

—Gairloch ya tiene una escuela.

—No lo bastante buena. Alec y yo podemos hacer mucho por los niños de allí; además, amamos Gairloch y queremos volver. ¿Acaso tú no?

Morag respondió con un gesto incierto y tomó la bolsa con un bufido para echársela al hombro. No iba a decirlo, pero Rowan sabía que, en el fondo, se alegraba tanto como ella y Alec de regresar al lugar que había sido su hogar durante toda su vida.

En un principio, incluso Rowan había tenido sus reservas acerca de dar ese paso, no porque no lo deseara, sino porque quería estar segura de que realmente podía ser de utilidad en el pueblo. Entonces, con ambos en posesión de un título y con los buenos antecedentes de Alec, el dinero que habían logrado ahorrar en los últimos años, y el apoyo del reverendo Sutherland, que no había cabido en sí de gozo cuando le habían escrito para contarle sus planes, sabían que era el momento perfecto.

Iban a fundar una nueva escuela en Gairloch y ofrecer a las gentes del pueblo, no solo a los niños, la educación esmerada que todos merecían recibir.

—Vamos, Morag, Alec nos está esperando —alentó a la criada con un gesto cariñoso—. No querrás recibir la Navidad en el carruaje, ¿no?

—Más te vale que no. Espero que podamos visitar, al menos, un momento el castillo.

Hasta hacía unos meses, aquel pedido habría sido imposible de cumplir. Con las malas relaciones con sus padres, era poco probable que estuvieran dispuestos a recibirlos, pero su padre llevaba un par de años enfermo y su hermano, que había sufrido una importante transformación luego de su paso por la Armada y entonces se ocupaba de los asuntos de la familia, le había escrito para invitarla a visitarlos con su marido cuando lo considerara pertinente.

Su madre pondría mala cara, pero todos estaban acostumbrados, aseguró Charles con su irreverencia habitual, y en el fondo, creía él, a sus padres les gustaría conocer a su nieto.

Así que allí estaban, a punto de iniciar una nueva vida. Otra vez.

Cuando Rowan, con James en brazos, se reunió con Alec al pie del vehículo en el que harían el viaje, ella apoyó un momento la cabeza sobre su hombro y exhaló un largo suspiro que pareció albergar toda la felicidad que había conocido durante sus años juntos y que, estaba segura, no eran sino la antesala de una larga vida a su lado.

Agradecimientos

A mis padres.

A Carlos.

A los buenos amigos que están siempre cerca y que, espero, se conmoverán mucho cuando conozcan esta nueva aventura.

A Lola Gude y a todo el equipo de Selecta por confiar nuevamente en mí.

Y a ti, querido lector, por acompañarme, una vez más, a descubrir una nueva historia de amor.

El puente de Rowan es una novela de amor prohibido, apego por la tierra y lealtades enfrentadas. En las tierras salvajes de Gairloch y los elegantes salones de Edimburgo, dos almas marcadas por el amor comparten un vínculo que ni el tiempo ni las diferencias sociales lograrán destruir.



Lady Rowan MacLeod, hija de una influyente familia aristocrática escocesa, creció entre privilegios y expectativas. Sin embargo, su infancia estuvo marcada por la amistad con un niño revoltoso y brillante: **Alec McRae**. Obligados a separarse, sus caminos vuelven a cruzarse años más tarde en Edimburgo. Ella, atrapada bajo el peso del deber. Él, convertido en un hombre de

bien, movido por ideales que cuestionan el orden al que ella pertenece.

Mientras Rowan cumple con el rol que le han impuesto, **Alec se abre paso como estudiante, forjando su identidad en imprentas rebeldes y cafés llenos de ideas nuevas**. Él lucha por cambiar el mundo que ella ha sido educada para preservar. Y, sin embargo, cuando el pasado irrumpe con fuerza en sus vidas, ambos deberán elegir entre lo que esperan de ellos… y lo que su corazón nunca ha olvidado.

En un tiempo donde el linaje lo es todo y la revolución ronda en las calles, **¿puede el amor desafiar lo que tantos se esfuerzan por mantener?**

Claudia Cardozo (Lima, Perú 1982): Desde muy pequeña se dejó seducir por la magia de las letras, enfrascándose en la búsqueda de nuevas experiencias por medio de la lectura. Estudió una carrera relacionada con los números, la cual ejerce, pero dedica buena parte de su tiempo libre a escribir, leer y compartir momentos con su familia. Admiradora de Jane Austen, comparte en gran parte su visión de la vida.



Edición en formato digital: diciembre de 2025

© 2025, Claudia Cardozo
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: María José Losada
Imágenes: Shutterstock.
La imagen de la pareja es de María José Losada.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-13-2

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

El puente de Rowan
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Claudia Cardozo
Créditos